

M
V
N
D
O
H
I
S
P
A
N
I
C
O



N.º 17



1949

MEXICO
BUENOS
AIRES
MADRID



EL ULTIMO "MANOLETE"

Por JULIO FUERTES

Al entrar en el estudio del pintor Daniel Vázquez-Díaz, la alta y escueta figura del diestro cordobés Manuel Rodríguez "Manolete" se nos viene encima como desprendiéndose del lienzo en que está pintada. Rafael García Serrano ha escrito en un emocionante reportaje, que saludamos sugestionados: "Buenas tardes, Manolo". Y así debió ser. El tremendo realismo del retrato no está sólo en el exacto parecido físico y en la absoluta fidelidad a gestos y ademanes peculiares del diestro, sino en que de ellos trasciende íntegro el último capítulo de su vida, cerrado trágicamente en Linares en la madrugada del 29 de agosto del año 1947.

Ya no era "Manolete" cuando murió. Junco demasiado alto para estar erguido, no pudo resistir el embate de un huracán de pasiones desatadas. Habíase doblado el tallo un año atrás y la altiva cerviz se humillaba muchas veces hasta las mismas puntas de sus zapatillas en dolorosa claudicación. Un gesto amargo, casi tético, señoreaba en el rostro marfileño, afilado, en el que antes sólo resplandecía una sonrisa infantil suavemente melancólica. El cálido mechón gris de su cabello habíase convertido en sombría ceniza cargada de lúgubres profecías. Sólo en los ruedos, aunque por pura inercia, conservó hasta el fin el aplomo juncal de su figura, el continente estoico, la señorial prestancia y la verdad de su arte.

"Manolete" era ya, al morir, un "Manolete" atormentado y resignado con su trágico destino. La anécdota, cargada de vilezas, andará un día en romances callejeros, cuando sus propios protagonistas la cuenten al filo de su vejez o de su muerte, como un desahogo de conciencia en tardío e ineficaz arrepentimiento. Se sabrá entonces cómo "Manolete" hizo sus últimas posturas en el trágico juego de la vida y la muerte; cómo su pobre cuerpo debilitado y vacilante se erguía con firmeza sobre las cálidas arenas de los ruedos. Se sabrá el poderío de una voluntad que sólo se conservó intacta para lidiar y vencer a la muerte ante masas violentas e indomables, a las que tácitamente también quería vencer.

Era más dura esta lucha, más complicado el juego; pero "Manolete" ganaba al fin. Ganaba por la fuerza irrefragable de su tremenda apuesta, cada vez mayor, ya que su fortuna, incrementada de día en día, se la jugaba entera con la vida. Pero el hombre, no el torero, salía aniquilado. Era frecuente que sus íntimos escucharan sus lamentaciones tras cada corrida: "¡Esto es terrible; me exigen más de lo que humanamente puedo hacer!..." Exclamación de hombre digno que, triunfador, pese a todo, se declaraba vencido.

Parecía que en la corrida inmediata se produciría la derrota; pero el genio se imponía una vez más. De lo profundo de sus entrañas surgía aquella norma que un día nos expuso con impresionante y maravillosa sencillez: "Aunque no hubiera un solo espectador en la plaza, torearía igual"; y el éxito volvía a llegar inexorablemente uncido a su singular manera de hacer. Creaba por el placer de crear; jugaba con la muerte por vencerla, y apenas se daba cuenta que mientras parejamente aumentaban su fama y su fortuna, parejamente también se fraguaban su desventura y su muerte. ¡Su gloria, al fin!

Tres actuaciones de "Manolete" fueron como lúgubres presagios de su destino: el 26 de junio en Segovia, el 16 de julio en Madrid y un mes después en San Sebastián. En la primera, una crítica ferozmente adversa, injusta y cruel, le negó la sal y el agua. Ni la dificultad del ganado, ni la furia desencadenada de los elementos de la Naturaleza—lluvia, viento huracanado, relámpagos y truenos—en el preciso instante de su primera faena, fueron suficientes motivos para suavizar las plumas que en tiempos más propicios cantaron sus hazañas, quizá con exceso. La verdad es que "Manolete" se iba y corría prisa de preparar el camino y tender la alfombra al primer advenedizo afortunado. En la segunda y en la tercera corridas fué el público su enemigo, fueron los públicos de Madrid y San Sebastián, duros, hostiles y resentidos, envidiosos de su fama y más que de su fama de sus millones, tan multiplicados en la fantasía de las gentes como amargados para quien los ganó en riesgo permanente de su vida. En Madrid le costó una cornada, una más, "la del año, la de cada año", dijo él mismo con amarga naturalidad, convencido de que derramar su sangre era un tributo obligado a su afición y a su arte únicos en holocausto de la brava fiesta. En San Sebastián, con gesto vencido, desgreñado, sudoroso y desmayado, exclamó ante el micrófono que retransmitía la corrida: "¡Qué ganas tengo que llegue octubre!"

En el conocimiento de estas tres fechas anduvo Vázquez-Díaz en busca del "Manolete" que ha pintado tan magistralmente. ¡Y bien que lo halló! En el lienzo está fijado con todo el peso abrumador de su grandeza y el trágico presentimiento de su cuento final. Está fijado el "Manolete" que ya no era el "Manolete" de sus años ascensionales, el de la sonrisa infantil, suavemente melancólica... Está fijado el héroe.



"Manolete" con su madre.

El pintor Daniel Vázquez Díaz autor del retrato de "Manolete" que se reproduce en la portada de este número.



ADQUIERA USTED TODOS LOS MESES ESTA REVISTA

ARGENTINA

M. Quero y Simón. Oro, 2.455. BUENOS AIRES.

BRASIL

Livraria Luso-Espanhola e Brasileira. Avenida 13 de Maio, 23.
Sala 404. Edifício Darke. RIO DE JANEIRO.
Braulio Sánchez Sáez. Rua 7 de Abril, 34, 2.º Caixa Postal, 9.057.
SAO PAULO.

COLOMBIA

Librería Nacional, Ltda. Calle 20 de Julio. Apartado 701. BARRANQUILLA.

COSTA RICA

Librería López. Avenida Central. SAN JOSE DE COSTA RICA.

CUBA

Oscar A. Madieto. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407. LA HABANA.

CHILE

Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1.372. SANTIAGO.

ECUADOR

Agencia de Publicaciones "Selecciones". Plaza del Teatro. QUITO.
Agencia de Publicaciones "Selecciones". Nueve de Octubre, 703.
GUAYAQUIL.

EL SALVADOR

Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2. SAN SALVADOR.

EE. UU. DE NORTEAMERICA

Empresa Spanish Books Inc. 116 East 19th. Street. NEW YORK, 3 N. Y.
Hispano American Booksellers, 827. West Sixth Street. LOS ANGELES (California).

GUATEMALA

Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida Sur, núm. 12. D. GUATEMALA.

HONDURAS

Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44. TEGUCIGALPA, D. C.

MEJICO

Agustín Puértolas. Editorial "Tilma". Donato Guerra, 1.409. MEXICO, D. F.

NICARAGUA

Francisco Berberena. 3.ª Avenida S. E., 202. MANAGUA.

PANAMA

José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. PANAMA.

PARAGUAY

Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, 209. ASUNCIÓN.

PERU

Ediciones Iberoamericanas. Apartado 2.139. LIMA.

PORTUGAL

Agencia Internacional de Livrería y Publicações. Rua San Nicolau, 119. LISBOA.
António Sáez Omeñaca. Rua Cândido de Figueiredo, 47 r/c. E. LISBOA.

PUERTO RICO

Librería La Milagrosa. San Sebastián, 103. SAN JUAN.

REPUBLICA DOMINICANA

Librería Duarte. Arzobispo Merino, esquina a Arzobispo Nouel. CIUDAD TRUJILLO.

URUGUAY

Río Plata, Ltda. Avenida 18 de Julio, 1.333. MONTEVIDEO.

VENEZUELA

José Agero. Edificio Ambos Mundos. Oficina 412. CARACAS.

UN IDEAL OLVIDADO

Por

ADOLFO DE HOSTOS

HACE alrededor de ochenta años que un humanista español, nacido en Puerto Rico, Eugenio María de Hostos, propuso, en esta ciudad de Madrid, la federación de España y de los Estados independientes de América de origen español.

Por adelantarse a su tiempo, el pensamiento de Hostos se perdió en el vacío. No era el momento para la visión serena, mucho menos para concertar entendidos entre parientes recién conciliados. Las reverberaciones de la sacudida revolucionaria mantenían aún encendidas las pasiones violentas. Pueblos en formación iban pasando, en desigual progreso, de la anarquía a una noción vacilante de los derechos civiles y de las altas conveniencias de la vida organizada.

En mala hora se perdió en el clamoreo pasional, que es el politiquero a la americana, la voz del pensador portorriqueño. Ella expresaba tan genuino amor a España y a la América española, que mal podía un tan elevado sentimiento inspirar torpes pensamientos. Todo noble ideal refleja un perfecto acuerdo entre el corazón y el cerebro.

Los pueblos hispánicos seguían respondiendo al tenue impulso gregario que alentaba en ellos la consanguinidad con estériles lirismos. "¡Madre colonizadora!", suspiraban los de allá. "¡Recordad la epopeya cristianizadora!", insinuaban los de acá. Suspiros, insinuaciones: meras variantes de una indefinida aspiración

* * *

Transcurrido más de un siglo después de la separación de las colonias de América, bien podemos preguntarnos si la disgregación de la familia española ha dado los frutos que la lógica hubiera podido esperar de la federación. ¿Qué se hubiera logrado con ésta? Adivinémoslo: una ciudadanía común para todos sus componentes; es decir, puertas abiertas a la iniciativa individual de los españoles de ambos Mundos en la obra del engrandecimiento de la raza; estructurar una economía federal, o lo que tanto vale, sujetar a ciertas normas económicas cada uno de los componentes, con miras al interés y la prosperidad de la comunidad de naciones: la unidad del pensamiento hispánico a través de legislación oportuna en materia educativa, cultural y religiosa. Como un ejército bien organizado, las legiones españolas estarían en aptitud de ocupar sus puestos en las trincheras de la civilización—en esta hora crucial de la Humanidad—frente a las otras grandes familias étnicas que se disputan el derecho a la felicidad.

* * *

¿Tiene aún actualidad aquella proposición del humanista antillano?

Nadie negará que el ideal liberal va triunfando en el mundo. Nadie negará que su triunfo significa una más estrecha unión de los hombres. El actual progreso científico es otro potente factor asociador. La ciencia ha convertido en vecinos a los pueblos de la tierra. Nuevas energías que acaban de ponerse al servicio del hombre nos acercarán aún más. La extrema facilidad para efectuar los contactos humanos nos lleva hacia la comunidad de intereses de todo género. A pesar de nosotros mismos, marchamos hacia la confraternidad. Será por grupos raciales primero. Ahí está nuestra oportunidad.

Ya existe, por razón de la susodicha consanguinidad en primer grado, la comunidad de intereses intelectuales, psicológicos y espirituales en los miembros de nuestra familia hispánica. ¿No sería la federación el medio político de mantenerlos en el fecundo contacto que les permitiría realizar su evidente destino colectivo?

¿Hemos de permitir, cruzados de brazos, que se esterilicen en el presente estado de dispersión nuestros fermentos morales, siendo, como son éstos, susceptibles de convertirse en las fuerzas constructivas por excelencia de nuestra civilización hispánica?



Recepción en La Granja, ofrecida por S. E. el Jefe del Estado español en honor del Gobierno y Cuerpo diplomático.—El Generalísimo Franco, con la señora de Martín Artajo, seguidos de doña Carmen Polo de Franco, con el señor ministro de Asuntos Exteriores.



Un momento de la recepción en los jardines de La Granja.



Recepción en la Embajada de España, en Río de Janeiro.

LOS ESPAÑOLES FESTEJARON EN TODO EL MUNDO LA FIESTA DEL 18 DE JULIO



Otro momento de la recepción ofrecida por S. E. el Jefe del Estado español en los jardines de La Granja (Segovia).



S. A. R. la Infanta D.ª Cristina de Borbón, asistió en Río de Janeiro a la recepción dada por la Embajada española con ocasión del 18 de Julio. En la foto aparece—en dicho acto—con el Embajador de España Conde de Casa Rojas.

23

preguntas más

Si sabe usted contestar correctamente a 16 de estas preguntas, es usted casi un especialista en temas hispanoamericanos. Si sólo contesta bien a 10, está en magníficas condiciones para completar con provecho sus conocimientos de estas materias. Y si contesta a menos de 5..., entonces, amigo, la verdad es que no debe usted presumir, por ahora al menos, de que sabe mucho de estas cosas.

1 ¿RECUERDA USTED QUÉ PAÍS HISPANO-AMERICANO TIENE EN SU BANDERA DOS FRANJAS BLANCAS FORMANDO UNA CRUZ?

2 LOS ESPAÑOLES LLAMABAN "TIERRA DEL BIRU" A LA QUE SE EXTENDÍA AL SUR DE PANAMÁ. ¿SABE USTED EN QUÉ NOMBRE HA VENIDO A CONVERTIRSE AQUÉL?

3 ODONTÓLOGO DE PROFESIÓN, DON FELIPE MOLAS LÓPEZ PASÓ DE MINISTRO DE EDUCACIÓN A PRESIDENTE DEL GOBIERNO DE SU PAÍS RECIENTEMENTE. ¿DE QUÉ PAÍS SE TRATA?

4 ¿CÓMO SE LLAMA LA MONEDA NACIONAL DE ECUADOR?

5 ¿DÓNDE NACE EL RÍO AMAZONAS, EN BOLIVIA O EN PERÚ?

6 CALLE MORANDÉ, NÚM. 80, ES LA DIRECCIÓN DE LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL EN LA CAPITAL DE UNA NACIÓN SUDAMERICANA. ¿CUÁL?

7 ¿CÓMO SE LLAMABA EL PRIMER EUROPEO QUE LLEGÓ AL URUGUAY?

8 RICARDO NÚÑEZ PORTUONDO, EDUARDO CHIBÁS Y JUAN MARINELLO FUERON LOS CANDIDATOS DERROTADOS EN LAS ÚLTIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE UN PAÍS HISPANO-AMERICANO. ¿CUÁL?

9 ¿SABE USTED EN QUÉ FECHA CELEBRA PORTUGAL SU FIESTA NACIONAL?

10 LA DIOSA INDIA DEL AGUA, SÍA, TIENE UNA ESTATUA EN UNA DE LAS AVENIDAS DE UNA CAPITAL SUDAMERICANA. ¿CUÁL?

11 ¿RECUERDA USTED EL NOMBRE DEL PRIMERO Y ÚNICO EMBAJADOR QUE EL BRASIL HA TENIDO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA?

12 ¿SABE USTED EN QUÉ BENEFICIÓ A LOS ESTADOS UNIDOS EL TRATADO HAY-PAUNCEFOTE DE 1901?

13 ¿SABE USTED DURANTE CUÁNTO TIEMPO FUÉ PRESIDENTE DE HONDURAS CARIÁS ANDINO, ANTECESOR DEL ACTUAL PRESIDENTE JUAN MANUEL GÁLVEZ?

14 ¿RECUERDA USTED EN QUÉ FECHA SE CELEBRA EN MÉXICO LA FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE?

15 ¿PUEDE USTED DECIR CUÁL ES LA PRINCIPAL INDUSTRIA ARGENTINA?

16 ¿SABE USTED DECIRNOS LA NACIONALIDAD DE "EL SEMANARIO", REVISTA DEDICADA A LA CULTURA Y A LAS RELACIONES CENTROAMERICANAS?

17 ¿SABE USTED CÓMO SE LLAMABA EL AVIÓN EN QUE GALLARZA Y LÓRIGA REALIZARON EL VUELO MADRID-MANILA EN 1926?

18 ¿EN QUÉ PAÍS HISPANOAMERICANO PIENSA USTED AL OÍR HABLAR DE LOS "JÍBAROS"?

19 ¿DESDE CUÁNDO SE LLAMA OFICIALMENTE ASÍ LA REPÚBLICA DE EL SALVADOR?

20 EN LA PLAZA DE LA CANDELARIA DE UNA CAPITAL DE HISPANOAMÉRICA SE HALLA LA IGLESIA CATEDRAL DEL MISMO NOMBRE. ¿CUÁL ES LA CIUDAD?

21 ¿EN QUÉ AÑO SE CREÓ EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID LA CÁTEDRA "RAMIRO DE MAEZTU" PARA INVESTIGADORES HISPANOAMERICANOS?

22 EL "POPOL VUH" ES UNA ANTIGUA CRÓNICA QUE CONTIENE LAS LEYENDAS MÍTICAS Y HEROICAS DE LOS QUICHÉS. ¿A QUÉ PAÍS REFERIRÁ USTED ESTE DATO?

23 ¿QUÉ PAÍS TIENE ENTRE SUS DANZAS TÍPICAS LA LLAMADA "EL ZOPILOTE", EN QUE LOS DANZANTES VISTEN COMO PÁJAROS?

- 23 RESPUESTAS:**
1. LA REPÚBLICA DOMINICANA.—2. PERÚ.—3. PARAGUAY.—4. EL SUCRE.—5. EN EL LAGO TITICACA, SITUADO PRECISAMENTE EN LA FRONTERA DEL PERÚ CON BOLIVIA.—6. CHILE.—7. JUAN DÍAZ DE SOLÍS.—8. CUBA. TRIUNFO PRÍO SOCARRAS.—9. EL 28 DE MAYO.—10. BOGOTÁ.—11. EL SR. MARIO DE PIMENTEL BRANDAO.—12. DIO A NOROCCIDENTE DEL ISTMO DE PANAMÁ, AL OBJETO DE CONSTRUIR UN CANAL INTEROCEÁNICO.—13. CINQUE AÑOS.—14. EL 12 DE DICIEMBRE.—15. LA PREPARACIÓN DE CARNE EN CONSERVA, CON LAS MAYORES INSTALACIONES DEL MUNDO.—16. DE COSTA RICA.—17. "LEGAZPI".—18. SON INDIOS DE PUERTO RICO.—19. DESDE 1 DE FEBRERO DE 1841, POR DECLARACIÓN DE SU ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE.
 20. CARACAS.—21. 1946.—22. GUATEMALA.—23. NICARAGUA.

MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: ANGEL ANTONIO LAGO CARBALLO - PEDRO LAIN ENTRALGO - ERNESTO LA ORDEN MIRACLE - MANUEL JIMENEZ QUILEZ - MARQUES DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR - LUIS MARTINEZ DE FEDUCHI - MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ
REDACTOR - JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO

AÑO II - N.º 17

AGOSTO, 1949

SUMARIO:

EL ULTIMO "MANOLETE", por Julio Fuertes.....	Pág. 3
UN IDEAL OLVIDADO, por Adolfo de Hoscós.....	4
LOS ESPAÑOLES FESTEJAN EN TODO EL MUNDO LA FIESTA DEL 18 DE JULIO. Información gráfica.....	5
CONJETURAS SOBRE LA PROXIMA GUERRA, por B. H. Liddell Hart.....	7
NORTEAMERICA VISTA DESDE EUROPA.....	10
PLAZAS ESPAÑOLAS, por Enrique Azcoaga.....	13
ABDULLAH DE JORDANIA, GUERRERO Y POETA, por Justo Peral de Acosta.....	16
VOLANDO SOBRE EL CARIBE.....	18
MISISIPI, por Joaquín Montaner.....	19
AFRICA VERSUS HISPANOAMERICA, por Juan Antonio Liaño Huidobro.....	20
REFRANERO METEOROLOGICO DEL VERANO.....	22
BANDERAS AMIGAS.....	23
UNA ETERNA ILUSION: ELDORADO, por S. M.....	24
DE LA PRIMERA SALIDA DE "MANOLETE", por Antonio Bellón.....	26
"CAMARA" EN LA VIDA DE "MANOLETE", por José Luis de Córdoba.....	28
LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA.....	30
LA BELLA EASO, POR OTRO NOMBRE SAN SEBASTIAN, por Antonio Olascoaga.....	32
DEL PIRINEO A SHANGHAI, PELOTA VASCA, por Alberto Clavería.....	36
EL GRAN AMOR DE COYOTE-IGUANA, por Armando Chávez Camacho.....	39
¡QUE PREGUNTA!, breve antología del humor de San Martín.....	42
LA VIDA EN UNA CARTUJA, por Esteban Fernández.....	43
EL LABORATORIO DE LA LENGUA CASTELLANA: 42 SEÑORES GOBIERNAN EL IDIOMA QUE HABLAN 150 MILLONES.....	46
YANQUIS EN EL VERANO ESPAÑOL.....	49
COPACABANA, por Renato de Mendonça.....	50
CALLANDO HACIA LA NIEVE, por Luis Rosales.....	52
5.255 MILLONES PARA LOS FF. CC. DE ESPAÑA, por Jesús de la Fuente.....	53
ESTOS LIBROS HEMOS LEIDO.....	55
...Y LO DEMAS ES LITERATURA.....	56
LA OBRA SINDICAL DEL HOGAR MULTIPLICA LOS HOGARES ESPAÑOLES, por Tomás Borrás.....	57

Colaboraciones gráficas de Müller, Santos Yubero, Campúa, Kindel, Palacios, Manipel, Lara, Montes, A. de Sorda y Contreras, de Madrid; Mario Bucobich, de Nueva York, y Sascha Harnisch, de Río de Janeiro.

Colaboración artística de Vázquez Díaz, Lorenzo Goñi, "Luis" y Daniel del Solar.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23-05-26 - APARTADO 245
DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA EDITORA:

EDICIONES "MUNDO HISPANICO" - ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 18 - MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se señale que proceden de MUNDO HISPANICO.

PRECIOS

Argentina.....	Pesos 2,50	Guatemala.....	Quetzales 0,50
Bolivia.....	Bolivianos 25,00	Honduras.....	Lempiras 1,00
Brasil.....	Cruceiros 10,00	México.....	Pesos 3,50
Chile.....	Pesos 20,00	Nicaragua.....	Córdobas 2,50
Colombia.....	Pesos 1,00	Panamá.....	Balboas 0,50
Costa Rica.....	Colones 3,25	Paraguay.....	Guaranies 2,00
Cuba.....	Pesos 0,50	Perú.....	Soles 3,25
El Ecuador.....	Sucres 7,50	Portugal.....	Escudos 12,00
El Salvador.....	Colones 1,25	Puerto Rico.....	Dólares 0,50
España.....	Pesetas 12,00	R. Dominicana.....	Dólares 0,50
EE. UU. de Norteamérica.....	Dólares 0,50	Uruguay.....	Pesos 1,00
Filipinas.....	Pesos 1,50	Venezuela.....	Bolívares 1,75
		Demás países, sobre pesetas 12,00	

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) • FOTOGRAFADO, LANGE Y FUGUET.

Con buen humor se llega lejos

PROPAGANDA

Aquel corresponsal de un periódico norteamericano llegó a Madrid dispuesto a enterarse bien por sí mismo de las cosas de España: ¡fueran cuales fueren las dificultades que se le opusiesen en su labor investigadora!

Desde que bajó del autobús que le trajo hasta el centro de Madrid desde el aeródromo, el hombre fué de sorpresa en sorpresa, como "bien" informado representante de la "bien" informada prensa de su país. Al llegar la noche, decidido a todo, renunció a cenar en el hotel y se marchó, solo, a los barrios bajos. Entró en una taberna donde anunciaban comidas, pidió el menú y pudo ver ante sí a los pocos instantes una mesa opíparamente servida.

El hombre no pudo contenerse, y exigió la presencia del dueño del establecimiento. Y ante la estupefacción del tabernero, se lo llevó a un rincón, y le dijo con muchísimas precauciones:

—Escúcheme, señor. Yo soy norteamericano, y no tiene por qué disimular conmigo. ¡Las tabernas aquí forman parte de la propaganda del Gobierno! ¡No me diga que no!



NERVIOS

El cantante negro Paul Robeson, personaje muy bien visto al lado allá del "telón de acero", regresó a Estados Unidos después de un viaje de exaltación fraternal internacionalista por los países de la Europa Oriental.

Resumiendo sus impresiones, Robeson dijo a los periodistas neoyorquinos que acudieron a fotografiarle y pedirle opiniones:

"Siento el más profundo desprecio por la Prensa democrática, y verdaderamente tengo que contenerme para no romperles a ustedes sus cámaras en las cabezas."



DESCONFIANZA

En una tertulia de gente de cine se hablaba de las cualidades morales femeninas. En general, se estaba de acuerdo en que las morenas son mucho

más formales que las rubias, y las rubias, aunque acaso más divertidas, bastante menos de fiar.

—Lo terrible de las rubias no es sólo eso—sentenció el galán Antonio Casal—, sino que, además de no ser de fiar, casi nunca son rubias.

OPORTUNIDAD

La fiebre por las novelas "radiales" va contagiando a los radiayentes españoles, entre las clases populares. Aunque todavía no con tal apasionamiento como en algunos países hispanoamericanos, aquí ya la gente sigue con emoción las peripecias de los personajes a través de los episodios diariamente largados a las ondas.

Comentando esto, se quejaba una señora de que, habiendo ido de visita a casa de una amiga suya, hubo de estar callada durante media hora para que se pudiese escuchar por la radio el capítulo del novelón de turno. Bastante molesta, la visitante acertó después la entrevista, y se marchó. Pero todavía, en la despedida, le aconsejó la dueña de la casa:

—Mujer, a ver si otro día viene usted durante la hora sinfónica. Porque entonces sí, como es música todo, podremos hablar a gusto.

DESCUBRIMIENTO

El señor Dewey, por dos veces candidato republicano a la presidencia de Norteamérica, ha declarado, demostrando sabiduría:

"Moscú ha ganado más en los últimos años de paz que cualquier otra nación ganó jamás con guerras."

Está bien, sí, señor. Sólo que quizá habría estado mejor haberlo descubierto mucho antes, ¿no?

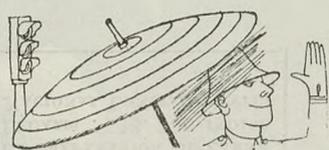


DISFRACES

El año pasado, para las fiestas de San Fermín en Pamplona, unos estudiantes ingleses vinieron por primera vez a España. Y como es inevitable para todo forastero en los "sanfermines", se compraron su pañuelo rojo, y hasta un pantalón blanco para imitar a la muchachada pamplonica y como recuerdo pintoresco.

Este año alguno de aquellos turistas volvió a España, pero esta vez llegó por el Sur, desplazándose desde Gibraltar hasta Málaga en un domingo de corrida de toros...

Imagínese la sorpresa de los malagueños al ver a aquellos ingleses inconfundibles vistiendo pantalón blanco y pañuelo rojo, que, por lo visto, creían era el traje nacional para asistir a las corridas.



SOMBRILLAS

Las autoridades municipales de Madrid han introducido una innovación: los guardias de la circulación disponen ahora de grandes qu tasotes, listados de rojo y blanco. El sol apréta en verano, y era lógico hacer esto que es común en muchas ciudades americanas.

La lógica de los niños, sin embargo, va aún más allá. Y hace unos días oíamos a un pequeño preguntarle a su madre, al pasar junto al monumento a Cristóbal Colón, en el paseo de la Castellana.

—¿Quién es aquel señor que está allá arriba, mamá?
—Es Colón, hijo, el descubridor de América.
—¿Y por qué no le ponen una sombrilla como a los guardias? ¡Con sol dándole todo el día al pobre!

PRIMER CONCURSO DE REPORTAJES DE "MUNDO HISPANICO"

MUNDO HISPANICO, a fin de estimular la colaboración de escritores y periodistas de los países hispanoamericanos, organiza, de acuerdo con las bases que se detallan, un

CONCURSO CONJUNTO DE REPORTAJES LITERARIOS Y FOTOGRAFICOS

1.º Los reportajes, fundamentalmente periodísticos, habrán de referirse a temas del tiempo de hoy o bien describir aspectos, costumbres o paisajes de la vida en los países hispanoamericanos: hombres, comarcas o ciudades; industrias, comercio, agricultura, etc.

2.º Cada reportaje habrá de tener una extensión que oscile entre cuatro y diez folios (de ocho a veinte cuartillas) mecanografiados a doble espacio por una sola cara.

3.º Los reportajes literarios que se remitan a este concurso han de venir ineludiblemente acompañados del correspondiente reportaje fotográfico, constituido por ocho o más fotografías que recojan, de modo brillante y expresivo, los aspectos más importantes que se describan en el reportaje literario.

4.º Las fotografías no podrán tener una medida inferior a 9 por 12 centímetros. (En el caso de que estas fotografías fuesen tomadas en alguno de los sistemas de color—anscocolor, kodachrome, agfacolor, etc.—, habrán de remitirse las placas o clisés originales, con medida de 4 por 6 centímetros, o mayor.)

5.º No es necesario que los trabajos fotográficos hayan sido realizados por el autor del reportaje literario, o viceversa. Por el contrario, se admiten a concurso todos los conjuntos de reportaje literario y reportaje fotográfico realizados en colaboración por dos o más personas.

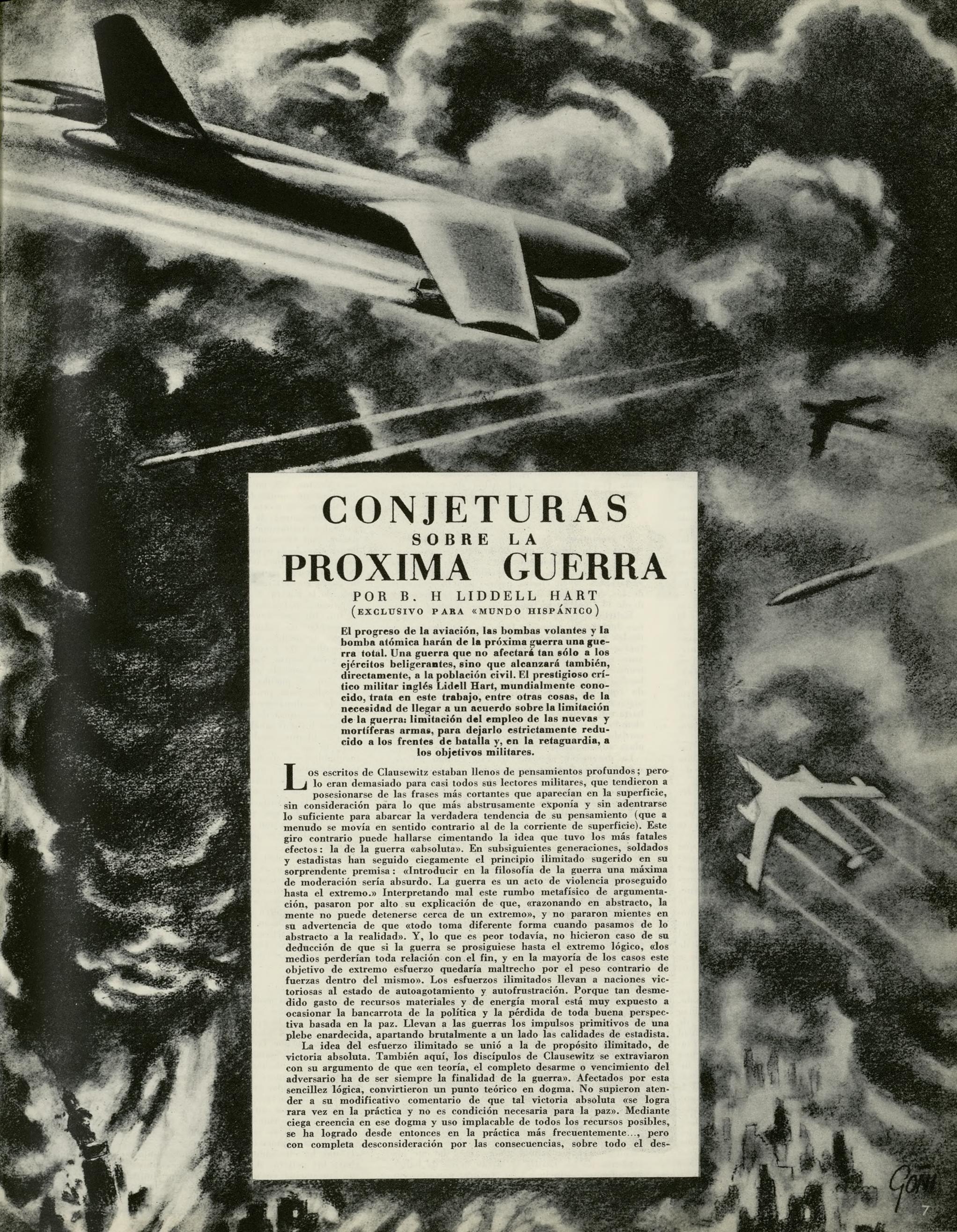
6.º Tanto los reportajes literarios como las fotografías habrán de ser inéditos, y si el envío al concurso lo realizara el autor del texto, deberá incluir la oportuna aceptación de estas bases por parte del fotógrafo o fotógrafos.

7.º Se concederá un primer premio de 6.000 pesetas—o su equivalencia en el país respectivo, al cambio oficial español—al mejor trabajo que acuda al concurso, y un segundo premio de 4.000 pesetas al que le siga en mérito. Para conceder este premio, el Jurado tendrá en cuenta tanto el valor literario del texto como la calidad artística y expresiva de las fotografías.

8.º Los trabajos que acudan a este concurso han de estar firmados por sus autores—con indicación de su dirección postal—y deberán remitirse a la Redacción de MUNDO HISPANICO, en Madrid, calle de Alcalá Galiano, núm. 4. El envío ha de hacerse por correo aéreo. El plazo de admisión finalizará el día 31 de diciembre de 1949. Pasado este plazo, sólo se admitirán aquellos trabajos que hayan sido depositados en Correos—para el envío aéreo—antes de la citada fecha, detalle que se comprobará por el matasello.

9.º El reportaje premiado pasará a propiedad de MUNDO HISPANICO, para su reproducción en la fecha que considere oportuna. Asimismo MUNDO HISPANICO se reserva el derecho de reproducir, entre los reportajes literario-gráficos que acudan al concurso, aquellos que considere merecedores de publicación. En estos casos, abonará a sus autores una cantidad que oscilará de 500 a 1.000 pesetas, según el valor periodístico y fotográfico del reportaje.

10. El fallo del Jurado, que será inapelable, se publicará en la revista MUNDO HISPANICO, en el número correspondiente al mes de febrero-marzo de 1950.



CONJETURAS SOBRE LA PROXIMA GUERRA

POR B. H. LIDDELL HART
(EXCLUSIVO PARA «MUNDO HISPÁNICO»)

El progreso de la aviación, las bombas volantes y la bomba atómica harán de la próxima guerra una guerra total. Una guerra que no afectará tan sólo a los ejércitos beligerantes, sino que alcanzará también, directamente, a la población civil. El prestigioso crítico militar inglés Liddell Hart, mundialmente conocido, trata en este trabajo, entre otras cosas, de la necesidad de llegar a un acuerdo sobre la limitación de la guerra: limitación del empleo de las nuevas y mortíferas armas, para dejarlo estrictamente reducido a los frentes de batalla y, en la retaguardia, a los objetivos militares.

Los escritos de Clausewitz estaban llenos de pensamientos profundos; pero lo eran demasiado para casi todos sus lectores militares, que tendieron a posesionarse de las frases más cortantes que aparecían en la superficie, sin consideración para lo que más abstrusamente exponía y sin adentrarse lo suficiente para abarcar la verdadera tendencia de su pensamiento (que a menudo se movía en sentido contrario al de la corriente de superficie). Este giro contrario puede hallarse cimentando la idea que tuvo los más fatales efectos: la de la guerra «absoluta». En subsiguientes generaciones, soldados y estadistas han seguido ciegamente el principio ilimitado sugerido en su sorprendente premisa: «Introducir en la filosofía de la guerra una máxima de moderación sería absurdo. La guerra es un acto de violencia proseguido hasta el extremo.» Interpretando mal este rumbo metafísico de argumentación, pasaron por alto su explicación de que, «razonando en abstracto, la mente no puede detenerse cerca de un extremo», y no pararon mientes en su advertencia de que «todo toma diferente forma cuando pasamos de lo abstracto a la realidad». Y, lo que es peor todavía, no hicieron caso de su deducción de que si la guerra se prosiguiese hasta el extremo lógico, «los medios perderían toda relación con el fin, y en la mayoría de los casos este objetivo de extremo esfuerzo quedaría maltrecho por el peso contrario de fuerzas dentro del mismo». Los esfuerzos ilimitados llevan a naciones victoriosas al estado de autoagotamiento y autofrustración. Porque tan desmedido gasto de recursos materiales y de energía moral está muy expuesto a ocasionar la bancarrota de la política y la pérdida de toda buena perspectiva basada en la paz. Llevan a las guerras los impulsos primitivos de una plebe enardecida, apartando brutalmente a un lado las calidades de estadista.

La idea del esfuerzo ilimitado se unió a la de propósito ilimitado, de victoria absoluta. También aquí, los discípulos de Clausewitz se extraviaron con su argumento de que «en teoría, el completo desarme o vencimiento del adversario ha de ser siempre la finalidad de la guerra». Afectados por esta sencillez lógica, convirtieron un punto teórico en dogma. No supieron atender a su modificativo comentario de que tal victoria absoluta «se logra rara vez en la práctica y no es condición necesaria para la paz». Mediante ciega creencia en ese dogma y uso implacable de todos los recursos posibles, se ha logrado desde entonces en la práctica más frecuentemente..., pero con completa desconsideración por las consecuencias, sobre todo el des-

tractor efecto sobre el subsiguiente estado de paz.

La difusión de la fama de Clausewitz debió mucho al hecho de que—y esto fué fatal para la Humanidad—uno de sus discípulos, Moltke, se convirtió en el director de las triunfantes campañas prusianas de 1866 y 1870; ocasiones en que la victoria se obtuvo rápidamente y la paz no se hizo muy difícil. Esa doctrina, aceptada sin comprenderla, influyó mucho en los orígenes y la índole de la primera Guerra Mundial. De ésta condujo, muy lógicamente, a la segunda, que—ahora puede verse—fué la natural secuela de las condiciones económicas y psicológicas producidas por el primer conflicto.

Otro factor fatal, estrechamente unido a los trabajos de Clausewitz, fué la perpetuación del reclutamiento obligatorio. La ley del ejército prusiano, adoptada poco después de la caída de Napoleón, se basaba en la norma de reclutamiento de todos los hombres de diecisiete a cincuenta años. Aunque el sistema no tuvo plena aplicación en la práctica, quedó para lo sucesivo establecido como principio.

El crecimiento del sistema se alimentó con las experiencias de la guerra civil norteamericana, donde ambos bandos recurrieron al alistamiento forzoso. Luego, en 1870, vino la victoria de las tropas prusianas, de corto servicio, sobre las tropas francesas, de largo servicio, donde el reclutamiento forzoso no se había introducido sino muy recientemente, y eso en forma parcial, como medida complementaria. Ese obvio contraste echó más peso en la decisión del mundo que todos los demás factores que inclinaban la balanza contra Francia.

La transición se realizó parte en el transcurso y parte como consecuencia de la siguiente Gran Guerra, la de 1914-1918. Aquí, la maquinaria de movilización de las masas de reclutas demostró ser un factor fatal en apresurar el conflicto, ya que el dramático llamamiento de los hombres de las diversas naciones, arrancándoles de sus trabajos civiles, produjo un estado de excitación y perturbación que perjudicó los esfuerzos diplomáticos para evitar la contienda. Como recalca el Canciller alemán—con mayor y más profunda verdad de lo que él mismo creía—, «la movilización significa inevitablemente la guerra». Una vez que estalló el conflicto, fué mostrando las características anunciadas por el rumbo de ideas del siglo anterior, y produjo en las normas de la conducta civilizada una degeneración que en muchos aspectos fué peor que la marcada por las guerras revolucionario-napoleónicas.

Un importante mojón de esta «gran degeneración» surgía cincuenta años antes de 1914, en la guerra civil americana. Este conflicto fué, en muchos aspectos, el prototipo de la moderna «guerra total». La devastación de Georgia por Sherman y del valle de Shenandoah por Sheridan se encaminaban a minar la resistencia de los ejércitos confederados mediante la destrucción de sus hogares, así como de sus fuentes de suministro. Estas operaciones «anticiviles» resultaron ser más eficaces que la devastación que Marlborough produjo en Baviera, pues fueron decisivas en producir el colapso de la Confederación.

La guerra francoalemana de 1870-1871 se caracterizó por varios bombardeos terrestres de ciudades, no meramente de los fuertes que las defendían.

Otro escalón hacia la inhumanidad fué el representado por la guerra sudáfricana. En aquella ocasión, la captura de las capitales de las dos repúblicas boers no consiguió poner fin a la guerra, como se esperaba, a causa principalmente de la petición británica de que tendrían que rendir su independencia. Tal demanda se desviaba de lo habitual en conflictos entre naciones de origen europeo, y su totalidad de objetivo puede considerarse como la inauguración de la «guerra total». Los boers recurrieron entonces a la guerra de guerrillas. Después de intentar en vano durante varios meses sentarles la mano por los procedimientos habituales, Kitchener adoptó el plan de asolar el país, quemando las granjas de los boers y llevándose a sus mujeres e hijos a campos de concentración, donde, según cálculos, perecieron 25,000. Esto dejó una herencia de amarguras que el posterior trato generoso que se dió a los vencidos no consiguió borrar del todo.

El declive de la conducta civilizada se hizo más marcado durante el conflicto mundial de 1914-18. Hubo un atroz aumento de brutalidad para con heridos y prisioneros; cuentos muy exagerados de «salvajadas» produjeron, a su vez, una tendencia a no dar cuartel; los saqueos se hicieron rabiosos; edificios históricos y otros tesoros de la civilización quedaban expuestos a la destrucción, a la más ligera demanda de necesidad militar; y las normas de guerra ideadas para proteger a la población civil fueron toscamente violadas en muchos sentidos. La propaganda «de odio» multiplicó todos esos males. En el decenio anterior a la guerra, la Prensa popular había desarrollado creciente tendencia a satisfacer el apetito del público por lo sensacional, y ahora, en época de guerra, se aplicaba esa técnica para azuzar las pasiones. El proceso llegó a los límites del absurdo cuando el «pa-

triotismo» impuso el «destierro» de la literatura y la música de países «enemigos». Nada ilustra más claramente la degeneración de la civilización que comparar estas modernas perversiones con la actitud que prevalecía inclusive en las guerras napoleónicas; por ejemplo, las cortesías que se cambiaban entre los ejércitos, la medida de libertad y simpatía otorgadas a los prisioneros y el modo en que artes y ciencias eran consideradas como «por encima de las batallas». En lo más enconado de aquella encarnizada lucha se permitió a hombres de ciencia ingleses viajar libremente por el continente, siendo hospitalariamente recibidos por sus colegas franceses.

Más influencias a favor del mal se originaron con la aparición de nuevas armas que no encajaban en el antiguo código guerrero y tendían así a producir en éste nuevas grietas. Ejemplos: el submarino y los gases asfixiantes.

Pero más daños a la civilización y a las perspectivas futuras produjeron los adversarios de Alemania con su modo de entender y practicar—con menor comprensión todavía que ese país—la teoría de guerra ilimitada que a ella extravió. Esto quedó patente, sobre todo, al dar a la práctica del bloqueo una extensión sin límites y al proclamar como objetivo de guerra la absoluta destrucción del poderío alemán.

El ilimitado «bloqueo de inanición» resultó factor decisivo en el colapso de Alemania y Austria. Pero fué esencialmente un método inhumano de guerra, ya que a quienes hacía el máximo daño era a los no combatientes, especialmente a los débiles y ancianos, y trabajaba por minar la resistencia de los ejércitos adversarios infligiendo la miseria a sus familias. De este modo, se reprodujeron en mayor escala los métodos de Sherman y Sheridan en la guerra civil norteamericana y de Kitchener en la guerra boer. «Los medios estaban justificados por el fin», en el inmediato sentido práctico de lograr el objetivo bélico, pero no en el más grande sentido del objetivo de paz. No sólo quedó empobrecido, sino envenenado el suelo en el que había de replantarse la paz.

El crecimiento de la guerra aérea ha sido terrorífico, lo mismo que la brutal desconsideración por todo factor humano en los bombardeos desde el aire. Esto ha producido un área de devastaciones—y en ciertas partes, una degradación de las condiciones de vida—que no se conocían desde el final de la Guerra de los Treinta Años.

Refiriéndonos a las operaciones aéreas alemanas durante las primeras fases de la guerra, cuando los germanos gozaban de gran superioridad de fuerza de bombardeo, hay que reconocer que se atuvieron estrictamente a las condiciones de su teoría y de su propuesta de anteguerra. El bombardeo de Varsovia y Rotterdam horrorizó al mundo (que más tarde había de habituarse a tales matanzas aéreas); pero esa acción no se efectuó hasta que las tropas germanas se abrían paso, luchando, al interior de estas ciudades, lo cual concordaba con las antiguas normas de bombardeo de plaza sitiada, así como con la definición de 1935-36.

La desviación alemana de este código difícilmente podría fecharse antes de septiembre de 1940, cuando se desencadenó el bombardeo nocturno de Londres, a continuación de seis sucesivos ataques contra Berlín durante los quince días anteriores. Así, pues, los alemanes estaban estrictamente justificados al describir su bombardeo como represalia, sobre todo teniendo en cuenta que ellos habían anunciado (antes de nuestro sexto ataque a Berlín) que emprenderían tal acción si nosotros no interrumpíamos nuestros bombardeos nocturnos de la capital germana. Además, hay que confesar también que, pese a su abrumadora superioridad de bombardeos, fueron ellos quienes tomaron la iniciativa pocas semanas después para proponer un acuerdo mutuo que pusiera límites a tales bombardeos urbanos. Y, además, en varias ocasiones interrumpieron sus ataques en cuanto observaban una pausa en las incursiones inglesas (mucho menos dañinas), demostrando así su deseo de una tregua en aquella competición de bombardeos. Estas tendencias hacen resaltar, no el «humanitarismo» alemán, sino su realismo a largo plazo. Esto está de acuerdo con lo que la Historia nos enseña de que una potencia agresiva calculadora suele medir más las consecuencias de no hacer caso de restricciones que las naciones que han de afrontar la agresión. Esa tendencia calculadora está de acuerdo con el proverbio que reza: «Un ladrón no asesina si no se ve acorralado.» Saquen provecho de esta enseñanza los serenos adversarios de la agresión.

En la última guerra, por contraste, se desarrolló en Gran Bretaña enorme presión de la opinión técnica y pública favorable a prescindir de las tácticas restricciones de bombardeo que se observaron por ambos bandos beligerantes durante los primeros meses. Existía un ávido deseo de hallar una disculpa, o inclusive de provocar una ocasión, para poner a prueba la teoría aérea inglesa de destruir las fuentes de producción bélica del adversario. El esfuerzo se inició casi inmediatamente

te después que la ofensiva del ejército alemán en el Oeste comenzara en mayo de 1940, y fué continuado y ampliado tras el colapso de Francia. El modo como se describió—«plan maestro» («master plan») expresaba los cálculos absurdamente optimistas de quienes lo concibieron. Vista la pequeña escala de las fuerzas bombarderas británicas, era, en verdad, algo así como tirar guijarros para provocar al enemigo a replicar con peñascos. Su principal resultado fué apresurar el «blitz» sobre las propias ciudades inglesas, con daños desproporcionadamente mayores en su producción bélica. Dadas las circunstancias del momento, no podía representar cosa mejor que una forma de suicidio lento, del que tuvo la fortuna de salvarse gracias a la decisión de Hitler de invadir Rusia, en vez de concentrar los recursos de Alemania para crear una fuerza bombardera suficiente para liquidar a Gran Bretaña. Aquel cambio de dirección del esfuerzo germano proporcionó a Gran Bretaña el respiro que necesitaba para ampliar su propia fuerza de bombarderos de dimensiones superiores. Así y todo, las sucesivas provisiones de su decisivo efecto en quebrantar la producción bélica alemana fueron otras tantas veces desmentidas por los hechos, aunque el tonelaje de bombas se multiplicaba año tras año y aunque los bombardeos de precisión se abandonaron a favor del aplastamiento al por mayor de ciudades, mediante altos explosivos y cuerpos incendiarios.

Si bien esa estrategia de devastación desde el aire quedaba dentro de las directrices naturales derivadas de la estrategia tradicional británica, acarreó un peligro mucho mayor a la civilización por cuya defensa luchaba. La estrategia de tipo naval que Inglaterra había practicado durante los conflictos armados de los siglos XVI, XVII y XVIII era inherentemente más «bárbara» que la estrategia de tipo militar habitual en Clausewitz y en el continente, porque buscaba subyugar la voluntad de la nación oponente infligiendo daños a sus medios de vida, más bien que venciendo a sus ejércitos. Así, en cierto sentido, apuntaba más directamente contra la comunidad civil. Al mismo tiempo, su efecto se modificaba de dos maneras importantes: la primera la constituían las naturales limitaciones de la presión naval, comparada con el omnimodo alcance de la potencia destructiva de la aviación; la segunda era la prudencia de los fines bélicos de Gran Bretaña. Esta solía prestarse gustosamente a aceptar una base de paz negociada cuando el enemigo se había cansado de la guerra. Excepto en el conflicto contra Napoleón, Inglaterra no prosiguió la lucha hasta el fin, fin que tiene muchas probabilidades de representar no solamente el agotamiento de las fuerzas oponentes, sino el mutuo agotamiento de la facultad de reconstruir la paz. Inclusive en la guerra contra Napoleón, los estadistas británicos cuidaron de asegurar que los términos de paz con el pueblo francés fuesen lo bastante moderados para prometer una paz duradera.

Es la combinación de un objetivo ilimitado con un método ilimitado (la adopción de petición de rendirse incondicionalmente, junto con una estrategia de bloqueo total y devastaciones por bombardeo), lo que en esta guerra última ha producido inevitablemente un hondo peligro para los cimientos relativamente superficiales de la vida civilizada. Sus amargos frutos ya están cosechándose en los países que han sufrido este proceso de liberación por la devastación. Todavía están por ver los resultados que para Europa tendrá el redimir a Alemania tan terrible estado, comparable inclusive al que se produjo con la Guerra de los Treinta Años.

En las circunstancias de esta pasada guerra nos era difícil evitar el llevar esos medios hasta el extremo, si consideráramos como nuestro propósito la rendición incondicional de las potencias adversarias. Pero eso no altera el hecho de que esta política implicó el paradójico rumbo de buscar la conservación de la civilización europea mediante la práctica de los más incivilizados medios de hacer la guerra que el mundo haya conocido desde las devastaciones mogolas.

El futuro será modelado por el pasado. La mejor promesa para el futuro estriba en el entendimiento y en la aplicación de las lecciones del pasado. Por tal razón, al tratar de los problemas creados por la última guerra, se obtendrá mayor claridad examinando en conjunto la evolución de la revolución bélica que fijándose solamente en las apariencias del momento. Si llegamos a comprender cómo se forjaron las condiciones de esta guerra, se tendrán mayores posibilidades de evitar otra aún más mortífera.

El problema, como una moneda, tiene dos lados: la «cara» es la evitación de la guerra; la «cruz» es la limitación de la misma. Si la experiencia nos ha enseñado algo, debemos comprender ahora los peligros de concentrar nuestros esfuerzos únicamente en una política perfeccionista de evitar la guerra, mientras se descuida la necesidad práctica, si tal política fracasa, de limitar la guerra, de forma que no se destruyan las pers-



pectivas de la paz subsiguiente. Porque ninguna nación va a la guerra, ofensiva o defensiva, sin el convencimiento de que, a su término, se obtendrán mejores condiciones de paz. Que estas esperanzas raramente se cumplan es debido a la ignorancia y a las pasiones desatadas, y estas condiciones fatales se darán más acentuadas en aquella parte que fuese obligada a ir a una guerra de autodefensa. Son las naciones pacíficas, por encima de todo, las que necesitan aprender que la moderación en la guerra es la mejor garantía para la paz posterior.

Aunque la violencia estimula la violencia, puede actuar también como antídoto de aquélla. La experiencia lo ha demostrado así. Hoy, el hecho de que el mundo haya sufrido gravemente por la plaga de la guerra dos veces en una misma generación, puede aumentar los efectos contrarios (?). Además de la aversión a la guerra, hay otros factores psicológicos importantes que pueden contribuir a crear condiciones favorables para un renovado período de limitación. La multiplicación de las máquinas ha acabado con el romanticismo de la guerra al disminuir el valor de las cualidades humanas. El valor y la habilidad son ya quizá de poca importancia frente a la superioridad del material. El avión de bombardeo ha ampliado el efecto deshumanizador de la artillería; la bomba volante y la de propulsión lo han hecho aún más. Estas armas automáticas pueden acabar con la idea de que la victoria en la guerra prueba la virilidad y la virtud de un pueblo. Han reducido a los hombres a poco menos que a conejos de Indias en un laboratorio de experimentación.

El desarrollo de las bombas volantes y de propulsión pueden tener a este respecto más efecto que todos los argumentos para la libertad. En el futuro, la calidad de los hombres de ciencia puede decidir más que cualquier masa de infantería, reduciendo hasta lo absurdo el valor cuantitativo del número humano. Tal revolución en los métodos de guerra hace su limitación más urgente, a la vez que más práctica.

Nada podría reforzar mejor los anteriores argumentos que la aparición en la guerra de la bomba atómica en agosto de 1945. El uso de la bomba atómica fué seguido de un tan rápido hundimiento de la resistencia del Japón, que su efecto decisivo a duras penas puede ser discutido.

Es de admitir que puede encontrarse un antídoto para la bomba atómica, mediante una nueva aplicación defensiva del radar; pero es difícil intuir cómo ese antídoto podría emplearse antes de que comenzasen las hostilidades. El primer ataque con bombas atómicas podría realizarse con aviones comerciales o con proyectiles de propulsión, antes de hacerse la declaración de guerra. Debe recordarse que al Port Arthur de 1904 siguió el Pearl Harbour de 1941, y no debemos desestimar la posibilidad de que haya un tercer caso en esta serie.

Teniendo en cuenta estas posibilidades, parecería que las vidas de todos los pueblos habrían de desarrollarse bajo el temor permanente a ser «atomizados» sin previo aviso.

Una atenuación del peligro podría asegurarse mediante un acuerdo internacional para aplicar el principio del desarme cualitativo y organizando el necesario sistema de supervisión mundial en este campo.

La guerra, tal como la hemos conocido en los últimos treinta años, no es compatible con la edad atómica.

Si una de las partes posee la bomba atómica y la otra no, es absurda la resistencia. En este caso, parece que la guerra tendería a desaparecer. La resistencia se transformaría entonces en algo invisible o pasivo, o más bien en guerra de guerrillas. Incluso en la era de la guerra mecanizada, la resistencia en campo abierto no ha servido más que como gesto heroico de los pequeños países que no poseían potencia mecanizada. Todos los sacrificios de tiempo y dinero para sostener a sus fuerzas armadas y el sistema de reclutamiento forzoso fueron cosa perdida. Su única resistencia eficiente empezó cuando sus ejércitos fueron derrotados.

Pero si ambos beligerantes poseyesen la bomba atómica, la «guerra total» será igualmente un absurdo. La guerra total significa que el fin, el esfuerzo y el grado de violencia son ilimitados. La victoria se busca sin pensar en las consecuencias. En los caóticos tiempos que han seguido a la segunda guerra mundial, empezamos a comprender que la falta de prudentes limitaciones ha malogrado nuestros propósitos. El esfuerzo no sólo nos ha dejado empobrecidos, sino entretados con problemas aún más graves que antes. Una guerra ilimitada, realizada con energía atómica, sería algo peor que una tontería: sería un suicidio mutuo.

Esa conclusión no quiere decir necesariamente que la guerra desaparecerá totalmente. Pero, a menos que los jefes beligerantes estuviesen locos, es probable que cualquier guerra futura sea menos despiadada y esté más ajustada a reglas mutuamente convenidas.

NORTEAMÉRICA VISTA DESDE EUROPA



Continuamos el trabajo iniciado en otro número de MVNDO HISPANICO sobre el sugestivo tema «Norteamérica, vista desde Europa», con opiniones de escritores europeos sobre Norteamérica, su circunstancia y su peripécia. Estas opiniones las extraemos—como entonces—del libro «Europa y sus fantasmas», de João Ameal, a quien corresponde, como se verá, parte del texto, y se ilustran con magníficas «fotos» del álbum de Mario Bucovich titulado «Manhattan Magic», que nos ofrece alucinantes visiones de ese Nueva York, del que dijo Paul Morand que «es un Occidente excesivo».

ESPIRITUS SIN BRUJULA.—¿Cuál es la vida mental y moral del norteamericano? Todos saben lo que es la sociedad en Norteamérica: una feria plutocrática. Y la familia: una serie de matrimonios hechos y deshechos en un relámpago; tiranía excesiva, y a veces hipócrita, de la mujer, que, según Paul Morand, «aún no dejó de ser niña ni renunció a ser hombre...» Durheim escribe por su parte: «El mismo ciudadano que en los conflictos de negocios lucha con independencia, con facilidad, no está satisfecho fuera de su oficina más que cuando ha obedecido de forma pasiva a las disposiciones de Norteamérica: el «policeman» y la mujer...»

A esa mujer añáda se dirigen ciertos anuncios, como los citados por André Maurois: *Streamline your underwear* (use ropa aerodinámica) o *A perfect complexion shall be your self-starter* (el color perfecto de su piel garantizará un éxito). El escritor francés concluye, entre irónico y divertido: «Es una verdadera técnica del encanto que se enseña a las jóvenes norteamericanas...» La vida es a un tiempo puritana y comercial («pueblo de la Biblia y del cheque», leyendo sobria de Farnoux-Reynaud), profundo amoralismo y envuelta en todas las ululantes disonancias del «jazz»...

Son memorables los enérgicos apóstrofes con que Jorge Duhamel, en «Scènes de la vie future», condena la demoníaca sonoridad de Norteamérica: «El «jazz-band», esa barahúnda atascada, sofocada, que, desde hace tantos años ya, tropieza en los mismos contratiempos: que ceca, que lloriquea, que chirría y pia sobre toda la faz de la tierra.

Triunfo de la tontería bárbara, con aprobación, explicaciones y comentarios técnicos de músicos instruidos, que temen, por encima de todo, no estar al día, contrariar a su clientela, y que se sacrifican al «jazz» como los pintores de 1910 se sacrificaban al cubismo...»

En una carta muy interesante a Dulieu, en 1860, le resumía Proudhon las paradojas y las deficiencias; es una página que tiene más de ochenta años y no envejece: «Es claro que el trabajador debe tener su glorificación.

¿Qué hago yo hace veinte años sino incitar a la multitud, en el seno de la cual nací, a actuar como un conjunto de hombres libres, imitando a Norteamérica? Mas debemos confesar que la creación de la riqueza es solamente el fundamento del edificio social; que las naciones no viven de eso; que encima de la esfera de lo útil; viven otras más gloriosas: Filosofía, Ciencia, Arte, Derecho y Moral. La dignidad humana puede, en rigor, tolerar las riquezas, según demostró la escuela de Pitágoras. Mas ¿qué es un pueblo sin Filosofía, sin Arte, sin nociones de Derecho y de Moral? Es lo que parecen olvidar los norteamericanos; lo que, a pesar de sus dólares y de su orgullo, los rebaja a la última fila de las naciones civilizadas...» En el mismo sentido se manifiesta el ensayista católico Valery-Dadot al comparar a América con un mostrador, afirmando que «un mostrador no puede sustituir a un altar».

En el campo de la inteligencia encontramos en los norteamericanos vulgares una simplicidad inverosímil. Cierta revista de Nueva York publicó los resultados de una encuesta en que se preguntaba a los lectores quiénes eran sus tres autores franceses preferidos. Obtuvieron la votación más numerosa Proudhon, Taine, Dumas (padre) y Bergson. ¿A qué propósito apareció Bergson en tan imprevista compañía? Tal vez por ser uno de los maestros más citados por William James, o por haber dado en Norteamérica bellas y sugestivas conferencias. ¿Y el escandaloso emparejamiento de los mejores obras de los clásicos conforme al gusto de un público de boxeadores y mecanógrafos? Ejemplos: «Hamlet» fué representado en San Francisco con el título de «El príncipe loco o los espectros de Elsenaur», y añadió un cuadro en que Ofelia era raptada del convento en una noche de tempestad, y Hamlet no tenía otro remedio que hacer cabriolas y saltos mortales, como Douglas Fairbanks. «Fedra» la tragedia de Racine, sufrió el siguiente bautismo: «Entre el padre y el hijo, o los amores sangrientos», título perfectamente adecuado a una cinta cinematográfica de la Paramount. Mas lo cierto es que los boxeadores y las mecanógrafas se divertieron. En «Babbit» hay una escena mag-

nífica. Un grupo de personas amigas, después de haber comido, resuelve hacer una sesión de espiritismo, y alguien sugiere que se evoque a Dante. Seguidamente comienzan las preguntas indiscretas: ¿Quién era Dante? ¿Se conoce a Dante? Jorge Babbitt, hombre instruido, arriesga esta ocurrencia: «¡Claro que le conozco! Es aquel sujeto que sirve de guía a los turistas Cook en el Infierno...» Otro de los presentes, Virgilio Gunch, insinúa que Dante hizo algo, pero no fué capaz de llegar a las cumbres de la literatura práctica, ni de redactar rápidamente párrafos de reclamo para los periódicos. Una jovencita, Eddie Swanson, añade que si ella dispusiera del tiempo necesario, también sería capaz de escribir un poema... Evocan entonces al espíritu del gran florentino. Y luego Virgilio Gunch sugiere que se pregunte a Dante cómo están Shakespeare y Virgilio, y si quieren los tres actuar en el cinematógrafo... Eddie Swanson, para no quedarse atrás, preguntó si el autor de la «Divina Comedia» se halla constipado, a consecuencia de ir cubierto solamente con una corona de laurel...

Existe un contraste demasiado fuerte entre los progresos materiales de los norteamericanos y su simplicidad intelectual. Viven con comodidad, tienen iniciativa y audacia, pero carecen de cultura y equilibrio interior. Mientras nosotros, pertenecientes a comunidades seculares, estamos, ya hace mucho, en la fase crítica, los norteamericanos vivieron hasta ahora en la fase del instinto espontáneo y ahora comienzan a observarse a sí mismos.

Uno de los raros críticos de Norteamérica, Mencken—autor de «Defence of Women» y director de «American Mercury»—al responder a Catalogne, trazó un panorama severo, pero pintoresco, de la vida artística y literaria en los Estados Unidos. Me parece útil reproducirlo:

«En Norteamérica, el gusto musical se manifiesta exclusivamente por la aceptación del «jazz» obscuro, no vale la pena de citar algunos entusiasmos infantiles por ciertos cantores de ópera. En cuanto a la Pintura, ningún artista es oficialmente reconocido, y si el Presidente convidase a un pintor de talento para ir a la Casa Blanca, cometería una falta de etiqueta tan grave como si convidase a un ateo. El teatro, suplantado por el cinematógrafo, ya sólo existe en Nueva York. La literatura se ve maltratada constantemente por los partidarios de la cultura puritana, y cada manifestación de auténtico valor es atacada con violencia. Los críticos oficiales fueron todos adversarios de Edgar Poe en su tiempo; después, de Whitman, e intentaron rebajar a Mark Twain al nivel de un simple payaso. En la actualidad, atacaron con saña a Sinclair Lewis y a Dreiser. Cuando se concedió a Lewis el premio Nobel, se sintieron profundamente disgustados...»

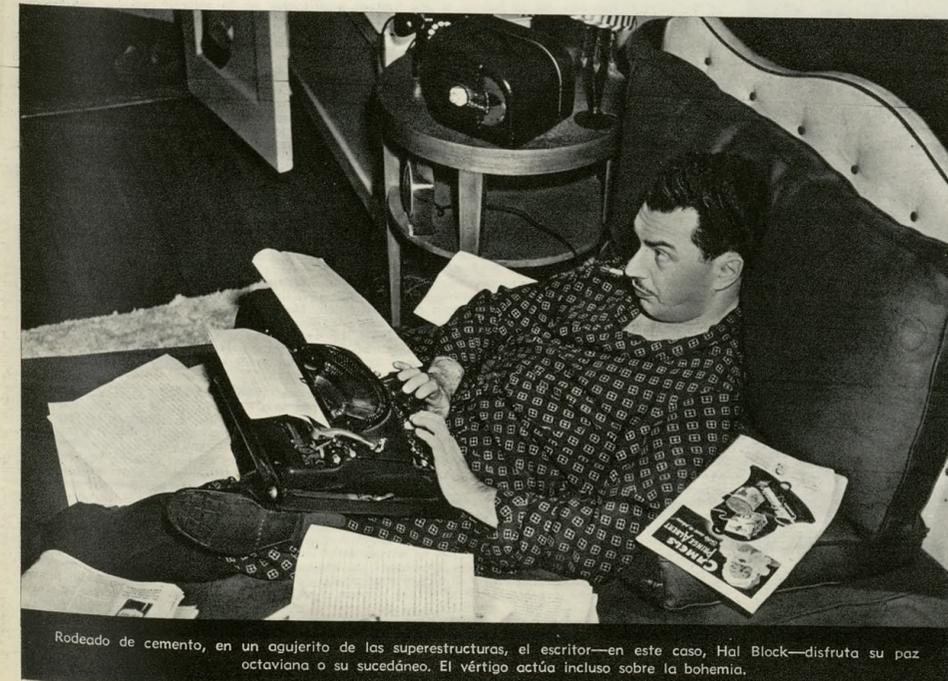
PRAGMATISMO Y DEMOCRACIA.—Todo el panorama de la vida norteamericana conduce a una filosofía rudimentaria y práctica, instrumento de simplificación y facilidad. Filosofía cómoda, sin grandes sobrecargas metafísicas, hecha a la medida de la sociedad que pretende orientar. Es el pragmatismo de

William James, «método sencillo para eludir la metafísica», según indica el profesor Baudin. ¿Sólo un método? Sus aspiraciones son más altas: aunque al principio no pase de método, pretende llegar a ser una teoría genética de la verdad. La principal característica del sistema de James (con la colaboración de Peirce, de Dewey y de Schiller) es la negación de la verdad absoluta, de la realidad objetiva, independiente de los nociones individuales. Para el creador del pragmatismo, del pluralismo pragmático, la verdad se confunde con lo útil, con lo ventajoso. Ella nos sirve, en vez de nosotros a ella. Más aún: sólo interesa en la medida en que nos sirva; y en eso consiste toda su razón de ser. «Aquellos que más convenga creer será lo que más se parezca a una definición de la verdad.» Equivale a transformar la verdad en mero factor de éxito, en mero auxiliar de la experiencia. La experiencia es lo único que la determina, en ese sistema, llamado, francamente, por su autor empirismo radical.

Keyserling recuerda las bases calvinistas de la filosofía «yankee». Calvino estableció un lazo enteramente falso entre la Gracia y el triunfo sobre la Tierra, «lo que le convierte en verdadero padre espiritual del pragmatismo norteamericano, tan profundamente antiespiritual».

Es evidente que, con tal noción de la verdad, los pragmatistas ponen a Dios a la altura del hombre. Se niegan la perfección, la omniscencia y la autonomía creadora. Mac Taggart, profesor típico, contradecía que Dios fuese perfecto, «porque destruiría así el equilibrio del Universo». Después de negarle la infinitud, le niegan el conocimiento y el poder creador. Lutostawski proclama: «Yo no puedo haber sido creado por otro ser!» Enrique James enseñaba a su hijo que Dios no se basta a sí mismo, que debe ser un honesto operario y colaborador en la obra común. Fechner creía en nuestra acción sobre Dios. Quiere decir: el Dios de los pragmatistas—como sintetizó Maritain—es un camarada celeste, un valioso elemento en la serie de los acontecimientos, un auxiliar y hasta un siervo... Se sabe que Edison designaba siempre a Dios como «el Gran Ingeniero» o sea: un Edison sublimado, idealizado... Refiriéndose a este delirante antropocentrismo, Keyserling escribió al principio de uno de sus libros la siguiente frase, que revela un humorismo cético: «Es la concepción del mundo de la mayoría de nuestros contemporáneos: Dios creó el Universo por medio del megáfono...» Este Dios es un «viejo siervo fiel, que nos ayuda a llevar nuestra cruz, en medio del sudor y la polvareda del trajín cotidiano»—acentuó Bourdeau—. Este Dios—made in U. S. A., complaciente y limitado, bastante grande y poderoso para merecer que se le adore y se le pida alguna cosa, mas no tan grande y poderoso que los hombres no le ayuden y no le alcancen—es una especie de ciudadano ejemplar, de supremo americano-tipo, producto de una teodicea donde entran mucho más las teorías de Monroe que las de Santo Tomás de Aquino.

Otro vigoroso pasaje de Bourdeau: «El pragmatismo es una reacción anglosajona contra el intelectualismo y el racionalismo del espíritu latino... Para él, el hombre, el individuo, es la medida de toda cosa. No puede concebir más que verdades relativas, es decir, ilusiones. El valor de estas verdades le es reve-



Rodeado de cemento, en un agujerito de las superestructuras, el escritor—en este caso, Hal Block—disfruta su paz octaviana o su sucedáneo. El vértigo actúa incluso sobre la bohemia.

El edificio Rockefeller, en la quinta Avenida.

El «Empire State», en la quinta Avenida.



Arriba: Hierros, cables... El primer puente, entre los que unen Brooklyn y Manhattan.—Abajo: Filadelfia, en vísperas de una convención del Partido Demócrata.

lado, no por una teoría general, sino por la práctica individual... Filosofía que pasa de palabra, todo en gestos y en actos, que abandona lo general por lo particular...

EN FUGA ANTE LOS ESPECTROS.—En el campo intelectual, Norteamérica tiene numerosos y extraordinarios valores que sirven de atenuantes a sus atentados en el campo de la Moral, de la Política y de la Economía contra la primacía de la Inteligencia.

La mayor atenuación reside en este hecho, que es justo poner de relieve: la Norteamérica de hoy está compuesta, en primer lugar, por una gran mayoría de europeos emigrados, cuya adaptación a la nueva patria no es aún perfecta, a pesar de lo que decía Teodoro Roosevelt. El elemento extraeuropeo—elucida Ford Maddox Ford—no llega a constituir una décima parte de la población de los Estados Unidos, y su influencia en el desenvolvimiento material y mental de los norteamericanos es, en resumen, insignificante. Por eso no vacila en asegurar más adelante: «Norteamérica es una creación del cerebro europeo.»

Podría preguntarse: si hay tal proporción de europeos en Norteamérica, ¿por qué está tan atrasada en relación a Europa? Hace treinta años, Gabriel Tarde decía que Europa podía contemplar en los Estados Unidos la prefiguración de su propio destino. ¿Y qué son las «Scènes de la vie future», de Duhamel, sino una utilización de la profecía de Tarde? En ese caso, insisto en que no se comprende que, en vez de reproducir y ampliar nuestra civilización, Norteamérica marque, en el campo de los valores esenciales, una tendencia regresiva...

La explicación de esta aparente paradoja es fácil de encontrar. El escritor rumano Conrado Bercovici nos dió una descripción interesantísima de los barrios extranjeros de Nueva York, en la formidable colmena de Manhattan, ese Manhattan que Juan dos Passos describe como fondo de su gran novela «Manhattan Transfer». Uno de los espectros que Bercovici hace resaltar es la tendencia de los emigrantes de las varias nacionalidades a reagruparse como en el mapa europeo; los portugueses, junto a los españoles; los alemanes, junto a los austríacos... Esto, que no parece tener importancia, nos da perfectamente la síntesis de las relaciones entre Norteamérica y Europa. Europa está orientada, instalada, consolidada. Norteamérica es una Europa desorientada, inestable, sin consolidación. Uno de los que mejor supieron acentuarlo fué Renato Guilloin, en «Esquisses littéraires et morales». Nos presenta los Estados Unidos como formados por pequeñas ramas de troncos europeos que intentan recomenzar una nueva vida. Recomenzar, nótese bien—esto es, volver atrás, de la madurez a la juventud y aun a la infancia—. Privados del contrapeso y de la solidez pujante de la fronda tradicional, que las raíces profundas unen a la intimidad del suelo, los numerosos arbustos crecen en libertad, bajo un clima diferente, y, por lo tanto, difieren del árbol de que proceden.

No por eso es menos real la filiación. Y será la mayor atenuante de las locuras y excentricidades de la Norteamérica moderna. ¿Con qué derecho los censuramos nosotros, europeos, sus creadores históricos, sus modeladores espirituales y morales? «Los Estados Unidos nos restituyen hoy lo que recibieron de nosotros; con la diferencia de que, descargada de nuestros antiguos hábitos, la simiente fructificó en sus manos cien veces más», declara lealmente Luis Artus—. «Norteamérica tal vez fué más lejos de lo que nosotros hubiéramos querido. La causa de su impulso no está en ella todavía, sino en nosotros, que primero lo desencadenamos—refuerza Sisley Huddleston—. «Los Estados Unidos no se oponen a Europa: más bien la prolongan»—concluye Renato Planhol—. Numerosos testimonios podrían citarse en este sentido. El más sintético y agudo es el de Juan Ricardo Bloch, para quien el norteamericano es, en último análisis, «la caricatura exagerada del europeo».

Vuelvo a insistir en la pregunta. ¿Cómo interpretar una falsa civilización, medio bárbara, medio pueril, que debía ser espejo de la nuestra y le es tan contraria? ¿Cómo explicar que una prolongación de Europa se transforme en retroceso?

Para responder, me serviré de una imagen exacta. Norteamérica es, en relación a Europa, algo así como lo que era para el doctor Jekyll, en la célebre novela de Setevenson: espejo de sus defectos íntimos, forma corpórea de sus culpas misteriosas, máxima penitencia de sus errores. «Caricatura exagerada»—dice Bloch—. Sí: caricatura exagerada, que repite, agrava y deforma los rasgos originales...

Hace cuatro siglos que Europa se desvió del camino legítimo de su civilización, agotó las fuentes vitales y entró gradualmente en una descomposición metódica. Se perdió la unidad filosófica e intelectual por la desestimación o por el olvido de las altas direcciones aristotélicas; quebróse la unidad religiosa por la Reforma, y, por último, la unidad política y social, por los delirios revolucionarios.

Norteamérica, sin responsabilidades en ese pasado lamentable, adoptó como le fueron ofrecidas las direcciones de confusión y decadencia. Así, encontramos en su informe tumulto los reflejos de todos nuestros desvíos y todas nuestras quimeras. Luciano Farnoux Reynaud, crítico de los más lúcidos, denunció la influencia en los Estados Unidos de los tres espíritus «que rigen el mundo moderno: Lutero, Descartes y Rousseau». Aron y Dandieu definieron pintorescamente la proyección del racionalismo abstracto en el mito americano de la sobreproducción, al sintetizar: «Ford es solamente un Descartes que se pasea por la calle.»

De Reynold se mostró de acuerdo cuando escribió: «Las ideas que son la base de este sistema, los norteamericanos las han recibido de Europa; las han recibido de Francia y de Inglaterra a fin del siglo XVIII, precisamente a la hora de la emancipación.»

En cuanto a las costumbres norteamericanas, ¿no son las anglosajonas exageradas y simplificadas hasta la más absurda deformación? Según Emilio Baumann, por haber abandonado Europa su antiguo orden, Norteamérica se convirtió en una extraña y monstruosa Babilonia. Hasta en un detalle de valor simbólico—*ex libris del americanismo*—, en el colosal *rascacielo*, se descubre la paternidad de Europa.

Veámoslo: fué necesario, inicialmente, el empleo del cemento de Portland, importado de Inglaterra; después, el del acero Bessemer, procedimiento alemán; en fin, el genio agudo de un arquitecto francés, Le Duc, que fué el primero que proyectó un edificio con armadura de hierro y con una envoltura de piedra, que sólo serviría para cerrarlo y preservarlo. Y los principales arquitectos norteamericanos aprenderán en la Escuela de Bellas Artes de París; por ejemplo, Jenney, a mediados del siglo XIX. La historia del *rascacielo*, investigada por W. C. Starret, y así resumida en pocas líneas, revela bien su origen, íntegramente europeo.

«Caricatura exagerada...» Tiene toda la razón Juan Ricardo Bloch. Más aún: ¡expiación gigantesca de los pecados que viene de lejos!...

EL ALMA SIN CONSUELO INTERIOR.—En esto consiste la gran tragedia norteamericana, que justifica la absolución de muchas culpas y suscita un sentimiento inmenso de piedad. Norteamérica es la expiación de los pecados de Europa contra su destino y contra su civilización; imagen de la decadencia europea, en lo futuro, si las fuerzas espirituales no la salvan; anuncio del mundo siniestro de los *Eloi* y de los *Morlocks*, de la novela de Wells «The time machine». Paisaje desolado y triste, donde las máquinas mandan y los hombres viven sin alegría y sin independencia, a merced de automatismos imperiosos...

La inmensa melancolía americana—que en ciertos momentos llega a la desesperación—proviene, sobre todo, de la falta de una base ética y religiosa. No es humana una vida frenética, vertiginosa, trepidante, afanosa de lucros, girando entre convenciones, ambiciones, cifras, sin un ideal más alto, sin la esperanza de otros placeres, de otras recompensas, de otras victorias... No es humana una vida simplemente terrenal. El castigo surge en la terrible sensación de vacío, de inutilidad, casi de remordimiento, que marca sus amargas jornadas.

En esa vida todo está desprovisto de sentido, fuera de la realidad o contra ella, por carecer del punto de apoyo esencial. Uno de los mejores observadores del malestar de los americanos llamó a éstos «algebristas sedentarios, sugestionados por signos abstractos». Mucho oro, signo de riqueza; muchas leyes, signo de virtud; muchos cañones sobre muchos navíos, signo de paz... Obsesión de signos en un país de moral superficial, que, al fin, deja obrar a cada uno como quiera, según Luc Durtain.

De ahí el modo de vivir ese pueblo inquieto y exhausto, su doliente nerviosidad, la fiebre de sus pueriles agitaciones y su ansiedad por todas las hipótesis de euforia, de aturdimiento o de quimera. «¡Muy vacía tiene que sentirse el alma norteamericana para querer, ante todo y sea como fuere, que no la dejen mirarse a sí misma!», imaginaba Sandroz, un curioso personaje de Durtain. No. Yo no creo que esté vacía el alma norteamericana. Por el contrario, está agitada y afligida, privada de los grandes consuelos íntimos y condenada al dolor permanente del revoloteo de ave enjaulada. No puede estar vacía el alma norteamericana. No hay, ciertamente, almas vacías. Todas tienen una sed primordial, irresistible, que exige el descubrimiento de horizontes y la certeza de alianzas trascendentales... Hasta en el Babbitt, de Lewis—índice de la clase comerciante de los Estados Unidos, y cuya mediocre personalidad no llega a librarse nunca del engranaje—, hasta en el Babbitt se encuentra ese impulso hacia las alturas del misterio y de lo sobrenatural, esa llamada a lo divino, aunque en forma infantil y novelesca.

Más que censurar y acusar a Norteamérica, tenemos que lamentar su situación y acusarnos a nosotros mismos. Nosotros le dimos las bases iniciales de una filosofía moral y social que fué el origen de ese ardiente infierno en que forcejean millones de víctimas. En Europa, las aberraciones y alucinaciones del individualismo religioso, político y artístico aun luchan hoy con el antiguo fondo inquebrantable de una tradición de unidad y armonía humanas. En Norteamérica no existía ninguna tradición. El individualismo materialista encontró el campo abierto para la expansión de su desastrosa cultura. Construyóse un monumento colosal y absurdo, como la torre de Babel, que se yergue hasta el cielo, pero deprime a los hombres, encorvándoles hacia tierra. De tiempo en tiempo surgen alarmas, protestas y quejas. Sin tener, por lo tanto, a qué recurrir a su pasado, ni conocer un orden diferente y completo, como el que disfrutamos ya en Occidente, esas alarmas, esas protestas y esas quejas resultan episódicas y estériles en aquella vida mecánica y monótona... Y cuando alguna vez se inicia un movimiento de regreso a la verdad integral, al camino salvador, son muy pocos los que le entienden y le siguen. La gran masa continúa avanzando sin saber hacia dónde, en un panorama de chimeneas de fábricas y de cordilleras de *rascacielos*, con el acompañamiento rítmico y trepidante de las máquinas, en busca de un hombre ideal, omnipotente y propicio, de vigorosos pensamientos, poseedor de riquezas que no pueden contarse por no poderse ver y a quien sirve de signo el dólar... El hombre ideal, el plutócrata sin alma, ¡estatua alegórica del país de la Biblia y del cheque!...

«En Norteamérica—declara Morand—tuve muchas veces la impresión, no de una civilización en marcha hacia el progreso, sino de una fuga ante los espectros.» Es la imprevisible transformación de Babbitt en Hamlet; la aparición del dilema *ser o no ser*, como abismo inesperado entre la banal de las luces de Broadway...



PLAZAS ESPAÑOLAS

No se saben demasiadas cosas de un país en tanto no se entiende con plenitud su señorío, su misterio, su acento y su secreto. Existen muchos que logran su unidad, resumidos en una monotonía característica, para los que no es preciso, por consiguiente, excesiva preparación. Sin embargo, cuando de España se trata, una de las equivocaciones más usuales a la hora del enfoque es creerla enteriza y de una pieza. La «diversidad» española—que es tópico, por ejemplo, aun entre españoles que presumen de conocerla—tiene mucho que ver con la sorpresa, con el milagro, con algo más que la diversidad. Es muy difícil entender el secreto de Galicia, después de haber penetrado el de la Andalucía baja. Cuando nos hemos perdido por la patética frescura de Castilla la Nueva, necesitamos una preparación íntima de excepcional importancia si queremos comprender la adustez, por ejemplo, de la provincia de Badajoz. Ahora bien; si hay alguna base para la orientación indispensable, esa base son las plazas españolas. Si nativos y extranjeros necesitan puntos de partida para la comprensión de nuestra maravilla, nada como estos charcos, que tienen algo de resumidora conciencia para sentir y entender. España hace lógico su laberinto en rincones y en plazas. Cuando quienes se encuentran en esas plazas buscan, en cada una de ellas, el resumen lírico que las mismas están capacitadas para conseguir.

Al ser muy distinto el continente, no tiene nada de particular que sea bastante diferente el contenido que las plazas nos brindan. Informarnos del acento español en las plazas Mayores, o desconfiar de la grandeza de una tierra grandiosa en rincones y callejas, no prestigia la perspicacia en verdad. Si España es varía, la variedad de las plazas españolas es una de las propiedades nacionales que más lo proclama. Cuando un país como el nuestro se comprende probablemente mucho, mejor en el recuerdo que viviéndolo por lo menudo, es preciso afinar. A falta de una teoría de las plazas españolas, que siempre hemos echado de menos, no hace tanto que hemos logrado una apasionada divagación con destino a páginas fraternas. En la que hemos marcado hasta siete apartados. Pues para nosotros las plazas españolas se dividen en plazas Mayores, plazas del sabor y del silencio. Plazas como patio, plazas jardín, plazas de soportales, plazas en el olvido y plazas insinuadas o rincones de excepción.

El secreto de lo español hay que perseguirlo a lo grande, a lo hondo y de una manera recatada. Entender Castilla como nos disponemos a comprender la «música de cámara» nos llevaría a una falsa conclusión. Sin embargo, el acoso de Sevilla debe de plantearse *morfosa*, profundamente. Y con un recato inigualable, el entendimiento de sitios tan distintos y distantes como Albarraçin, Cádiz o esa tierra que al tener por capital a San Sebastián—la ciudad que siempre nos sabe a «mañana temprano», como dijo Hemingway—, inicia la paleta de verdes con plenitud en el noroeste español. En la plazuela que comprendemos la intimidad española no debemos tratar de intuir el buído secreto. Creer que Madrid, sentido desde la Puerta del Sol, es lo mismo que sentido desde su plaza Mayor, insuperable y llana, de una gracia suficiente, supone confundir lo paleta y lo señorial... Hasta la gracia—las tres mil maneras de ser gracioso a que lo español dispone—se nos escapa de las manos si no vamos a recogerla en el justo lugar donde se resume. Ya que si a algo obliga España, burla burlando, es a la más difícil e inteligente flexibilidad.

Ya las plazas Mayores, ocupadas en resumir nuestra grandeza y como nuestra universal fisonomía, dicen una cosa en sus trajines, otra en el ápice de sus maravillosos mediodías y otra muy distinta cuando remansan la grave condición de la noche. La plaza Mayor madrileña entreabre su secreto a la tarde; as colmada de sol cuando la de Salamanca conquista su expresión mayor. En este tipo de plazas, España demuestra a las claras su capacidad señera. En ellas nada aparece tan vivo como la condición humana española, a pesar de la diversidad. Importancia, dignidad, grandeza, son virtudes evidentes en ellas. Se hace patente en las plazas Mayores nuestro natural señorío, porque grandeza y naturalidad, en ellas, se dan cita sin poderlo remediar. Sobre todas, la plaza Mayor de Salamanca—de la que vemos un ángulo en la «foto» superior—estrofa virtudes superiores, dignidad suficiente, un aplomo especial que a los inexpertos puede parecer soberbia. Al descifrar, con una evidencia, sin duda alguna, impresionante, lo que siempre nos ha hecho posibles, animosos, lanzados. Como si en las plazas Mayores españolas alcanzase la tierra su majestuoso dimensión.





En Turégano, en Segovia, para no ir demasiado lejos, tenemos un ejemplo señero de la «plaza de soportales». Se ha hablado mucho, demasiado, de esta clase de plazas, pero nunca se ha dicho que nuestro país en ellas perfila exactamente su capacidad novelística, y que la novela de España encuentra en las plazas de soportales su más concreta definición. El clima prodigioso de Cervantes se descifra en ellas. Lo que hay de novelístico, de misterio puro en Zurbarán o en Fray Luis de León, por ejemplo, lo encontramos aquí. Siendo la pena española, esa pena que para no degenerar en drama sabe convertirse en algo garboso y delicado, lo que nosotros entendemos en ellas a las mil maravillas. Puesto que lo ameno español se diferencia considerablemente de las cien variantes que la amenidad tiene. Y quien no entiende la novela de España en las plazas de soportales no sabe, desde nuestro punto de vista, a qué atenderse cuando se repasa desde este ángulo a nuestro país. Como es lógico, este tipo de plazas merecería párrafo aparte. Pero subrayemos que en las mismas la novela española cobra su más alto sentido. Al proclamar, con la sencillez con que ellas lo proclaman, que, independientemente de nuestros novelistas, si España es algo, lo es, entre tantas cosas, por su novelesca condición.

La plaza de los Literarios, en Santiago, nos hace la confidencia del sabor y silencio españoles. No hay que buscar en ella nada más que el misterio, lo que España tiene de dimensión dramática, sintiéndola como sentimos las lágrimas y las novedades del corazón. El metro aquí se reduce considerablemente, hasta hacerse muy pequeño. Sería pueril pensar que de esta manera entendemos lo español más en su salsa, cuando lo que corresponde es dominar el secreto extraordinario que cabe en la misteriosidad de estas plazuelas. Convencidos de que la riqueza verdadera de los países se encuentra precisamente en su secreto, que informa mucho de su verdad. Acento, acento sobre todas las cosas, es en este caso la cosecha. Lo mismo en Santiago que en Morella, en Avila que en Medina, disfrutemos del sabor. Para esto no nos vale la mirada suficiente, sino la recogida, la recatada. Aquella que tiene algo de rezo, de caricia, de tierna comprensión. Este tipo de plazas hay que gozarlas en puntillas, dispuestos de una manera difícil, restando, a poder ser, todo lo que tienen de pecado, de escenográficas. Hasta dar con una esencialidad misteriosa cautivante. Hasta entender en ellas el dramático milaero—muy vario, no se olvide—que crea su intensidad.



En las plazas jardín, como en la plaza Real de Barcelona, nada se conquista tanto como esa luz resultante que los cuerpos y las provincias emiten cuando se logran de forma importante. Si se quiere conocer lo recóndito de la provincia de Alicante, no sólo hay que buscarlo en su campo delicadísimo, sino en sus plazas jardín. Algo que no vamos en este reportaje a destacar se ensimisma en ellas y se adueña de nosotros. El acento, el tono, el garbo y la gracia que hemos ido descubriendo en plazas anteriores, deja paso en todas éstas que vertebran su intimidad con verdores y fontanas, para que escuchemos la más delicada canción. Son difíciles, porque no son tan puras como las Mayores o las pertenecientes al segundo apartado. Son complejas, porque sus características urbanas nos hacen pensar en una posible impureza, con la que no debemos de pactar. Esperemos, esperemos confiadamente el mensaje de esta clase de plazas, significativas, características, aunque no demasiado esenciales. Porque España, en sus plazas jardín, por ejemplo, pone a disposición de quien quiera entenderla su más tupida verdad. Rumores misteriosos habitan sus cuencas. Y algo que no es ni verso ni forma suficiente oprime nuestro corazón.

Nunca diremos que lo conocido, lo típico, aquello que constituye nuestro marchamo en el mundo, nos desagrade. La Giralda es la Giralda, el Acueducto segoviano es el Acueducto, y este rincón del Cristo de los Dolores en Córdoba tiene su aquel... El «aquel» español, nuestro complicado ángel, no es nada retórico, según tantos creen, ni mucho menos escenográfico. Y una de las cosas con la que tiene que luchar el nativo y el turista cuando de España se trata es con su escenografía natural. Cuenca se miente en una escenografía prodigiosa. Lo mejor de Galicia se suicida muchas veces en espectáculos y crepúsculos, contra los que hay que prevenirse, como es honesto y de razón. Córdoba, por ejemplo, una de las ciudades más esenciales de España, como le ocurre a Granada, no sabe mostrársenos sino es «con su poquito» de teatro. Es un hecho que el Cristo de los Dolores, en las noches frescas y azules de la Córdoba magnífica, impresiona. Pero es un hecho también que lo impresionante de España es asimismo lo que en las plazas españolas nos sobrecoge, como el misterio, como la alegría y como el candor.



No nos disgusta como «plaza del olvido» este rincón gaditano. Cádiz, una de las ciudades españolas más ricas en plazas, puede valerlos, en su levedad milagrosa, como aparte de consideración. España, en estos lugares, delira. España, en rincones sin nombre o poco conocidos, se da cuenta de lo que hizo, de lo que supuso, de lo que supone, y sueña delirantemente, locamente, españolamente, como es su deber. Las hay graves en Lugo, maduras en Cuenca, limpias y como eternamente adolescentes en Andalucía. Estas plazas del olvido, ricas como todas las ruinas cargadas de sentido, nos entregan una versión particularísima de lo español. Estamos, indiscutiblemente, ante las plazas más líricas. Su esencia, su contenido, desparramado y poco evidente, hay que buscarlo con delectación. España en el olvido, en el seno diverso de estas plazas prodigiosas, cuando no puede soñar, delira. Fresca en su Norte y calcinada en el Sur. Se diría que lo típico, lo característico, se ha evaporado. Y que de tanto depurarse, es difícilmente sensible la esencialidad. Existe un enorme material español distribuido por estas plazas. A tal extremo que quien las considere sabrá demasiado de España, sin poderlo remediar...

Para las plazas como patio nos vale el ejemplo de la de Doña Elvira, en Sevilla. No es única. Desprecia la importancia. Apenas si dimensiona un lugar que es ensenada de algunas callejas; pero nos habla con intimidad. La confesión de las plazas Mayores, que en las del sabor y del silencio se hacía confidencia, se convierte en esta ocasión en susurro, algo así como en suspiro. España en las plazas como patio remansa lo doméstico, lo regional, lo puramente característico, convirtiendo este tipo de plazas en algo fraterno de la canción popular. En la de Doña Elvira estamos, sin querer, dentro de lo familiar y de lo doméstico. En la Puerta del Sol madrileña—soberbia por su capitalidad, pero perteneciente a este grupo—, España se comprende un poco en zapatillas y, desde luego, en todo su sabor regional. No nos vale la palabra «sitio», que hemos de posponer por la palabra «lugar». Dentro de estos lugares de tan poca cabida está refugiado, como en las coplas y en los refranes, lo diario, la cotidiana alegría, el sentir de lo español. Nos valen solamente para descansar de nuestra caminata, espumarío que en ellas se nos brinda, sin dar a la cosa demasiada importancia. Pero sería desconocer a España no repararlas. Como resulta desconocer cualquier cosa el hecho de no entenderla en su ensimismado abandono esencial.



Abdallah de Jordania guerrero y poeta

Por
JUSTO PERAL DE ACOSTA



El Rey Abdallah, autor de un erudito tratado sobre el caballo árabe, discute sobre la materia con el comandante de su Legión Árabe, el general Glubb Pasha.



ElS colinas, siete valles, cursos de agua serpenteando entre lechos de guijarros, casas agrupadas en las faldas de los montículos, ruinas que se remontan a la época de los griegos, los nabateos y los romanos, los vestigios de la antigua Filadelfia coronando una de las colinas, un pequeño palacio moderno sobre otra y, en las afueras, las tiendas oscuras de los campamentos beduinos. Esto es Amman, la capital del reino de Jordania, cuyo Soberano, Abdallah I, estará visitando España cuando ustedes lean estas líneas.

Una capital pequeña y un país pequeño, porque toda Jordania apenas mide 100.000 kilómetros cuadrados de territorio, de los que el 80 por 100 son desiertos, habitados sólo por tribus de beduinos, nómadas, que van de pozo en pozo a la busca de unas hojas de hierba para sus cabras y sus camellos. Extrañamente, a este país pequeño y desde su pequeña capital lo gobierna un gran Rey: Abdallah ibn Hussein al Hachemi, vástago de una ilustre familia, para la que la mayor parte de los últimos cincuenta años han sido de adversidad y cuya estrella ha comenzado de nuevo a remontarse gracias a los esfuerzos del Soberano de Jordania.

Su Majestad Abdallah de Jordania nació hace setenta años; su padre era el Rey Hussein del Hiyaz, Sheriff de la Meca y Custodio de los Santos Lugares musulmanes; su vida parece arrancada a un capítulo de «Las mil y una noches». Oficial del Ejército del Sultán mientras su padre estuvo en buenas relaciones con la Sublime Puerta, Abdallah, que, con su hermano Faisal, capitaneó la revuelta árabe que independizó a su pueblo del imperio otomano, ha pasado gran parte de su vida patrullando el desierto a lomos de camello y luchando, al frente de un puñado de beduinos, contra el poderoso ejército turco. De aquella época, en la que tuvo a su cargo la custodia de la ciudad santa de Medina, datan algunos de sus mejores recuerdos, como el del día en que capturó a un grueso pachá turco que se encaminaba al Yemen con una caravana cargada de ricos regalos, importantes documentos y 20.000 libras en oro. De aquella época data también el duro entrenamiento militar que le valió el sobrenombre de «Espada del Desierto».

Una de los colaboradores de Abdallah durante la revuelta árabe fué el legendario coronel Lawrence de Arabia. «La vida reserva, sin duda, grandes cosas a este joven Príncipe», escribió Lawrence a raíz de su primera entrevista, a la que Abdallah acudió montado en una mula blanca ricamente enjaezada y rodeado de un brillante séquito de esclavos y guerreros. Pero cuando los árabes se hubieron librado del yugo otomano, Inglaterra se libró de cumplir las promesas que había hecho al anciano Hussein. En lugar de permitir la formación de un solo reino árabe independiente bajo la familia hachemita, la Gran Bretaña se reservó el mandato sobre Palestina, permitió que los franceses ocuparan Siria y el Líbano y vió impasible cómo un oscuro guerrero de los desiertos de Arabia expulsaba de su reino al Rey Hussein, último Califa de los Creyentes, descendiente en línea recta del Profeta, a través de treinta y ocho generaciones de la más pura sangre árabe.

A treinta años de distancia de aquella época, Abdallah puede vanagloriarse de haber hecho un buen trabajo en su pequeño país. Su pueblo es hoy el más pacífico y disciplinado del mundo árabe; su pequeño ejército, el más eficiente del Oriente Medio. Esto ha permitido que, sin tantas inútiles estridencias como han derrochado los dirigentes de otros países árabes, Abdallah haya sido el verdadero campeón de la causa árabe en Palestina y el único que pueda vanagloriarse de haber derrotado a los judíos. Como consecuencia de la guerra con Israel, su corona comprende hoy 10.000 kilómetros de territorio al Oeste del Jordán, incluyendo la ciudad vieja de Jerusalén, santuario cristiano y musulmán, en cuya mezzquita de Omar descansan las cenizas de su padre Hussein.

Este ha sido el tercer triunfo de su Legión Árabe, un triunfo al que quizá sólo haya superado en dificultad el primero, obtenido sobre las belicosas tribus de beduinos de su país. De aquellos tiempos la Legión conserva todavía

su romántica y vistosa «Patrulla del Desierto», una policía de la que podrían tomar lecciones de eficacia las de muchos países occidentales. Otra campaña de la Legión le sirvió a Abdallah para saldar cualquier deuda de gratitud que pudiera tener con Inglaterra: fué la obtenida en 1941 al sofocar la revuelta germanófila promovida en el Irak por Rachid Ali al Kailani.

* * *

Aunque los años le hayan hecho perder algo de su vitalidad, Abdallah sigue haciendo hoy honor a su reputación de hombre dotado de encanto personal, simpatía y un extraordinario sentido de la hospitalidad. Su espíritu guerrero no ha decaído en nada, y en la lucha contra los judíos el año pasado dirigió personalmente la conquista de la ciudad vieja de Jerusalén, en la que entró con sus tropas cuando todavía humeaban las ruinas de los bombardeos y en medio de un violento duelo de artillería.

Como gobernante, Abdallah es conservador hasta un punto que en Europa se consideraría reaccionario, y no le importa declararlo. Considera las reformas económicas como un anatema y cualquier nuevo impuesto fiscal como el primer paso en la pendiente del marxismo.

Profundamente religioso, su vida privada es un ejemplo para los creyentes: sus comidas están invariablemente amenizadas por la lectura de versículos del Corán; recita religiosamente sus cinco oraciones diarias y lleva siempre una brújula en el bolsillo para estar seguro de que lo hace en la dirección de la Santa Kaaba. Tiene sólo tres de la cuota musulmana de cuatro esposas y cuatro hijos, dos de ellos varones, los príncipes Talal y Naif, sobre los que ejerce una inflexible autoridad paternal, que no excluye, en ocasiones, el empleo de los castigos corporales.

Sus relaciones con sus súbditos están impregnadas de esa maravillosa mezcla de teocracia y paternalismo característica de los Monarcas árabes. Aunque es inflexible en los castigos, sus súbditos están seguros de encontrar su clemencia y su ayuda cuando la merecen y saben que las puertas de su palacio están abiertas hasta para el último pastor de camellos de su reino. Lo que más le molesta son las infracciones de la regla coránica, y durante sus viajes no es infrecuente que se ape de su magnífico Daimler para reprender severamente a alguna de sus súbditos cuyo velo no es lo suficientemente tupido.

Quizá el rasgo más característico de



Dos de los palacios reales: a la izquierda, el de invierno, en Shune; a la derecha, el de verano, sobre una colina de Amman. Abdallah posee otro todavía en Irbid.

La bandera de Jordania es exhibida con orgullo por estos dos soldados de la Legión Árabe. La Legión está considerada como el mejor ejército del Oriente Medio.

Abdallah sea un infalible sentido del humor, verdaderamente notable para su edad. Una de las habitaciones más importantes de su palacio es la «galería de los espejos», formada por varios espejos que deforman grotescamente la figura. La adquirió de una caseta de feria de Londres, y hace pasar por ella a todos los «sheikhs» beduinos que van a visitarle. Una vez un visitante que le surgió que había pocos médicos en el país recibió la siguiente respuesta: «La educación médica no les va bien a mis beduinos. Ya se cortan bastante los unos a los otros, tal y como están las cosas.»

Su simpatía es abrumadora. Tiene la rara virtud de conservarse siempre en su puesto sin respetar demasiado los protocolos, y una persona recibida en audiencia puede, como le ocurrió al que escribe estas líneas, encontrarse inesperadamente invitada a almorzar en palacio y charlando amistosamente con el Rey sobre las travesuras de su vieja gata blanca y tuerta, «Kutna», por la que Abdallah siente un cariño especial.

Sus ocios los dedica a la literatura y está considerado entre los entendidos como una figura notable en la poesía árabe actual. Ni siquiera cuando luchaba contra los turcos faltaron nunca en sus campamentos del desierto uno o dos cantantes y recitadores de versos. Su obra maestra versa sobre la cosa más próxima al corazón de un buen árabe: los caballos.

Otro de sus pasatiempos favoritos es el ajedrez, del que es el único reformador conocido en los miles de años que tiene de existencia. La reforma fué introducida por Abdallah y su entonces primer ministro Samir Pachá Rifai, en el año 1945; consiste en la introducción de tres nuevas piezas: el tanque, el «caza» y la bomba atómica. Una de las últimas partidas del Rey tuvo lugar por correspondencia; su contrincante, uno de los pocos que le han derrotado, fué un sheriff de un pueblito del Estado de Washington, en Norteamérica, y la partida no se interrumpió ni un solo momento, a pesar de que coincidió con la guerra contra los judíos.

Como buen árabe, Abdallah es un amante de los placeres de la mesa; disfruta de un apetito notable para su edad, y una comida en su palacio no tiene menos de ocho platos, el último de los cuales suele ser un pollo asado, que sólo se sirve al Rey. Sus súbditos, que conocen esta debilidad del Monarca, le apodan cariñosamente «Abri Tabich», es decir, «Padre de la Buena Comida».

* * *

El país de Abdallah es pobre; la inmensa mayoría de su extensión está formada por desiertos, que ni siquiera gozan de la presencia de ese don de Allah que es el petróleo. La pobreza de Jordania es tan grande, que los europeos que viven en el país le llaman «la tierra de «nayid mafi», es decir, «la tierra de la abundancia de nada». Las únicas riquezas naturales son unos yacimientos de fosfatos extraordinariamente ricos, pero deficientemente explotados, y unas pesquerías en el Golfo de Akaba, en el Mar Rojo, a las que la falta de un buen puerto y de medios de comunicación impide rendir lo que debieran. Otro de los pocos ingresos del país son los derechos de paso de un oleoducto que lleva a Haifa (Palestina) el petróleo del Irak.

* * *

Desde un punto de vista económico, la anexión de la zona árabe de Palestina apenas si constituye una mejora para el reino de Abdallah, ya que aunque hay en ella tierras cultivables, Jordania ha visto aumentado en casi medio millón el número de sus habitantes (lo que representa casi el 125 por 100 de su población original), como consecuencia del éxodo en masa de los árabes expulsados de Israel. La mejor esperanza de desarrollo económico del país reside en la realización de un proyecto de irrigación del valle del Jordán que exigiría la inversión de muchos millones de dólares.

Pero si económicamente la anexión de esta parte de Palestina no ha significado mucho, sí tiene un gran significado político y, sobre todo, sentimental. Al conquistarla primero por la fuerza de las armas y anexionarla después a su reino, Abdallah ha salvado una gran parte de los derechos árabes sobre Palestina. Algunos creen que esta zona debería constituir un Estado árabe independiente; pero con toda probabilidad este Estado sería incapaz de subsistir por sí mismo y acabaría por caer, política y económicamente, en la órbita de Israel, algo especialmente peligroso, dada la tendencia de muchos políticos israelitas a extender las fronteras de su Estado a la totalidad de Palestina.

Algunos extremistas de Tel Aviv ni siquiera se detienen ahí y pretenden la restauración de Israel en sus límites históricos, es decir, incluyendo a Jordania. Pero el comportamiento de la Legión Árabe del Rey Abdallah durante la reciente guerra debe haberles convencido de

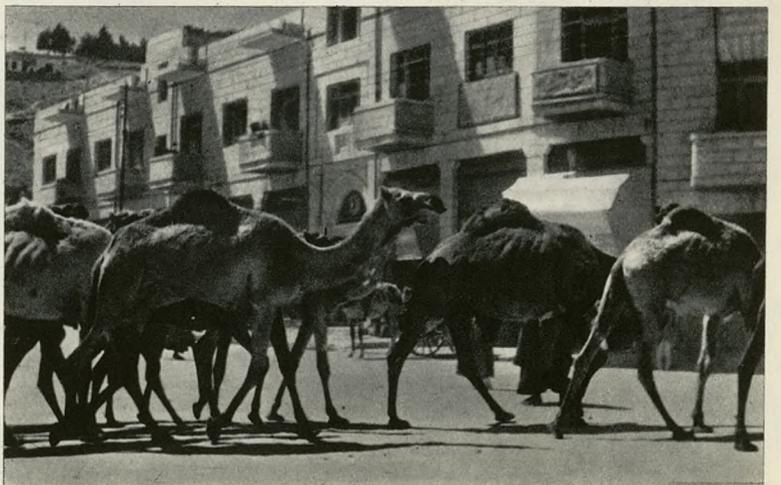


que esto no será una empresa fácil.

En la actualidad, el punto de ficción más acentuado entre Jordania e Israel es la ciudad de Jerusalén, cuya parte vieja ocupan las tropas jordanas, separadas sólo por pocos metros de los soldados judíos que guardan la ciudad nueva. Israel quiere hacer de ésta su capital y pretende que los proyectos de internacionalización sólo deben extenderse a la ciudad vieja donde se encuentran la mayor parte de los Lugares Sagrados cristianos, musulmanes y judíos. La tesis de Abdallah, que coincide con la de las naciones cristianas, es que para ser eficaz, la internacionalización deberá extenderse también a la nueva Jerusalén, que rodea casi por completo a la ciudad vieja.

Mientras tanto, la principal preocupación del Rey de Jordania sigue siendo el buscar ayuda económica para su pequeño país y el impedir las actividades en él de los agitadores comunistas: «Sólo el general Franco y yo comprendemos realmente el peligro comunista», ha dicho recientemente.

Arriba: Estas columnas romanas son un resto de la pasada grandezza de Amman, la antigua Filadelfia. Abajo: Una caravana de camellos no es un espectáculo infrecuente en las calles de la capital de Jordania.



VOLANTE SOBRE EL CARIBE



Arriba: Vista aérea de Willemstad, capital de la isla de Curaçao.—Abajo: a la izquierda, un bello aspecto de la misma ciudad isleña, y, a la derecha, vista parcial de La Habana, con el Capitolio en primer término.

EL Mar Caribe, ese Mediterráneo caliente de Centroamérica, que acaricia su delgada, quebradiza, cintura geológica —su talle de avispa— y envuelve también en sus olas con espuma de coco blanco y ritmos de lánguida habanera y danzón sentimental, las dulces y bellas islas antillanas, es un mar de poéticas leyendas indígenas y reales y verdaderos peligros en su navegación.

Por el Caribe, que entonces no se llamaba así, entraron un día en América los colonizadores, entró la civilización —en eso también Mediterráneo— y desde allí, desde las Antillas, se inició el avance hacia las tierras firmes y vírgenes del Continente.

Pero desde siempre había sido el Caribe mar de peligros reales o imaginarios. Mar de tiburones siempre boquiabiertos y de tifones que tienen su guarida meteorológica en los senos del golfo de Méjico. Mar de belleza superficial y turbias fatalidades internas. Mar de luz única, de brisas puras, peinadas por las palmeras reales de grácil talle, que se asoman a sus orillas en las costas de Cuba, de Curaçao, de Puerto Príncipe, de Barran-

quilla, o de las más amplias tierras de la costa venezolana. Ahora pasó el peligro y queda la belleza.

Las rutas aéreas surcan en todas direcciones este hermoso y ya nada peligroso mar. Sobre sus aguas calientes y azules, con espuma de coco blanco, y sus orillas de suave arena, con esbeltas palmeras mulatas, que no dan paz a sus verdes y naturales abanicos de «pay-pay», pasan raudos los aviones que hacen cada día las rutas del Caribe. Que saltan de isla en isla y de las islas al Continente. Que saltan con gozo de «Camagüey a Santiago» y de La Habana a Curaçao, Caracas y Puerto Príncipe. Saltan sobre estas tierras feraces sobre blandos horizontes de cañas de azúcar, sobre estos nombres de ciudades que evocan blandas hamacas, cotorras parlanchinas, mulatas de buen ver y anchos sombreros de paja de Panamá.

Hoy los viajeros del Caribe ya no temen sus peligros y pueden disfrutar de todas sus bellezas incomparables desde las ventanillas del modernísimo «holandés» volante de la Real Compañía Holandesa de aviación.

MISISSIPI

Por JOAQUIN MONTANER

Claro y sencillo en la remota cuna;
brote de luz del milenarío pecho,
brezó tus sueños la constante luna,

y el sol quemó las randas de tu lecho.
Creciste fuerte, indómito, seguro.
Cuando España te vió, ya estabas hecho;

y rompiendo la espalda de tu muro
sonabas con violas y metales
el alegre mayor de tu futuro.

Verdes óboes de cañaverales;
compases de remansos entre los pinos;
arpas en los alivios musicales

de los inmensos lagos cristalinos;
y orquesta plena en saltos y quebradas
y en las espumas de los remolinos,

mas peinando horrruras enredadas
hacia la nada de la mar, en donde
se pierden al morir todas las nadas.

Pero la encina que en su nudo esconde
la sangre del heroico navegante
que desde sus raíces te responde,

cambió la plenitud de tu semblante
y enriqueció tus linfas generosas
llevándolas al orto de levante.

Ya tuvieron tus aguas rumorosas
espíritu, y honor, y eternidades;
ya latían las tierras angustiosas

consignos de preñadas tempestades
que abrían las bocas de sus grietas
para parir regiones y ciudades.

Y al proclamar las cajas y trompetas
que Francia por su Rey te poseía,
y ensalzaron tu nombre sus poetas,

tu honor, hecho torrentes de armonía,
negó a las lises las soberbias olas,
porque en la esencia de tu ser vivía

la fe de dos mil vidas españolas,
y aun lucía en tus noches consteladas
el halo de sus limpias aureolas.

sobre la antigua cruz de sus espadas.
Y el parto llegó al fin: se obró el portento.
Por manos de Occidente levantadas,

de Europa el corazón y el sentimiento
surgieron factorías industriales,
y pueblos y comarcas ciento a ciento.

Ojos criollos, brazos tropicales,
labraron la abundancia en tus orillas,
y acrecieron cosechas a ráudales.

suyo el trabajo, nuestras las semillas.
Otras pasiones, otro noble brío;
otra razón de ilustres maravillas;

otro calor humano, y otro frío,
y otra fiebre de lucha y de riqueza,
han hecho al fin de ti, sagrado río,

la blanca vía que en el cielo empieza
y parte en dos cuarenta y ocho Estados
que le dan su grandeza a tu grandeza.

Desde mis viejos lares olvidados
oigo el estruendo gris de los motores;
chasquidos de tirantes engrasados,

gemidos de mecánicos dolores,
de ruedas, y de cabrias, y bobinas,
y sirenas de mágicos vapores,

y dínamos, cadenas y turbinas.
Un mundo de locura, un mundo nuevo,
que ahuyenta a mis humildes golondrinas.

Esto has venido a ser; mas yo te llevo
tan dentro de mi historia en lo que eras,
que quisiera olvidarte y no me atrevó;

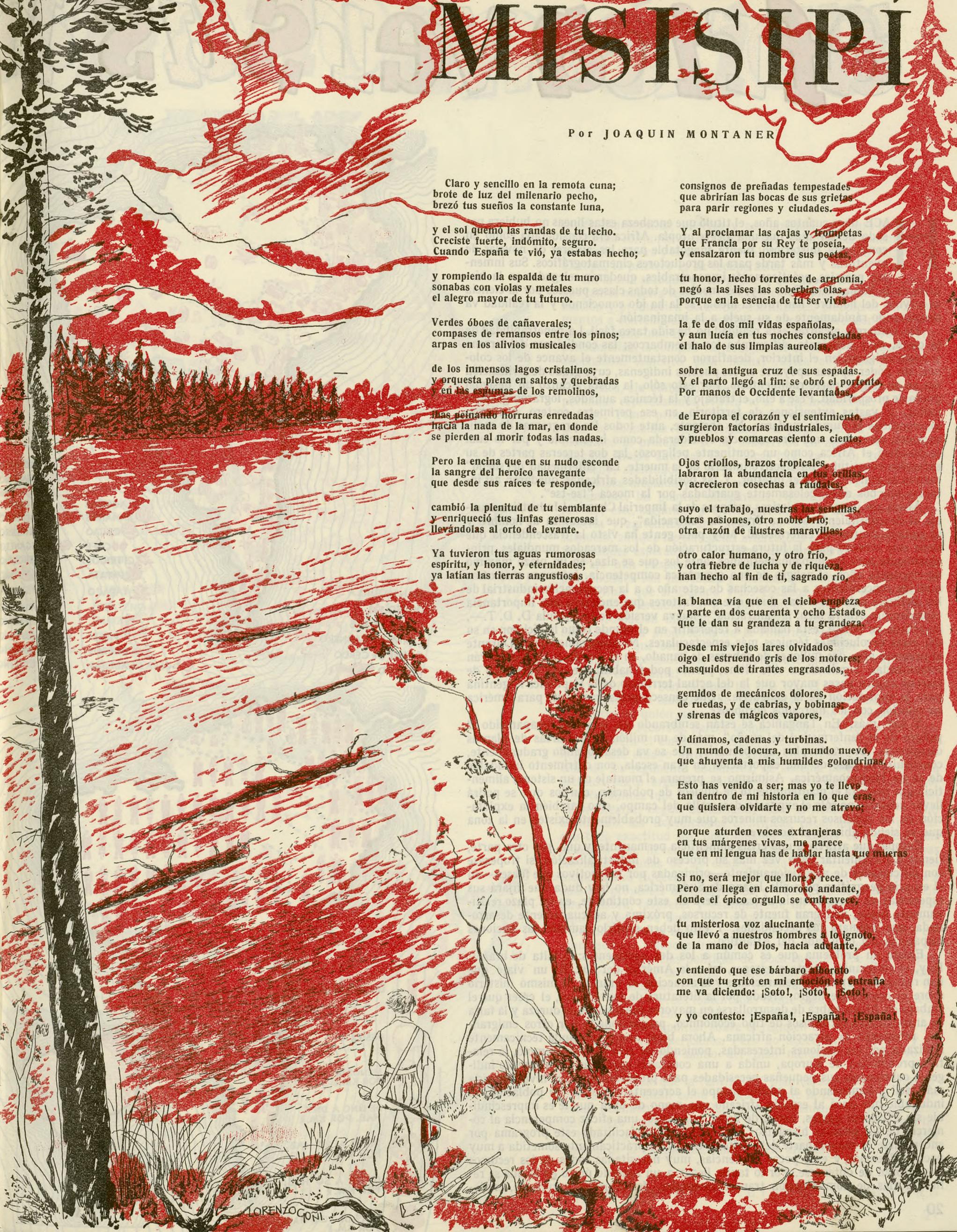
porque aturden voces extranjeras
en tus márgenes vivas, me parece
que en mi lengua has de hablar hasta que mueras

Si no, será mejor que lloré y rece.
Pero me llega en clamoroso andante,
donde el épico orgullo se emtravece,

tu misteriosa voz alucinante
que llevó a nuestros hombres a lo ignoto,
de la mano de Dios, hacia adelante,

y entiendo que ese bárbaro alboroto
con que tu grito en mi emoción se entraña
me va diciendo: ¡Soto!, ¡Soto!, ¡Soto!,

y yo contesto: ¡España!, ¡España!, ¡España!



Àfrica versus Hispanoamérica

HACE unos cuantos años, el título que encabeza estas líneas no hubiera pasado de ser más que una alegre utopía. Africa era considerada como un continente misterioso, fuente inagotable para los autores de novelas de aventuras y más tarde para los productores cinematográficos. Sus inmensos paisajes, prácticamente impenetrables, quedaron relegados en la historia de la humanidad. Pero hoy, los medios de todas clases puestos por la ciencia al servicio del hombre han roto la niebla, se la ha ido conociendo y la realidad va desplazando rápidamente de su suelo a la imaginación.

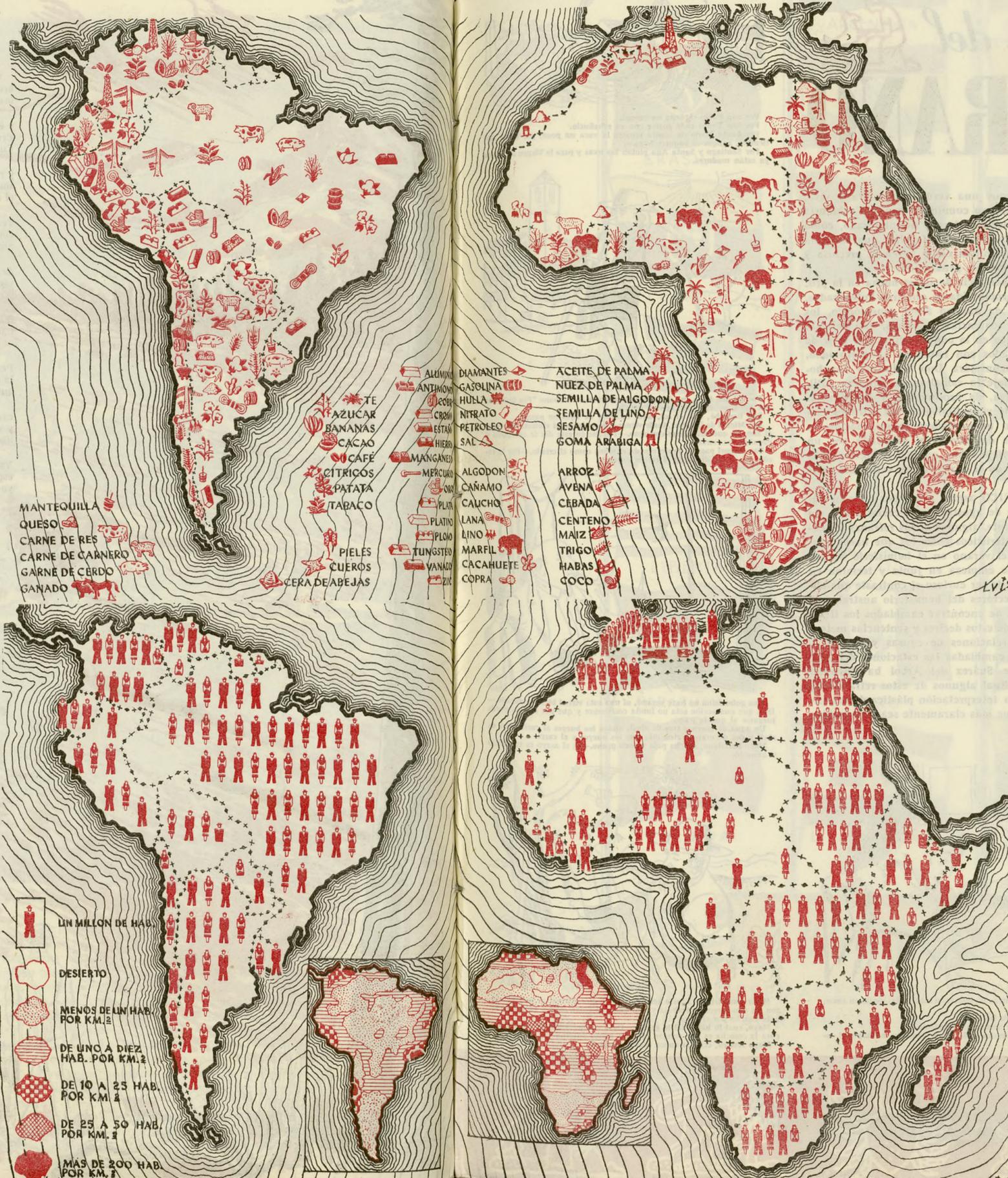
Sin embargo, alcanzar esta realidad no ha sido tarea fácil. La penetrabilidad de la costa, muy deficiente, dificultaba los desembarcos; las condiciones del terreno y climatológicas, en el interior, desafiaron constantemente el avance de los colonos, sin poder apenas apoyarse en los pueblos indígenas, cuyo grado de civilización era en su mayor parte rudimentario. Por esto sólo, la costa alcanzó un desigual grado de prosperidad. Pese a ello, el trabajo y la técnica, aunados, lograron grandes éxitos, y vastas extensiones de territorio, en ese perímetro costero, quedaron incorporadas al mundo moderno. No obstante, ante todos los programas de realizaciones, se oponía una circunstancia considerada como invencible y por lo cual se clasificó el Africa como un continente peligroso: las dos terceras partes de su extensión constituían un efectivo imperio de la muerte. La "enfermedad del sueño" detuvo la marcha hacia el interior. Y las posibilidades africanas quedaron así intactas muchos años, celosamente guardadas por la mosca "tse-tse".

Ahora un grupo de químicos europeos de la Imperial Chemical Industries anuncia el descubrimiento de una droga, la "antracida", que inmuniza al hombre y al ganado contra tal enfermedad. Muy poca gente ha visto la trascendencia que tiene este invento para la futura estructuración de los mercados mundiales, principalmente para los hispanoamericanos, ante los que se alza, en un plazo máximo de cincuenta años, el peligro de una gigantesca competencia. Interesan más otras noticias concernientes a las cosechas de este año o a la recuperación industrial de los distintos países. No hay duda que son factores que encierran una importancia considerable. Ahora bien; la "antracida"—nueva versión de la fórmula D. D. T.—, inyectada en Africa, está llamada a repercutir en el mundo como lo hicieron en su día otras revoluciones técnicas más espectaculares. No exageramos nada. Durante el presente año, dos millones de cabezas de ganado, en el Sudán y Uganda, serán inmunizadas. Siguiendo a este ritmo, pronto podrá habilitarse una extensión de terreno cuatro veces mayor que la del actual territorio de la República Argentina para la explotación de la ganadería. ¿Qué consecuencias traerá esto para América en relación con los mercados europeos?...

Y hay más. En Tangañica se están sembrando ya, una vez desaparecido el peligro de la "enfermedad del sueño", más de un millón de hectáreas de plantas oleaginosas. Un vasto plan agropecuario, que se va desarrollando gradualmente, constituirá la base de una exportación en gran escala, con detrimento indudable de la de Hispanoamérica. Asimismo se prepara el montaje de un sistema alimenticio que permita el mantenimiento de núcleos de población, con los que se podrá llevar adelante no sólo el expuesto desarrollo del campo, sino también la explotación de los inmensos recursos mineros que muy probablemente existen en la zona que va siendo abierta al hombre.

Europa, que atraviesa una crisis alimenticia permanente, y que, por otra parte, tiende a incrementar cada vez más su proceso de industrialización, si tropezase con dificultades de aprovisionamiento—originadas por los motivos que fuesen—en el espacio geográfico para ella lejano de Sudamérica, no hay duda que fijará sus esperanzas en la experiencia africana. Verá en este continente, en un plazo relativamente breve, una gran fuente de recursos, próxima y adecuadamente desarrollada, que colmará sus necesidades. Y esto deben sentirlo también las naciones hispánicas del otro lado del Atlántico.

Existe un problema que es común a los dos continentes: la falta de brazos. Hoy, el emigrante, puesto a escoger, irá a la América del Sur. Es un viaje que han realizado ya muchas generaciones y la atracción es grande. El mismo misterio sobre el continente negro, creado por la literatura de tantos años, el creer que el trabajo en Africa habrá de desarrollarse en mayores condiciones de dureza y la falta de antecedentes victoriosos de tipo económico, proporcionada por otros emigrantes, retrasarán la atracción africana. Ahora bien; una propaganda técnicamente realizada por las naciones interesadas, poniendo de relieve, por ejemplo, la relativa proximidad de Europa, unida a una constante captación del elemento indígena, cubriéndole sus pequeñas necesidades para proporcionarle un nivel de vida más fácil y fomentando al mismo tiempo el acrecentamiento de su población, es indudable que dará al espacio africano una mano de obra que le es imprescindible sin excesivos gastos, capaz de crear, por tanto, una eficaz competencia al comercio de los pueblos hispánicos de América. Se ve facilitado este programa por encontrarse la mayor parte del territorio de Africa prácticamente sometida a muy pocas influencias, y esas pocas influencias, muy necesitadas todas de los recursos que habrán de obtenerse. Por lo tanto, llegar a un acuerdo único en lo que se refiere a vías de comunicación transcontinentales, ferrocarriles, carreteras, explo-



tación hidrográfica, puertos y aeropuertos, etc., para facilitar e desarrollo conjunto de un vasto plan de aprovechamiento agropecuario, minero y hasta industrial, no será ni difícil ni largo. Para Europa, lo primero es su recuperación.

En la fría realidad de los gráficos que acompañan este trabajo apoyamos nuestra tesis. Se compara en ellos las densidades de población y producción de ambos continentes. Detenerse unos momentos a contemplarlos es suficiente para comprender las posibilidades de cada uno. El paralelismo se rompe todavía a favor de Hispanoamérica; lo rompen varios siglos de cultura y su actual afán de superación. América está hecha; Africa empieza a hacerse ahora.

Vemos, sin embargo, que se ha iniciado un conflicto de insospechadas repercusiones: Africa v. s. Hispanoamérica, que traerá consigo, como primera consecuencia necesaria, un reajuste de toda la economía sudamericana. La alegre utopía de que hablábamos al principio se ha convertido en algo peligrosamente tangible. Entre aquellas Repúblicas hay ya algún recelo, especialmente acentuado en el Brasil, por ser quizá esta República la primera afectada por los cultivos de ensayo africanos; concretamente, las plantas oleaginosas. Argentina, Perú, Chile, Colombia, etc., seguirán, a continuación, en lo que respecta a ganadería y agricultura, sin incluir, por ahora, la competencia del subsuelo, aunque las potencias interesadas en Africa tienen puestas grandes esperanzas en la producción minera.

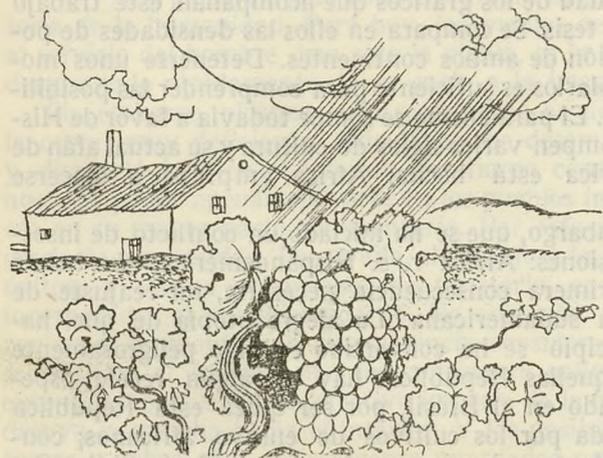
Pero aún Hispanoamérica puede luchar con ventaja. Sus posibilidades son inmensas y muchas permanecen intactas. Es indiscutible que si Europa y los Estados Unidos han sido sus principales mercados, la desaparición de uno de ellos traería la subordinación incondicional al otro, y aun dentro del estadounidense, la producción de la América española tendría probablemente que competir con la africana, ya que a Norteamérica hay que considerarla como parte interesada en la explotación de aquel continente.

¿Soluciones? Son muchas las que con el estímulo de este peligro económico tendrán que proponerse los hispanoamericanos. Una estrecha unión comercial, que persiga como fin la explotación de todos sus recursos, parece la más próxima; antes que emprendan la carrera el continente negro, puede aun retrasar en su beneficio este ensayo africano. Uniones comerciales con simplificación de los regímenes aduaneros, de sistema parecido al todavía estático pacto argentino-chileno, o al más dinámico suscrito por las Repúblicas que componen la Unión Granacolombiana, habrán de prodigarse. Seguir sustentando con el ritmo actual, o más acentuado, las expediciones científicas encaminadas a conocer con toda exactitud sus posibilidades de todas clases. Concluir acuerdos que lleven al aprovechamiento de las grandes cuencas fluviales, algunas de las cuales, como la amazónica, encierran incalculables riquezas, apoyando iniciativas y dando facilidades a cuantos proyectos de exploración o utilización se presenten. En una palabra, favorecer y estimular de un modo constante todo aquello que lleve como fin, próximo o lejano, un mayor desenvolvimiento de la balanza comercial, sin olvidar un plan de comunicaciones transcontinentales, irrealizable hoy, en muchos casos, por divergencias políticas de poca monta. Que son muchos los ferrocarriles y carreteras iniciados con este fin y no realizados, en toda la longitud proyectada, por pequeñas diferencias de vecindad, muchas veces fomentadas desde espacios nacionales lejanos, interesados en que las cosas sigan como están. Algo parecido se podría apuntar sobre el régimen de navegación de los grandes ríos sudamericanos. Pero no acabaríamos nunca, y ya bastante nos hemos salido del plan meramente expositivo de este trabajo.

Es indudable que la "antracida" plantea sugerencias e interrogantes que se alzan como un desafío ante la permanente y tradicional desunión de las Repúblicas hispánicas. La desaparición lenta, pero ininterrumpida, de la mosca "tse-tse", debe aportar el beneficio de rendir las viejas querellas, para defenderse con ventaja de la ya iniciada competencia africana.



Agosto, frío en rostro.—Lo dice porque en esta época empieza a ceder el rigor del verano.
 Agosto tiene la culpa y septiembre lleva la pulpa.—Porque la fruta que se cría en agosto madura en septiembre.
 Agosto y septiembre no duran siempre.—Porque suelen ser meses de abundancia, ya que son de cosecha.



Agua de agosto, azafrán, miel y mosto.
 Agua por San Juan quita vino y no da pan; por agosto, ni pan ni mosto.
 Año seco, año bueno.
 El año seco tras el mojado, guarda la lana y vende el hilado.—Dice que no se debe vender la lana cuando se ha lavado el vellón con las lluvias.



Arco al poniente, deja el arado y vente.—Que cuando aparece el arco iris por esa dirección va a llover.
 Arreboles al oriente, agua amaneciente.
 Arreboles de la tarde, a la mañana aire.
 Arreboles en todos los cabos, tiempo de los diablos.



Junio, julio y agosto, ni dama ni mosto.—Dice que las mujeres en esta época (se refiere a las trabajadoras del campo) suelen estar descuidadas y delgadas por el trajín que llevan y que, por tanto, no son apetecibles.
 Por agua del cielo no dejes tu riego.
 Por San Juan, amo, yo en la silla y vos en el escaño.—Se decía antiguamente, porque en esta época se hacían los contratos de trabajo anual.

REFRANERO METEOROLÓGICO



del



VERANO

Cada refrán supone una verdad pequeñita y viva, que nos llega del acervo común de la añeja sabiduría popular. Es un consejo certero y desinteresado, como píldora homeopática de pura filosofía, guardada no se sabe dónde y transmitida como herencia preciosa y valiosa de generación en generación.

Flores de una experiencia de siglos hecha en la propia carne y en la propia vida de nuestros antepasados, frutos espontáneos de nuestro árbol genealógico, los refranes, decires o sentencias populares, van dejando su perfume folklórico en la conversación y el vivir de las gentes. Engarzados con habilidad y oportunidad, sin abuso, como aconsejara Don Quijote a Sancho, aun al docto lenguaje lo esmaltan de agudeza sutil, de gracia espontánea, de profundidad y experiencia.

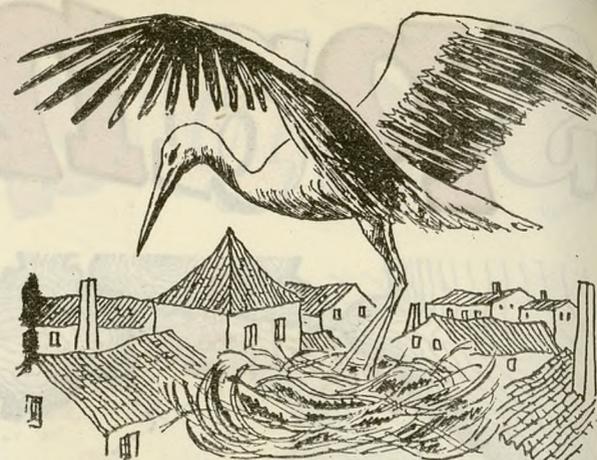
Desde el punto de vista filológico, los refranes castellanos constituyen un verdadero tesoro, nacido en los albores mismos del idioma y guardado por un pueblo viejo y por viejo sabio, que iba vertiendo en el naciente romance todo el cuadal de su vernácula sabiduría ibérica.

MVND0 HISPANICO aspira a recoger en esta página de su número de agosto, como curiosidad y sin que sirva de precedente, algunos de los refranes meteorológicos más característicos entre los que hacen alusión a problemas del verano en el hemisferio boreal, o sea el verano que empieza en junio y termina en septiembre. No deja de ser curioso el contraste que observarán nuestros lectores del hemisferio austral, que necesariamente han de encontrar cambiados los tiempos y los conceptos de estos decires y sentencias meteorológicas—siempre relaciones de causas y efectos—, ya que ellos tienen cambiadas las estaciones del año.

Nuestro dibujante Suárez del Arbol ha ilustrado con su gracejo habitual algunos de estos refranes del verano, para que la interpretación plástica de sus intenciones permita que más claramente sean entendidas y saboreadas.



Por San Justo y Pastor entran las nueces en sabor, y las mozas en amor, y las viejas en dolor.
 Por San Lucas bien saben las uvas.
 Por San Vicente, alza la mano de la simiente.
 Por Santa Ana no hay borrica mala, y por Santiago, no hay mal caballo.



Por San Pablo cigüeña en campo.
 Por San Pedro cada pastor con su rebañuelo.
 Por Santa María de agosto repasta la vaca un poco; por la de septiembre, aunque al vaquero le pese.
 Por Santiago y Santa Ana pintan las uvas y para la Virgen de agosto ya están maduras.



Por sol que haga, no dejes la capa en casa.—Es como: "Por buen día que haga, no dejes la capa en casa".
 San Bernabé, dijo el sol, aquí estaré y de aquí no pasaré.
 San Miguel de las uvas, tarde vienes y poco duras; si vinieses dos veces al año, no quedaría mozo con amo.—Porque en este día se cumplían y pagaban las rentas.
 San Miguel pasado, tanto manda el mozo como el criado.—Por la razón que se ha dicho en el refrán anterior.



Una golondrina no hace verano, ni una sola virtud bienaventurado.—Dice que una acción sola no funda costumbre y que por ella no puede juzgarse al que la hace.
 Un agua de mayo y tres de abril, andan los bueyes al carril; una de abril y dos de mayo, valen más que los bueyes y el carro.
 Mayo hortelano, mucha paja y poco grano.—Si el mayo es templado y húmedo.



Mayo come trigo y agosto bebe vino.—Lo dice porque en mayo como son los días largos se trabaja y, por ende, se come más; y en agosto se bebe mucho por el calor.
 Mayo, cual lo halla, tal lo grana.—Da a entender que lo importante para la cosecha es que vengan bien los meses anteriores a mayo.
 Mayo festero, echa la rueca tras el humero.





BRASIL



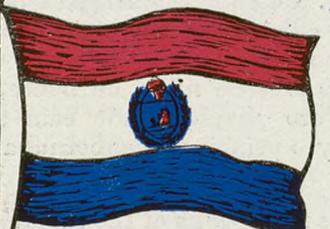
ECUADOR



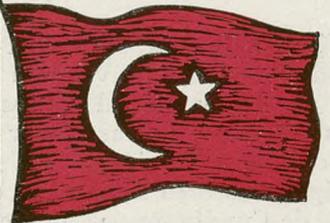
GRECIA



LIBERIA



PARAGUAY



TURQUIA



ARGENTINA



BOLIVIA



EGIPTO



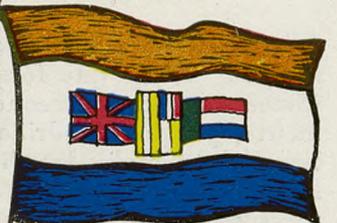
HONDURAS



LIBANO



PERU



U. SUDAFRICANA



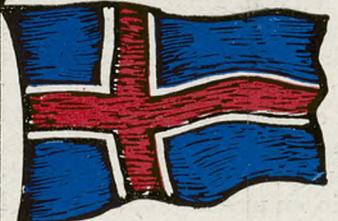
ARABIA SAUDITA



COLOMBIA



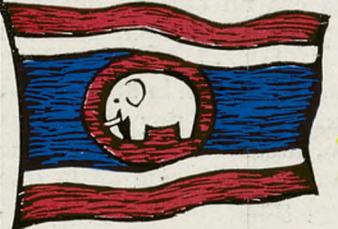
EL SALVADOR



ISLANDIA



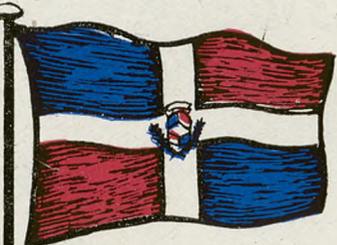
NICARAGUA



SIAM



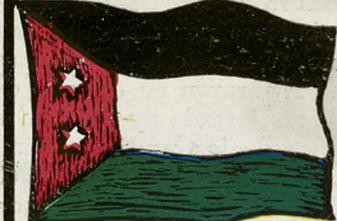
VENEZUELA



R. DOMINICANA



FILIPINAS



IRAK



PAKISTAN



SIRIA



YEMEN

BANDERAS AMIGAS

PORQUE PERMANECIERON INSENSIBLES A LA CALUMNIA,
ESPAÑA, AGRADECIDA, RECUERDA SU LEALTAD EN LA O. N. U.

Una eterna ilusión

ELDORADO

CUANDO Sebastián Belalcázar, teniente Gobernador de Quito, andaba organizando la nueva colonia por tierras que el Emperador Atahualpa había heredado de su madre, presentósele cierto día el capitán D. Luis Daza con un indígena de traje y lengua desconocidos en aquel imperio que acababa de hundirse. Según su relato—que nos trascribe el P. Bayle—, era miembro de una Embajada que vino al Inca en demanda de socorro; los embajadores perecieron en la tarde fatídica de Cajamarca, y el indio peregrino, único que salvó la vida, tornaba a los suyos cuando los españoles repararon en él, más que por su traje y lengua, por las maravillas que de su tierra le oyeron. La cual estaba muy al norte, más allá de los Pastos, y se decía Cundinamarca; abundaba en oro sobre toda ponderación; y en prueba de ello refería la costumbre de arrojar sus caciques joyas y piezas de oro por manera de sacrificio en una laguna, donde el señor principal se zambullía cubierto enteramente de oro molido.

A quienes acababan de ver en las nuevas tierras las suntuosidades de los templos y palacios incásicos, el más grande y arriesgado de los obstáculos había de parecerles un camino llano. ¿Por qué no iba a ser verdad lo que contaba el indio? Necios ellos si permanecían en Quito, tierra hermosa, pero sin granos de oro.

Desde entonces, y por tres siglos largos, la fama de *el hombre dorado* fué comidilla e ilusión de todos, plática en salones y tinelos, y acicate de aventureros y desocupados, atraídos por aquella ilusión de encantamiento. No hubo, entre tantas como se vieron en el Nuevo Mundo, empresa que mejor probara el temple de los conquistadores, que jamás se quebró ni en los fracasos, al ver que aquella ilusión soñada era un terrible desastre donde se hundían ejércitos, se malbarataban riquezas y desaparecían los hombres esforzados.

Fernández de Oviedo, en su *Historia de las Indias*, nos da la descripción más exacta de aquella clara ensoñación: "Preguntando yo por qué causa llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado e aquí a Santo Domingo han venido, que de lo que desto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe, continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molido; porque le parece a él que traer otro cualquier atavio es menós hermoso, e que ponerse piezas o armas de oro labradas a martillo, o estampadas, o por otra manera es grosería e cosa comun, e que otros señores e príncipes ricos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e mas costosa, pues lo que se pone un día por la mañana se lo quita e lava en la noche, e se echa e pierde por tierra. E esto hace todos los días del mundo. E es hábito que, andando como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho ni se encubre ni ofende la linda perfección de su persona, de que él mucho se precia, sin se poner encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querria mas la escobilla de la cámara deste príncipe que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Peru. Así que este cacique o rey dicen los indios que es muy riquísimo e gran señor, e con cierta goma o licor, que huele muy bien, se unta cada mañana, e sobre aquella unción asienta o se pega el oro molido o tan menudo como conviene para lo que es dicho e queda toda su persona cubierta de oro, desde la planta del pie hasta la cabeza, e tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un gran artífice."

La exacta verdad del mito es breve de narrar. El territorio de los muiscas, encaramado en la cordillera de Cundinamarca, está salpicado de lagunas, que para los indígenas fueron sagradas, y en las cuales,

como ofrenda a sus dioses, arrojaban muchedumbre de joyas, esmeraldas y piezas de oro. De tales lagunas corresponde el primer lugar, por su veneración, a la de Guatavita, en un páramo a tres mil metros sobre el nivel del mar. No lejos se hallaba la capital de los zipas y su cacique, magnífico y devoto, celebraba el baño ritual

como un gran espectáculo, que atraía innumerables gentes. El día señalado, cubiertas por la muchedumbre las faldas de las colinas que rodean la laguna, "asomaba el cortejo del cacique, rudo y aparatoso; delante, los nobles que barrían el camino, gayamente coronados de plumas, ceñidas piernas y brazos de ajorcas, y al pecho las chaguala so patenas de oro; detrás, los músicos, con sus fotutos y tambores, y en medio de la escolta, que en la izquierda empuñaba el arco y en la derecha suspendía la macana de la muñeca, el cacique, sentado en su palanquín forrado de oro y plumas, tachonado de esmeraldas. Los rayos del sol reverberaban en su cuerpo resplandeciente, y cubierto de oro molido que, soprándolo por canutos, habían desparramado sobre la untura de trementina.

"Ya espera en la orilla una balsa con multitud de joyas y esmeraldas; cuatro mohanes o sacerdotes quemán resinas olorosas en los cuatro ángulos de la embarcación, que, apenas recibido el cacique, empujada por los remos, parte hacia el medio de la laguna. Llega la comitiva a un punto donde se cruzan dos cuerdas tendidas perpendicularmente de orilla a orilla; el gentío enmudece y torna la cabeza a otro lado para no profanar con los ojos el misterio de la ceremonia, y el cacique, de un salto, se zambulle en las aguas, mientras joyas de oro y esmeraldas, la ofrenda oficial que iba embarcada, y la que la devoción pone en manos de los indios, chapotean al caer en el lago. Cuando el cacique sale a la superficie, su cuerpo tiene el color natural cobrizo; el oro que lo cubría y adornaba se desprendió con el baño en honra de la deidad."

La noticia se dispersó a través de miles de bocas, cobrando al transmitirse matices diferentes. Pero ¿hacia dónde caía aquel reino cuajado de montones de oro y qué rey o príncipe le gobernaba? La Poesía ha dicho que era

"Over the mountains of the moon
Down the valley of the shadow";

pero la Historia y la Geografía difícilmente contestan a la pregunta. "Las infinitas selvas que formaban el océano de verdura desde Venezuela al Chaco servían de escondrijo al Rey y ciudad de los ensueños; y cabalmente, porque escudriñar las revueltas de sus ríos y las marañas de sus bosques superaba las diligencias más heroicas, cada conquistador acogía la esperanza de dar con él, siguiendo otro rumbo del que llevaron sus antecesores. La primera señal, la de Cundinamarca, que el indio dió en Quito, pronto se echó fuera; y desde luego se descontaron las regiones pobladas por los españoles, incluso Guatavita; quedaban los misterios de la selva, los repliegues inaccesibles de las montañas, y por ellos echaron a andar los Quijotes de la fantasía, y como el campo era infinito, nunca faltó un rincón inexplorado, un reducto donde abroquelarse las esperanzas."

Tras semejante ilusión fueron los más y a veces los mejores, y corriendo de unas partes a otras, en pos de El Dorado saldrá a relucir toda la inventiva de que es capaz la mente humana, con el cortejo de las amazonas, los gigantes y los chiquitos, todo aquello que mueve siempre la fantasía de quien quiere escapar del cotidiano quehacer cuando va en busca de una riqueza. Unos situaban el reino en la Guayana; otros, en el lago Parima, lindante con la línea equinoccial, de la otra

Capital de Eldorado, en las bocas del Orinoco.





DE LA PRIMERA SALIDA DE MANOLETE



P o r A N T O N I O B E L L O N

EL costillaje metálico, sin revoco, de la plaza de El Tero—porque hablo de la primera salida de "Manolete" al ruedo de la gran plaza mejicana—, soporta la multitud impaciente. Para conseguir una entrada, en los alrededores del coso se hicieron fogatas y la muchedumbre veló su puesto a golpes. Va a presentarse en el ruedo azteca ese muchacho, serio y espigado, que recibió de Rafeles, Molina, Guerra y González, "Lagartijo", "Guerrita" y el "Machaco", ese secreto tardo de Córdoba para mandar, a todo mando, en el toreo. Va a torear, en tierra de la otra vera del mar, el hijo del "Sagaison", aquel torero recio, que fué íntimo amigo de Rodolfo Gaona, el ídolo mejicano, nacida su fama allá en las Españas, en una escuela taurina situada en la Mondoa madrileña, bajo la mirada del "Ojitos".

Los rizos de Rodolfo, "el Califa mejicano", están serpenteados de canas cuando conoce al hijo de Manuel Rodríguez, y le dice, y le cuenta, de la amistad con su padre. Y hasta se enternece el tercero en discordia con José y Juan, y le recita unas poesías al diestro español que hizo de los alrededores de la plaza mejicana un campamento de impacientes.

Es diciembre de 1945, y se va a presentar en la arena de El Tero, cuando ya se prepara otro coso monumental—Manuel Rodríguez Sánchez, que eso quiere ser él, un Rodríguez Sánchez cualquiera, y olvidarse, apenas se despoje de sus sedas y oros, de que es nada menos, y nada más, que "Manolete".

"Manolete" ha llegado a Méjico por los aires, pendiente de su palabra, de su sobrio decir, un micrófono que llega a los altavoces de quienes no acudieron al aeropuerto.

Miles de criaturas están al borde de las pistas de cemento.

Ese flaco, con una boinilla, es "Manolete". Dianas y apretujones lo reciben. Y el ramalazo de canas que promedia su cabellera se cubre pronto con un picudo sombrero mejicano.

"Manolete", con su hombre de confianza, "Camará", ha tenido muchas conversaciones sobre este viaje a Méjico. Es asomarse al mundo. Es, ya famoso, jugarse a cara y cruz esta fama.

"Manolete", el artista de la majestuosa serenidad cuando hace falta, al pisar Méjico se siente totalmente dueño de sí. Tranquiliza su espíritu el calor cariñoso y admirativo de la muchedumbre, que aún no lo vio torear. El hombre ha ganado la primera batalla. Y su fe de cristiano viejo pide ante la Guadalupana suerte—suerte, Señora—para dejar bien a España.

Pasadas las cortesías de la llegada, y ya los primeros autógrafos lucidos por tertulias y reuniones, "Manolete", el torero, va a conocer el ganado de la tierra. En la finca de Llaguno le encierran unas vacas. Un verdadero ejército tiene que cerrarle el paso al hormiguero que venteó el secreto de esta actuación y quiere ver a "Manolete", quiere saborear las primicias de su toreo.

—Si les hace a los toros lo que a las vacas, ¡vaya un torero!—sentencia un muy famoso "gallo peleón" mejicano.

El 8 de diciembre. Vísperas de la presentación. "Manolete" regresa a Méjico. Está contento, seguro y esperanzado. Tiene hasta buen apetito. Y lo satisface, copiosamente, excitándole con un diabólico picante que le hace humecer los ojos a cada trago.

Aquella pantagruélica comida, rociada de fuego vegetal, hace enfermar al diestro. ¡Y en qué día! En vísperas de la presentación. Cuando las localidades de doce pesos se arrebatan a cincuenta. "Manolete", sudoroso, inquieto, intoxicado, asusta a "Camará" y a "Chimo", su mozo de espadas.

Acude un doctor. Un remedio pasa del cristal a una vena del diestro. No ha tenido en cuenta el galeno que pincha a un artista, no a un paciente de impacencias, y la reacción del medicamento es tremenda. "Manolete" tiritita con 35 grados y arde con 41.

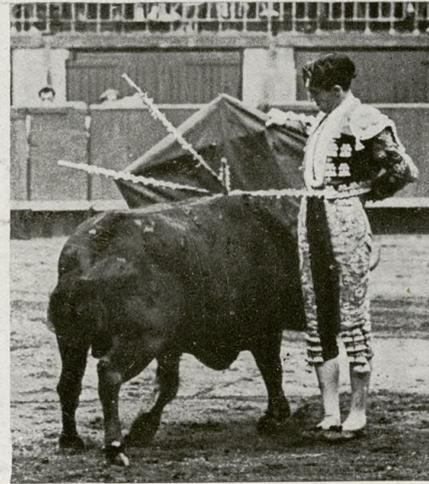
Este "sube y baja", cunde, e inquieta a íntimos y aficionados. "Manolete" no puede torear. Para su presentación quedan sólo unas horas. Llegan los doctores de la enfermería de la plaza. Dictaminan. Una semana, por lo menos, para reponerse.

—Yo estoy "anunsiao" y toreo. Tereo como sea—es la contestación de "Manolete".

Ni los paternales consejos de "Camará", ni la insistencia respetuosa de "Chimo" en la intimidad y las advertencias de los nuevos amigos, hacen variar a "Manolete" su decisión.

(Fotos Muller.)

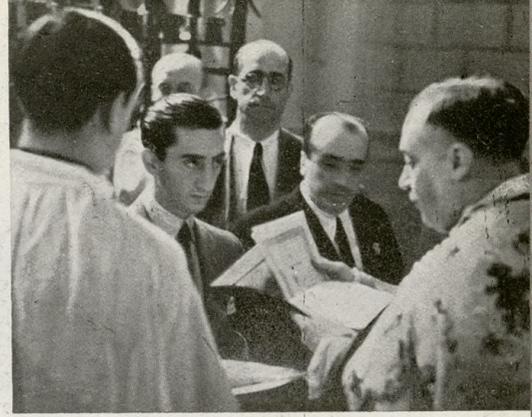




Fotos S. Yubero.



Foto Muller.



"Manolete" fué requerido para actuar en el "cine". En esta foto le vemos en el momento en que se somete a los cuidados de un maquillador en una dehesa de toros bravos.

"Manolete" era ferviente católico, especialmente devoto de la popular Virgen de los Dolores, de su ciudad natal, Córdoba, imagen a la que hacía frecuentes y valiosos regalos.



Foto Muller.

—Yo torero como sea; pero... ¡torero!
Y "Camará" se va al sorteo de los toros de Torrecillas, y asegura a los representantes de Silverio el padrino de confirmación de alternativa de "Manolete", y de Eduardo Solórzano, el testigo, que su torero toroeará.

¡Vaya si toro Manuel Rodríguez! Ahí está, pálido y reseco, con el tenderete de las prendas íntimas en la cabecera de la cama y dándole ánimos a su apoderado y a su mozo de espadas. (La columnilla del termómetro marca, al salir de la axila de Manuel, 39 grados.)

¡Yo torero como sea!
Y "Chimo" comienza a ceñirle el traje, azul y oro, con igual parsimonia y rito que en los días de responsabilidad corriente, que en Manuel Rodríguez—"el torero que no sabe geografía", dice de él K-Hito, ingeniosamente, como certera observación sobre el pundonor de "Manolete" en todos los sitios—es siempre abrumadora.

"Manolete" está vestido, a falta de la casaquilla. El escarolado de la camisa late. La fiebre lo impulsa, que el corazón de Manuel Rodríguez está sereno ante la responsabilidad y lleno de esperanza, porque, cruzados los dedos, sereno el mirar, reza ante la Dolorosa de Córdoba y ante la Virgen de Guadalupe, que hasta su desgracia recogerán sus súplicas. ¡Al coche!

El auto de "Manolete" va flanqueado por la trepidación de motoristas, para poder marchar.

Una muchedumbre, que sólo puede ver su salida del hotel—y no veía su llegada por el percance de su presentación—, quisiera repartírselo.

La plaza. Miles de miradas. Centenares de estrujones. Serpientes de celuloide aprisionan el rostro enjuto, calenturiento, de "Manolete", un "Manolete" dueño de sí, en su noble frente un pensamiento: España. La ansiedad, aquí, por su triunfo...

Pausado, se ciñe el capotillo. Gritos de guerra, dianas de victoria le llegan a los oídos, zumbados por la fiebre.

La arena de El Tero se abre ante él. Un silencio tremendo. "Manolete" es la gallardía viva en su contonearse, sobrio y torero. Llega a mitad del ruedo. Grita la multitud. Son gritos de hombres en proeza, azuzándole.

—¡Torero! ¡Torero! ¡Torero!—clama la muchedumbre, que lanza flores sobre el cordobés. Un clavel vivo se queda sobre los muertos de seda. Con carga tan débil termina su paseillo "Manolete".

—¡Torero! ¡Torero! ¡Torero!

Un clamor trueno en la plaza. Nervios, impaciencia. Sólo está sereno y sobrepuesto al dolor físico ese corazón de Manuel Rodríguez que se pararía para siempre cuando el sol que iluminó sus victorias nacía entre olivares, por tierras de cantes mineros.

"CAMARÁ", EN LA VIDA DE

Por JOSE LUIS DE CORDOBA

A raíz de la trágica muerte de "Manolete" circularon muchas y muy diversas versiones en torno a la influencia que en su vida y en su arte, en su triunfo e incluso en su fatídico final, hubiese podido ejercer su apoderado, el ex mator de toros José Flores González "Camará". Es el caso tantas veces repetido y que se producirá eternamente. Siempre que tiene lugar una desgracia irreparable es norma popular y muy humana buscarle los motivos por los cuales pudo sobrevenir y, al mismo tiempo, los remedios que para evitarla pudieron ponerse. Y achacar la culpa de lo acaecido a diversas circunstancias o personas. Máxime si se trata—como en el caso aquél—de una figura plena de fama y de popularidad.

Yo, que por coincidencias más amistosas que profesionales —o por ambas a la vez—, me presto de haber conocido un poco a fondo al célebre torero y al excepcional apoderado—y les son muy justos tales adjetivos—, he de decir hoy—a dos años de la fecha fatal para la Historia del Tero—, que, sin duda alguna, Pepe Flores ha ejercido una influencia marcadísima en el triunfo de "Manolete". Parece como que estaba "escrito" que había de ser así, porque el nombre de "Camará" juega un importante papel en diversos momentos decisivos de la vida de Manolo Rodríguez.

"Camará" se retiró del toreo el 27 de mayo de 1926—lidiando en Córdoba reses de Natera, con "Chicuelo" y "Niño de la Palma"—, y durante los diez años siguientes estuvo dedicado a los negocios de empresa en su tierra natal y en la provincia. Y precisamente fué José Flores, en su calidad de empresario, quien "dió" a "Manolete" aquella corrida nocturna de su presentación en Córdoba—12 de agosto de 1933—, gestionada por el íntimo amigo de Manolo, Pepe Ibáñez Mellado, de quien puede decirse que fué el primer apoderado de "Manolete", si por tal entendemos a aquel que se dedica a "firmar" corridas. Aquella se "firmó" muy peregrinamente, en plena calle:

—¿Podría usted, Pepe, "meter" en la nocturna del próximo sábado al chiquillo de "Manolete", que tiene muchas ganas de ser torero?

"Camará" puso al chaval en el cartel y no le dió más importancia. Aquel fué el primer contacto de relación entre los que habían más tarde de compartir sinsabores y fama.

Desde aquel 1933 al 1936, los negocios no vinieron de cara al ex torero de Córdoba, hasta tal punto que por su pensamiento cruzó la idea de volver a vestir el traje de luces. Mas antes de dedito "probarse" en un festival, frente a un novillo. Se entrenó previamente con unas vaquillas en la ganadería de D. Antonio Herruzo. Y previamente también—el 25 de octubre de 1936—, en Ecija, en un festival que toroaba "Manolete", y en cuya organización tomó parte "Camará", éste se arrojó al ruedo, en calidad de "esprantado", y lanzó con fino estilo. Segundo punto de contacto entre Manuel Rodríguez y Pepe Flores. En diciembre—el día 6—torea "Camará", en Córdoba, el festival de que más arriba se hace mención. Y en el mismo cartel también el nombre de "Manolete". Este era ya un novillero ansioso de gloria que—bajo el apoderamiento de D. José Molina Abela— se había presentado en Madrid con la nota de valor, en corridas formales en Tetuán (Madrid) y Córdoba.

Eran tiempos de guerra. De Cruzada española. "Manolete" tomó parte en varios festivales y novilladas patrióticas organizados en su aspecto técnico por "Camará". Y en muchos de los

festivos—Córdoba, Lucena, Cabra, Priego...—, vestido con el típico traje corto, Pepe Flores estuvo junto a "Manolete". Se fué acusando entonces—1937—la personalidad de gran estoqueador y buen muletero de Manolo Rodríguez. Y fué entonces cuando D. Federico Soria Casanova, cuñado del espada, decidió hablar a "Camará" para que apoderase a "Manolete". El propio Sr. Soria me lo ha manifestado:

—Pensé primero en dirigirme a don Arturo Barrera, entonces taurino de postín. Mas creí en las grandes disposiciones de Pepe Flores para "llevar" a Manolo. Y le hablé. No me dió, en principio, nada en firme. Me prometió ayudarme, simplemente. ¡Y poco contento que se puso Manolo al enterarse!

Entra en su fase plena, pues, la influencia de "Camará" en la vida de "Manolete". No ha llegado aún la época de "arreglar" la cabeza a los toros, y con toros de prueba se prueba y se contrasta el auténtico valor de Manuel Rodríguez. José Flores le aconseja y le guía, le orienta y le alienta con su experiencia, un tanto acibarada, de ex torero de fama a quien la fortuna no le fué fiel. Comienza a perfilarse la personalidad del con admiración, que se va traduciendo en auténtico cariño y en plena confianza. Fía su porvenir en los designios de su apoderado. Desde entonces—en adelante, ¡cuántas veces habríamos sus amigos de oírle repetir: "Ese asunto, que lo resuelva Pepe." De tal cosa se hará lo que diga Pepe."

"Camará", a la espalda de "Manolete", da sus consejos al torero, en tanto uno y otro estudian al toro.



"MANOLETE"

derrocharlo tú, ante los toros, para que yo pueda seguir existiendo. Y el novillero famoso llegó así a la fecha cumbre—2 de julio de 1939—de su doctorado.

Siempre, siempre, "Camará" junto al torero. Entre barreras, vigilante, presto a la expresiva insinuación y al provechoso consejo. En la vida privada, vigilante también, porque en el toreo es preciso tener en alta estima la conservación de las facultades físicas. "Camará" viaja junto a "Manolete". En los hoteles, en la misma habitación descansan ambos. Y no es extraño que tras de las azarosas tardes de corrida, en el reposo del lecho, comience entre ellos una conversación interesante, que se prolonga hasta el amanecer, en la que el torero va exponiendo las dificultades que encontró aquel día en la lidia de los toros y el apoderado va analizando y explicando técnicas difíciles no pudieron ser evitadas por el lidiador.

Apoyado precisamente en el tesón de Manuel Rodríguez, realizó "Camará" la obra de llevarlo a la cumbre del toreo. Estas que ahora transcribo son palabras de Pepe Flores:

—Desde que lo vi toroear por primera vez, que fué en Córdoba, en el año 1936, en una novillada que se corrió en el mes de abril, quedé convencido de que dándole Dios suerte y sabiendo administrar, llegaría a ocupar un sitio destacado en el toreo. Por eso, cuando lo vi en condiciones, en contra de la opinión de muchos, tomé la alternativa. Y conste que aquella temporada podía haber toroado mucho de novillero y al doctorado fué con una sola corrida firmada. Ello demuestra la confianza que yo tenía en él.

Y cierto día, al preguntarle yo su opinión acerca del toreo de "Manolete", me contestó así:

—Ha conseguido perfeccionar el toreo de tal forma, que yo no digo que toroé mejor o peor que yo, que sí te afirmo es que como toroé Manolo no se ha toroado nunca, ni creo que se pueda mejorar.

En el aspecto entrañable no había que preguntur el sentimiento íntimo de uno ni de otro. Eran como padre e hijo: sencillez, afecto, respeto; pero un día, las falsas amistades y los amores falsos, hicieron blandarse un tanto las sólidas relaciones entre torero y apoderado. Sin perderse entre ambos el afecto y el respeto, "Camará" se apartó prudentemente, evitando dar consejos de índole privada y procurando atender tan sólo a los asuntos profesionales. No se privó, no obstante—para tranquilizar su propia conciencia—, de advertir al torero, no mucho antes de la fecha trágica:

—Para seguir toroando hay que cuidarse mucho, porque el público te exige demasiado.

Mas "Manolete" fiaba también demasiado en sí mismo y confiaba en "poderles" a todos los toros. Y les pudo, en efecto. Mas en el caso de "Islero", las fuerzas quedaron igualadas.

Y ocurrió la tragedia, que nadie pudo ni prever ni evitar. Y una vez consumado el funesto hecho, había que buscar a alguien sobre quien descargar la culpa. Se habló entonces mucho, y demasiado ligeramente, de la persona de "Camará", haciéndole objeto de falsas imputaciones. Pero aquello no fué, en realidad, más que el punto final de una vida alentada por el pundonor y auroleada por la gloria. Vida, pundonor y gloria en los que el nombre de Pepe Flores tuvo una influencia acaso decisiva que serenamente hay que reconocer y que apreciar.

La Real Orden de Isabel la Católica



DOS acontecimientos importantes en la azarosa vida del Rey Fernando VII habían tenido una coincidencia temporal en los días 24 de marzo de 1808 y 1814. El primero fué el "dichoso día" de la entrada del Rey en Madrid, después de su exaltación al trono, como consecuencia del famoso "motín de Aranjuez" contra Godoy. El segundo, la entrada en España de Fernando VII "después del inicuo cautiverio".

Para conmemorar estos dos acontecimientos, escoge el Monarca otro 24 de marzo, el de 1815. En tan memorable fecha instituye el "Deseado" la Real Orden Americana de Isabel la Católica (así se llamó hasta la Real Orden de 1847), dedicada a "recompensar la crisolada lealtad, el celo, patriotismo, valor y otras virtudes, que, tanto los individuos de la Milicia como los de todas las clases y jerarquías del Estado, han mostrado y muestran en adelante".

ESTATUTOS Y CATEGORIAS.—En el preámbulo de los Estatutos de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, firmados en la citada fecha, Fernando VII se reserva para sí y "los Reyes mis sucesores" la facultad de "aumentar, quitar o variar alguno o algunos de los artículos entonces aprobados si las circunstancias lo exigiesen o conviniese a la Monarquía".

Además de instituir la nueva Orden con el nombre de Isabel la Católica para honrar así a la más ilustre soberana que ha tenido la Monarquía española, el Rey fundador puso la naciente institución "bajo los auspicios" y celestial patronazgo de Santa Isabel, Reina de Portugal. También quedaron determinadas por el fundador las tres categorías de recompensas, que inicialmente concedía la Orden, taxativamente especificadas en el capítulo III de los Estatutos: "Habrá en esta Orden tres clases: la una, de Grandes Cruces; otra, de Comendadores, y la tercera de Caballeros."

MÉRITOS Y SERVICIOS PERSONALES PARA MERECE LAS DISTINCIONES.—Según el espíritu fundacional de la institución, los méritos para obtener las recompensas de la Orden han de ser rigurosamente personales.

Los artículos del primitivo Estatuto que van desde el XV al XXV inclusive, están dedicados a determinar minuciosamente las "acciones distinguidas" que pueden ser susceptibles de recibir los galardones de la Orden de Isabel la Católica, tanto para soldados o jefes de escasa graduación como para altos jefes, generales y capitanes generales. Entre estas "acciones distinguidas" estaban específicamente determina-

das las que se referían a actos de valor y heroísmo frente al enemigo. Dichas acciones debían ser perfectamente comprobadas y atestigüadas, para lo cual debía actuar en cada caso como fiscal un Caballero de la Orden.

JEFATURA Y PRIMEROS GRANDES CRUCES DE LA ORDEN. Los primitivos Estatutos establecen que la nueva Orden será compatible con las demás de España y del Extranjero, cuyas insignias podrían llevarse recíprocamente. Otra gracia o prerrogativa de la Orden de Isabel la Católica es la de que "acompañará como inherente a ella la nobleza personal del condecorado que no la gozará".

LAS CEREMONIAS DEL JURAMENTO.—Los actos públicos de una nueva condecoración habían de celebrarse en una iglesia, con asistencia de los miembros de la Orden y de la persona eclesiástica que había de bendecir la espada.

Una vez congregados en la iglesia, ocupaban sus asientos en la forma siguiente: a la derecha del altar, el Eclesiástico; a la misma mano derecha, con alguna separación, estará la silla del Comisionado, y tendrá también a su mano derecha una mesa, donde habrá un crucifijo con dos luces, el libro de los Evangelios y la fórmula del juramento; una bandeja con el Real título y la correspondiente insignia de la Orden. Los demás asistentes formarán dos filas sentados a derecha e izquierda. En el segundo asiento, a la izquierda, estará de pie el agraciado, ocupando el primero el Caballero Maestro de Ceremonias, Acompañante o Padrino. El Comisionado presentará el Real título al nuevo Caballero para que lo reconozca y haga leer al Secretario. Este pondrá la espada en una bandeja para que el Eclesiástico pronuncie en latín la bendición.

Terminada la bendición y arrodillado el Pretendiente, le hará el Comisionado las preguntas de rigor: "¿Deseáis ser Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica?" Y el Pretendiente responderá: "Sí deseo." "¿Queréis ser Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica?" Responderá: "Sí quiero." "¿Estáis enterado de sus Estatutos y de las obligaciones que imponen?" Responderá: "Sí lo estoy."

Después de estas respuestas tomará el Comisionado la espada bendita, y haciendo con ella una cruz sobre la cabeza y hombros del Pretendiente, le dará a besar el puño, y se la ceñirá, diciendo: "Dios os haga buen Caballero y la gloriosa Santa Isabel, Patrona de esta Orden."

Inmediatamente se levantará el Pretendiente, y puesto de rodillas delante de la mesa en que está el crucifijo y el libro de los Evangelios,

pronunciará el juramento de adhesión a la religión católica, defensa del Misterio de la Inmaculada Concepción y lealtad al Rey de España. Luego se arrodillará de nuevo a los pies del Eclesiástico y éste le impondrá la Cruz de la Orden con su cinta correspondiente. Como final del acto, el Comisionado leerá en alta voz el discurso en que se da por recibido al nuevo Caballero en la Orden de Isabel la Católica.

DISPOSICIONES QUE MODIFICARON LA ORDEN.—Varios Reales Decretos modificaron en distintas ocasiones los Estatutos de la Orden. La Reina Doña María Cristina firmó el 15 de abril de 1889 un Real Decreto, en el que, con el fin de reducir el número de Caballeros Grandes Cruces existentes, no podría concederse en lo sucesivo más que una distinción de tal categoría por cada dos vacantes que se produjesen.

El 25 de octubre de 1900, la misma Reina modificaba en otro Real Decreto las primitivas condecoraciones, estableciendo las siguientes: Caballeros Grandes Cruces, Comendadores con placa, Comendadores y Caballeros. También se establecía en el citado Decreto que el número de Grandes Cruces concedidas a españoles no podría exceder de ochocientos.

En el año 1903, S. M. Alfonso XIII crea para la Orden de Isabel la Católica una quinta categoría, denominada Cruz de Plata. Dicha distinción estaba destinada, según el preámbulo del citado Decreto, a hacer asequible "este género de distinciones honoríficas al elemento social más humilde, pero no por eso menos útil y digno de estímulo".

Asimismo, el 15 de abril de 1907 el ya citado Monarca creaba una nueva distinción titulada Medalla de la Real Orden de Isabel la Católica, destinada a premiar "servicios especiales prestados por las clases e individuos de tropa, marinería y subalternos o servidores del orden civil".

REESTABLECIMIENTO DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA.—Su Excelencia el Generalísimo Franco, por Decreto firmado en Burgos el 15 de junio de 1938, "reestablece la Orden de Isabel la Católica con objeto de premiar los servicios meritorios prestados a la Patria por nacionales y extranjeros. Según dicho Decreto, las nuevas categorías de la Orden serán las siguientes: primera, Caballero del Collar; segunda, Caballero Gran Cruz; tercera, Comendador de número; cuarta, Comendador, y quinta, Caballero.

En el artículo quinto de la citada disposición se limita el número de collares que pueden concederse a nacionales y extranjeros a 25, que estarán numerados y deberán ser devueltos al Ministerio de Asuntos Exteriores por fallecimiento de los titulares. Las Grandes Cruces de la Orden

que se conceden por este Decreto no podrán exceder de 500, ni de 600 las Encomiendas de número.

DESCRIPCION DE LAS INSIGNIAS DEL COLLAR.—El Collar de Isabel la Católica, descrito en los nuevos Estatutos, constará de una pieza central, sello de los Reyes Católicos, representado por águila de oro, en cuyo centro, y ocultando el cuerpo de la misma, se destaca el escudo cuartelado de las armas de Castilla y León, que corresponden a Doña Isabel, y las de Aragón y Sicilia, a Don Fernando.

A ambos lados del citado escudo parten las piezas o eslabones de que se compone el Collar, sumando en total quince, separados por dos hilos de cadena.

En ocho eslabones de forma rectangular figuran, enlazados, un grupo de cinco flechas y un yugo, sobrepuestos en estos atributos, y en los extremos se hallan las letras F. Y., de carácter gótico, esmaltadas en rojo, y que corresponden a las iniciales de los Reyes Católicos.

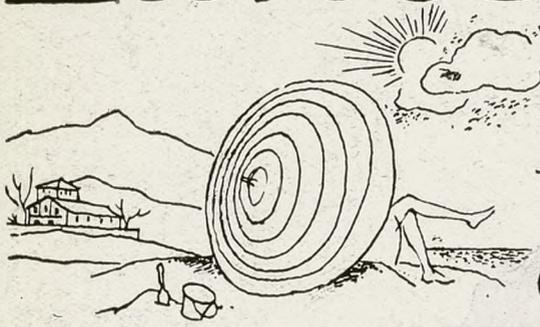
Los eslabones restantes están formados por una corona de laurel de forma circular, en cuyo centro figuran los atributos de dos mundos coronados y dos columnas con la leyenda "PLUS ULTRA". Llenando el resto del campo de este escudo los rayos de luz que irradian de los dos mundos unidos con fraternales lazos simbolizados por una pieza o eslabón central, va la venera, que será una cruz idéntica a la de los Caballeros Grandes Cruces.

También se describen en el citado Decreto las insignias de las restantes condecoraciones de la Orden tal como ha quedado restablecida en el año 1938.

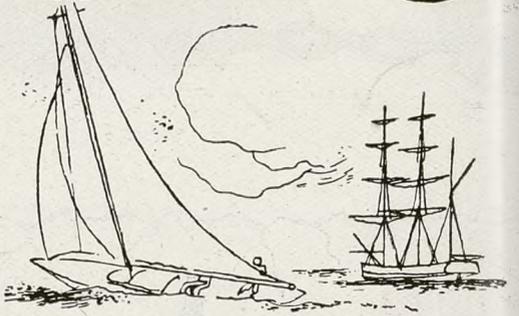
LA ORDEN Y LA "LEYENDA NEGRA."—Puede decirse que a la Real Orden de Isabel la Católica le alcanzó una de las infinitas ramificaciones de la infausta "leyenda negra". Dicha leyenda consistió en decir que la citada Orden había sido fundada para premiar los servicios de quienes luchasen a favor de la Monarquía española y en contra de la libertad de las naciones americanas. Esto, como se desprende de los textos de los Reales Decretos y de las Constituciones de la Orden, también era "leyenda negra". Con tales especies se trataba de echar un "sambenito" de antiamericanismo sobre aquellas personalidades españolas o americanas que mereciesen por sus méritos tan honrosa distinción.

Frente a esa leyenda, hoy ya sin vigencia, se afirma la realidad histórica de la letra y el espíritu de los Estatutos de la Orden, que aquí dejamos extractados.

LA BELLA EASO



POR OTRO NOMBRE SAN SEBASTIÁN



Por ANTONIO DE OLASCOAGA

más bonita y atrayente excursión inventada por la mejor agencia de viajes a bordo de una gran piróscabo de lujo. Todo está a mano. Los comercios, los hoteles, los Bancos, los restaurantes, los cafés y hasta las playas, que, por su cerrado contorno, ofrecen a los bañistas

el apacible encanto de una piscina, suavemente batidas por las olas del mar Cantábrico, cuyas furiosas acometidas rara vez perturban las aguas sosegadas de la bahía de San Sebastián.

* * *

La fama ecuménica de San Sebastián, como ciudad resplandeciente y pulcra, viene de siglos. En las crónicas viajeras de los más curiosos observadores de todo el mundo se menciona su nombre desde antaño. Y siempre con fervientes elogios, que abarcan desde su perfecta configuración hasta sus acreditadas aficiones gastronómicas. Pero, verdaderamente, cuando San Sebastián entra en el rango universal de ciudad escogida para el turismo es a fines del siglo pasado. Entonces se produce su cabal y urgente ensanchamiento. Una egregia dama es la que con su acendrado amor a la ciudad se encarga de acrecentar personalmente los impulsos locales. Es la augusta Reina Doña María Cristina de Habsburgo, quien, enamorada del lugar, se encarga, afanosa, de proteger los proyectos que surgen sin fin de continuidad para ampliar y mejorar la capital guipuzcoana.

Con sus negros atavíos de viuda aparece por primera vez en el verano de 1887. Su hijo, el que había de ser más tarde Rey de España con el nombre de Alfonso XIII,

Hasta el mar llegan las colinas que circundan la ciudad, y, desde su altura, San Sebastián aparece limpia, fresca y cosmopolita.





Al pie de los bellos edificios, la playa, amplia y dorada, que traza una curva perfecta entre el mar y los "boulevares".

contaba a la sazón poco más de un año. Doña María Cristina se alberga en el palacio de Ayete, en lo alto de una colina, desde donde se divisa un panorama incomparable. Precisamente desde aquellos ventanales su esposo, Don Alfonso XII, presenció la liberación del cerco de San Sebastián, después de empeñadas batallas en los montes circundantes entre las tropas carlistas y alfonsinas, que habían de terminar en el histórico "abrazo de Vergara", con el que se iniciaba la etapa de la Restauración dinástica. Aquel palacio, perteneciente a los Duques de Casa-Valencia, fué durante varios años alojamiento de la Reina Madre, hasta que San Sebastián, en prueba de gratitud a tan benéfica protectora, le donó los terrenos, donde ella construyó el palacio de Miramar en uno de los lugares más privilegiados de la ciudad, al pie de la bahía de la Concha. Hoy, el palacio de Ayete es residencia veraniega del Jefe del Estado, el Generalísimo Franco, y el palacio de Miramar, que la Segunda República decretó su incautación, ha vuelto a ser propiedad de los herederos legítimos de Doña María Cristina.

* * *

Desde aquel verano de 1887 hasta hoy—poco más de sesenta años—, San Sebastián va creciendo. Pero su crecimiento es normal, como el de un chico sano y bien atendido. Casi todo lo que hoy ve el visitante en la ciudad pertenece a este periodo. Salvo, claro está, la famosa "parte vieja", el bien conservado casco de la primitiva ciudad, construido al socaire del monte del castillo de Santa Cruz de la Mota. Hoy este trozo de la ciudad es un barrio que, por su recio tipismo, ofrece la ternura del regazo maternal. En él, aparte las bellas construcciones de los viejos templos de Santa María y San Vicente y del convento de San Telmo—hoy interesante museo y biblioteca con valiosas joyas atesoradas—, se encuentran las principales sociedades *koshheras*, singular modalidad de clubs, donde los socios dedican sus preferencias a arte culinario y lírico, contabilizando personalmente su individual consumo mediante el pago directo a una olla o puchero que actúa de impávida "cajera". Este detalle, insólito en el mundo, revela la honestidad del carácter de los donostiarras y es la admiración de las gentes forasteras.

* * *

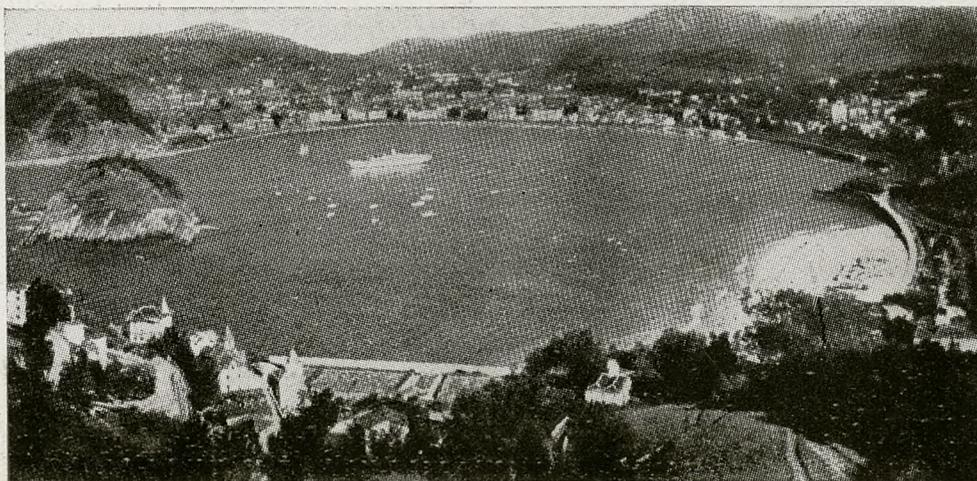
San Sebastián cuenta actualmente con una población, de hecho, de unos 110.000 habitantes. Pero en el verano el censo aumenta con la presencia diaria de unos 20.000 a 30.000 veraneantes, que constituyen su población flotante desde comienzos de julio a últimos de septiembre. Para ello se ha desarrollado un gran espíritu hostelero en toda la ciudad. Es decir, que, además de los ocho o diez hoteles de primera categoría, algunos de ellos verdaderos "palaces", como el "María Cristina", el "Continental" y el "Londres", se extiende por la capital la más amable y familiar hospitalidad, que acoge al forastero con entrañables afectos y que acaban muchas veces, al cabo de los años, en firmes vínculos de amistad y hasta de parentesco, con bodas que se conciertan entre huéspedes y familias de los "patrones". Confirman estas pintorescas observaciones, impregnadas de dulce romanticismo, las dotes comunicativas y sociales de la población donostiarra, que alejan la interpretación demasiado adusta y reconcentrada que se suele atribuir a los vascos...

Son también muchas las familias de los más diversos ámbitos de España que convergen en San Sebastián, donde bien poseen residencias propias o las alquilan para la temporada estival. De ahí la multiplicidad de "villas" y palacios que decoran el bello anfiteatro de la bahía, o forman elegantes conjuntos en las laderas de los montes de Igueldo y Ulía y en los aristocráticos barrios de Ondarreta y Ategorrieta.

* * *

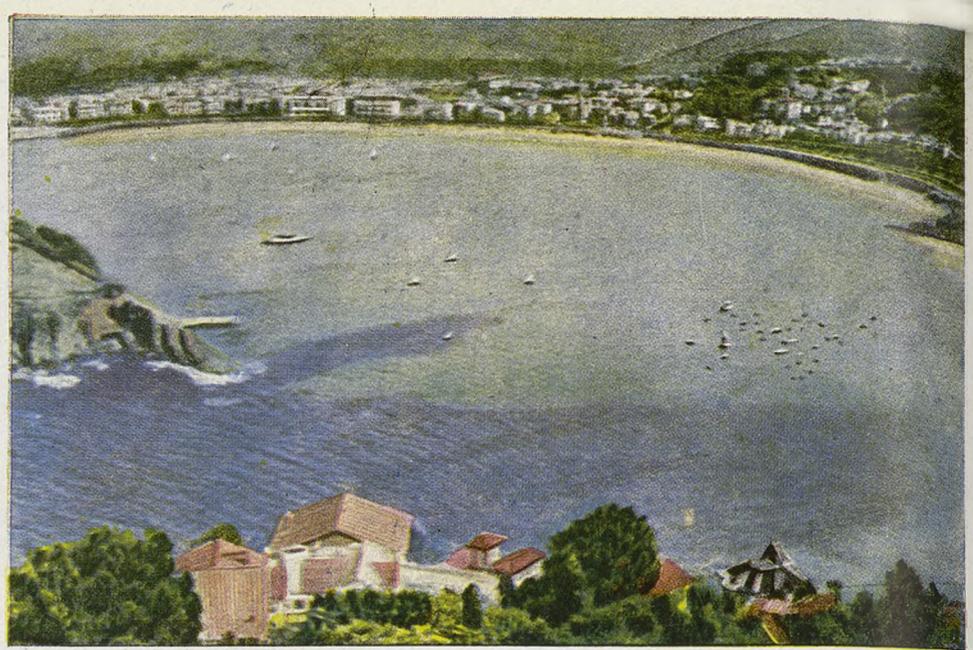
Lo que más gusta y atrae al forastero, sea nacional o extranjero, es el elevado tono social de San Sebastián. La población es elegante por propios y naturales designios. Su cosmopolitismo tiene una peculiaridad inconfundible. No es abigarrado ni estruendoso. Diríase que es una de las pocas ciudades donde la mejor lírica tiene su apoyo. La musicalidad acusa todas las más agradables gamas. Desde el rumor de las olas al morir en la playa o al estrellarse contra los muros de sus deliciosos paseos que bordean la costa, hasta el canto coral que surge de un oculto rincón, donde unas voces varoniles entonan viejas melodías vernáculas, cuando el yantar ha sido ya un rito gastronómico, y la sobremesa larga y pausadamente empapada en bebidas del país requiere la más normal de las expansiones y convivencias: unas canciones aprendidas de niño, con la ilusión de recoger una valiosa herencia de sus antepasados.

Vista panorámica de la bahía de San Sebastián, tomada desde el Monte Igueldo.





Y en la bahía, los blancos veleros mecidos por las olas que luego se quiebran en la playa.



Desde la altura del Igueldo o del Santa Clara, el mar, festoneado de espuma, es intensamente azul.



Las mujeres tienen una enorme personalidad. Finas, cuidadas, de rebotante salud, alcanzan por naturaleza una de las virtudes más preciadas: la de ser, ante todo, mujeres regentes del hogar. De ahí una palabra que las clasifica con verdadero acierto idiomático. *Echekoandre* es el vocablo. *Echekoandre*, traducido al idioma castellano, es "señora de la casa".

Las mujeres, pertenezcan a las esferas más elevadas o a las más modestas, se caracterizan por su buen gusto en el vestir. No son ostentosas. No rebullen las joyas ni las bisuterías en sus bien perfiladas figuras. Alguien quiere ver en ellas la influencia de las modas francesas, dada su proximidad a la frontera. Pero esta influencia, si es que efectivamente existe, aparece tan graciosamente tamizada y escogida, que adquiere en San Sebastián un originalísimo sello.

¿Los hombres? ¡También los hombres tienen vigorosa personalidad! A su laboriosidad y fino criterio se debe esta maravillosa concepción urbana. Intelectuales y cautelosos, agudos de ingenio y abiertos para la franqueza, responden a una magnífica talla espiritual. Lo mismo el artesano que el catalogado en las profesiones llamadas liberales. Por esta misma uniformidad, sin duda, se produce el raro fenómeno que es espejo admirable de una democracia pura. Unos y otros, aunque se muevan en distintas capas sociales, acaban sus quehaceres reuniéndose fraternalmente en una de esas típicas sociedades *koskheras*. La trágica lucha de clases, terrible azote surgido contra la humanidad, nunca se ha conocido en San Sebastián ni en la provincia como feroz revulsivo de pasiones cruentas. Y no se ha conocido, ciertamente por esta convivencia tan familiar, tan firmemente sostenida entre sus moradores.

Tan perfectamente es administrado este bello solar de España, que se da el caso raro de que no existan mendigos pululantes y entremetidos, como en otros lugares de la Península, y que constituyen, a la vez, un fuerte y angustiante tipismo. La mano implorante del pordiosero, que con lástima acucia los sentimientos del prójimo, no se ve extendida. Es otra mano la que aparece siempre a vuestro paso. La mano protectora del nativo que trata de ayudaros y de haceros grata vuestra estancia...

Hoy, San Sebastián es un verdadero remanso para la atormentada humanidad. A 25 kilómetros del Bidasoa, el río, que traza la línea fronteriza de los Pirineos occidentales, está, como quien dice, a un paso de Francia. Es, en efecto, la bella antesala que recibe al turista extranjero, ávido de conocer a la legendaria España, con una visión melodramática alcanzada por las más pintorescas fantasías literarias. La sorpresa del visitante es tremebunda. El contraste entre lo que él esperaba y lo que ven sus ojos es un excelente prólogo, que acaba también, por lo general, siendo anhelado epílogo de una excursión.

Miles y miles de turistas cruzan el puente internacional que une a Hendaya con Irún o por el puente de Behobia. Para muchos, el aeropuerto de Bayona los aproxima rápidamente a San Sebastián, donde, por su accidentada topografía, es difícil encontrar un terreno natural para el tráfico aéreo, y su construcción más o menos inmediata exige ardua intervención de la mano del hombre y de la máquina moderna. Para otros, el aeropuerto de Barajas es el enlace que los trae de Madrid, en lujosos trenes—los mejor atendidos de España—o por carretera, a San Sebastián, donde

En el pequeño muelle donostiarra atracan esbeltos bañadores que a veces lucen el color de cien banderas.

pueden tener la evidencia de que sus vacaciones no se cancelarán, malogradas por el pesimismo ni la incomfortabilidad.

* * *

San Sebastián prepara para el año próximo, para el 1950, grandes festejos, con motivo de que la ciudad cumple sus ochocientos años de edad o, mejor dicho, los ocho siglos de su existencia oficial y jurídica como entidad de población. Porque aunque no conste la data de un modo explícito y fehaciente, la mayoría de los historiadores, a de reserva nunca imposible descubrimiento que pudiera determinarla exactamente, coinciden en fijar en 1150 la fecha simbólica y convencional del otorgamiento del famoso Fuero de San Sebastián, dado a la villa por el rey de Navarra Don Sancho el Sabio. Discútase cuanto se quiera acerca de la existencia o no de un San Sebastián anterior a dicha fecha; dense por buenos, si se quiere, cuantos documentos hacen mención o referencia de un Izurzun o a un San Sebastián pretéritos; pero el documento básico es ese Fuero que se trata de conmemorar fastuosamente el venidero año.

Este Fuero de San Sebastián es uno de los más famosos en los anales de los fueros municipales de España, y particularmente del País Vasco. Por lo que a éste atañe concretamente, baste decir que es el primero y más importante de los fueros municipales otorgados a una villa guipuzcoana, extendido después a otras villas del litoral cantábrico, lo que hace de San Sebastián la ciudad más antigua y prócer de esa costa y la única fundada en ella por un rey navarro. Por otra parte, sus disposiciones son testimonio explícito del carácter e importancia marítimocomerciales de este rincón en tan remotos tiempos.

El Octavo Centenario será revalorizado con tres grandes exposiciones. Una, la Gran Exposición Industrial y Turística del País Vasco. Porque Guipúzcoa, que es la provincia más pequeña de las cincuenta en que se divide administrativamente España—¡es un verde y perfumado pañuelo!, dicen los poetas—, consta de una exuberante riqueza industrial, calculándose sólo sus instalaciones en unos 1.133 millones de pesetas, distribuidos en múltiples empresas. No se trata, pues, de una provincia eminentemente agrícola y turística. No. Precisamente lo que caracteriza a Guipúzcoa es la enorme variedad de sus fábricas y talleres, que con discretísima presencia esmaltan el jugoso paisaje de sus montañas y valles. En Guipúzcoa hay "de todo", dicen los que la conocen bien. Sus ancestrales fundiciones de artículos de hierro y acero; la fabricación de armas enraizada en la economía de la provincia, al datar del siglo XVI; sus industrias del damasquinado; sus fábricas de tejidos y de papel, y más recientemente sus máquinas de coser y sus bicicletas, de universal prestigio, ofrecen una amplísima catalogación de manufacturas para el anunciado certamen.

A la Exposición Industrial y Turística servirán de contraste y aliciente espectacular e histórico una Exposición Retrospectiva de Guipúzcoa y de San Sebastián, a lo largo de su historia, en todos o la mayor parte de sus aspectos, así como una Exposición del Gran San Sebastián del año 2000.

La organización del Centenario está en plena marcha. Los donostiarres, así llamados también sus habitantes, por llevar la capital guipuzcoana el nombre vasco de "Donosti"—corrupción lingüística, según algunos, de "Don Sebastián"—, o también conocidos, sobre todo a comienzos de siglo, por easonenses, por recibir la ciudad el nombre un tanto mítico de la Bella Easo, colaboran entusiásticamente para que la fisonomía de la ciudad aparezca el año que viene alegremente remozada y más hospitalaria que nunca.

En la playa se alienta la frescura del mar bajo la sombra de los toldos policromos.



Las mujeres y los niños, principalmente, disfrutan de la playa que ofrece sus limpias arenas al deporte y a los juegos infantiles.



DEL PIRINEO A SHANGHAI

PELOTA VASCA



Arriba: A la izquierda, el actual campeón del mundo de pelota a mano, el español Gallástegui, antes de un encuentro decisivo, examina las pelotas, que venían pintadas. A a derecha, un jugador de "cesta-punta", en el momento en que acaba de recoger y disparar la pelota.—Abajo: A la izquierda, el pelotari de "cesta-punta" se coloca y sujeta la cesta. A la derecha, tres campeones del mundo: los españoles Gallástegui—actual campeón—, Mondragonés, ya retirado, a quien le arrebató el título Atano III, el tercero de la foto, quien, al cabo de muchos años de campeón, perdió el título ante Gallástegui, en 1948, en un partido a cuyos preliminares corresponde precisamente esta foto.

que tenemos noticia, en este terreno de los campeonatos, no se han debatido nunca entre los países de ambos lados del Atlántico. Nos llegan informaciones de que se proyecta la construcción de un triquete en San Sebastián para jugar principalmente con los argentinos, que parecen haberse quedado exclusivamente en esa modalidad, que es a la vez la favorita de los franceses, entre los que se yergue la figura de Harrambillet.

No fué así antes en el País del Plata, porque allí, durante el pasado siglo, se practicaron las más auténticas modalidades de pelota vasca. Todos los pueblos de la Argentina cuentan hoy con un frontón, consecuencia de aquella afición que el 19 de abril de 1885 asistió a uno de los partidos más famosos de la historia de la pelota. Se debatió en la plaza Euscara de Buenos Aires, entre "Chiquito de Eibar" y Peysandú, y acaudió un gentío impresionante. El vapor español "Ibarra", que debía partir en aquella fecha hacia Barcelona, suspendió su viaje para que el capitán pudiera asistir al encuentro. Ni siquiera una tormenta de tierra desencadenada a la mitad de éste fué capaz de suspenderlo.

ENTRE LOS PARTIDOS FAMOSOS FIGURA LA OLIMPIADA DE PARIS

En este terreno de los partidos famosos, preciso es mencionar los siguientes: El de 1924, en la Olimpiada de París, que desquitó a España de un rudo golpe recibido en el fútbol. Otro jugado en el Moderno de San Sebastián, entre "Chiquito de Azcoitia" y Marcos Errezábal, donde ardía la rivalidad entre Vizcaya y Guipúzcoa, y que terminó en empate. Fué en 1906. El juego era más duro que hoy, más lento, más pesadas las pelotas —se dividen en "goshuas" o dulces y vivas o pesadas—, siendo frecuente que los jugadores, al cabo de dos horas y media de juego, acabaran con los pies ensangrentados.

Notable fué también el que se jugó en la finca "Bordaberry", de

Entre las múltiples variedades de este deporte eminentemente vasco, merece destacarse la especialidad de "cesta-punta". Vemos en la fotografía el gesto ágil de un jugador durante uno de los últimos partidos celebrados en el frontón de Madrid.



cultivadores podrían componerse todavía hoy frisos donde la elegancia viril que eternizan los helénicos no mostraría diferencia esencial, como en la materia de danzas, la que bailan los pastores del Pirineo despierta siempre en el escritor comparaciones por el estilo.

Pero, en fin, vamos a tomar el deporte de la esferística, según le llamaban los griegos, por la raíz que ha originado el árbol de hoy. El tronco se halla —para nosotros tenemos que siempre ha sido así— en el País Vasco. Las ramas van de Shanghai a Miami. Y la raíz mencionada lleva un nombre y una fecha concretos: Perkain, 1760. Nombre de epopeya, el de este jugador, a quien se atribuyen todas las hazañas y al que se han dedicado versos, dramas y algún frontón, uno en Pamplona. Nacido en los Aldudes vascofranceses, siendo su probable maestro Manech Souhouur, de él nace una línea que culmina en los actuales campeones. Comienza el siglo de oro de la pelota y la expansión. Se abre del todo el muro que en 1750 se entreabrió sólo para que cuatro guipuzcoanos fueran a Cartagena a derrotar a los cuatro campeones del resto de España. Surgen frontones por todo el mundo, y el noventa y ocho por ciento de sus equipos se nutre de la cantera vasca. Hoy se calcula en mil el número de pelotazales vascos. Si la conquista, la navegación y hoy los coros llevan gentes de este país a los confines de la tierra, habitada o no—como la colonia que recientemente ha descubierto Augusto Assia en Idaho—, este deporte, verdadera y privativa expansión de un temperamento, lleva pelotaris de Marquina o Rentería a los lugares más inverosímiles. La pelota, ya, es propiamente vasca, y con ello se ha cumplido la gran ley étnica enunciada por el único científico—Camille Julien—que ha atinado en la esencia del ser vasco: "Se diría de esta civilización que cada siglo transcurrido le hace el regalo de una cos-

tumbre imposible de desarraigar. Los vascos son, pues, un museo viviente de la historia humana." Pero que tiene la desgracia, añadiríamos a propósito del tema que nos ocupa, de no poseer historia escrita.

AUN SE CONSERVAN MODALIDADES DEL SIGLO XVIII

Se jugaba por entonces—siglos XVIII y XIX— el juego a largo y el rebote, modalidades casi desaparecidas—esta última se conserva en algunos desafíos de pueblo—, que consistían en el enfrentamiento—literal—de dos equipos en un campo sin pared alguna o en una cancha con dos paredes paralelas, respectivamente. Aquello evolucionó hasta llegar al juego de "ble" o pared actual, donde tantas fortunas rebotan a la vez que la esfera, pasando de unas a otras manos. Aquella época, más que la actual con las apuestas reglamentadas, dió los partidos donde el dinero no fluctuaba de uno a otro color, sino que permanecía fijo como prueba de fe en un jugador paisano. Más de un caserío, de una yunta de bueyes, habrán sido el tributo pagado al amor propio local por esos hombres de blusa y boina, a los que se unían los de monóculo en la gran algarabía. El cambiante era propicio también a los desafíos raros, recordándose los partidos que un tal "Mariñela" jugaba a cabezazos. Otros concedían al contrario la ventaja de vendarse un ojo o competían debiendo sentarse en una banqueta que llevaban en una mano a la vez que daban el pelotazo, o con los bolsillos llenos de huevos. En una ocasión, una pareja se enfrentó con otra que debía ir montada sobre borricos, y lo curioso es que fué esta última la que ganó. Todavía hoy es frecuente que los naturales de una aldea reten a grandes figuras en esos frontones que son los pórticos de las iglesias —primera escuela pelotazale—, donde la limitación de altura, las grietas del suelo, los defectos del rebote son factores favorables al nativo. En Arrate, un americano perdió sus onzas por excesiva confianza en tales limitaciones, que logró vencer "Chiquito de Eibar", el pelotari con quien se inició el profesionalismo. Un verdadero frontón-escuela ha sido el de Cestona, donde han hecho su aprendizaje casi todos los manistas. No menos lo son los frontones y pórticos de Rentería, Azcoitia, Eibar, Villabona, Lequeitio, Marquina, Ondárroa, y, en general, todos los del País Vasconavarro, donde no hay pueblo que no disponga por lo menos de una modesta pared para practicar el deporte.

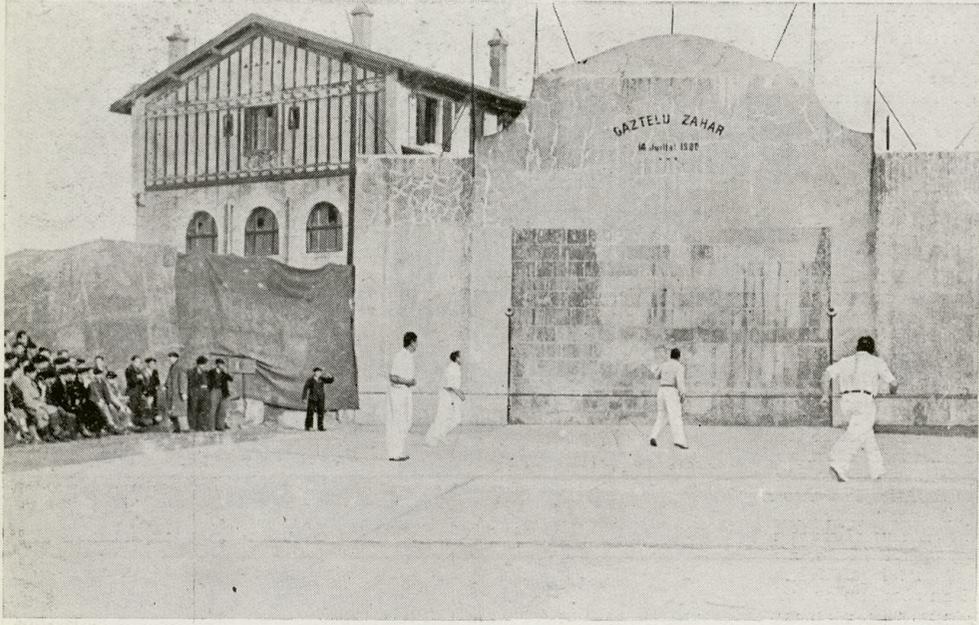
LA FEDERACION VASCONAVARRA DATA DE 1914

Los pasos que el juego en su organización actual ha seguido se inician en 1914, con la constitución de la Federación Vasco-Navarra de Pelota, seguida en 1925 por la fundación de la Confederación Española de Pelota Vasca. Entonces se inician los campeonatos nacionales de aficionados, reanudados, tras el corte de la guerra civil, en 1945. En esos años se celebraron unas veinte competiciones, en las que Guipúzcoa se llevó la mayoría de los trofeos, excepto en cesta-punta, donde el triunfo fué catalán. La Federación Internacional de Pelota se constituyó hacia 1929, con la adhesión de la Argentina y España. Pero los partidos internacionales de los

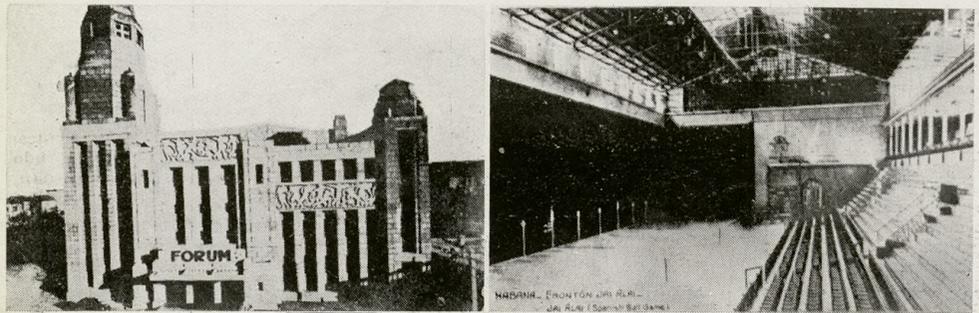
VASCO más pared, igual a pelota, se ha dicho aludiendo a esa consustancialidad de tal deporte con tal raza. No se sabe si la pelota nació vasca o no, como también se ha afirmado, pero lo cierto es que esa estirpe pirenaica ha introducido las variantes que distinguen hoy al juego. Ella ha demostrado ser la más dotada, y lo practica en todo el mundo. Que se jugaba, en algunas modalidades ya desaparecidas, por asiáticos, egipcios, griegos, romanos y hasta por algunas civilizaciones aborígenes americanas, es cosa cierta y demostrada. Alejandro Magno fué el aficionado que hizo elevar una estatua a su favorito Aristónicos. Luego, en la Edad Media europea, el juego estuvo extendidísimo, hasta el punto de haber en París más industrias dedicadas a la fabricación de pelotas que a la de libros o tinta. Algún cronicón del siglo XII habla de unos vizcaínos que actuaban en Francia e Inglaterra. En el siglo XVI, los frontones galos eran el lugar de concurrencia de caballeros y nobles damas. Metidos en el XVIII, podemos hacer una mención universalmente famosa: la del Juego de Pelota, donde el Estado llano juró dar una nueva constitución a Francia. Dos reyes han muerto por beber agua en pleno sudor, efecto del juego.

EN LA HABANA SE IBA AL JAI-ALAI DE ETIQUETA

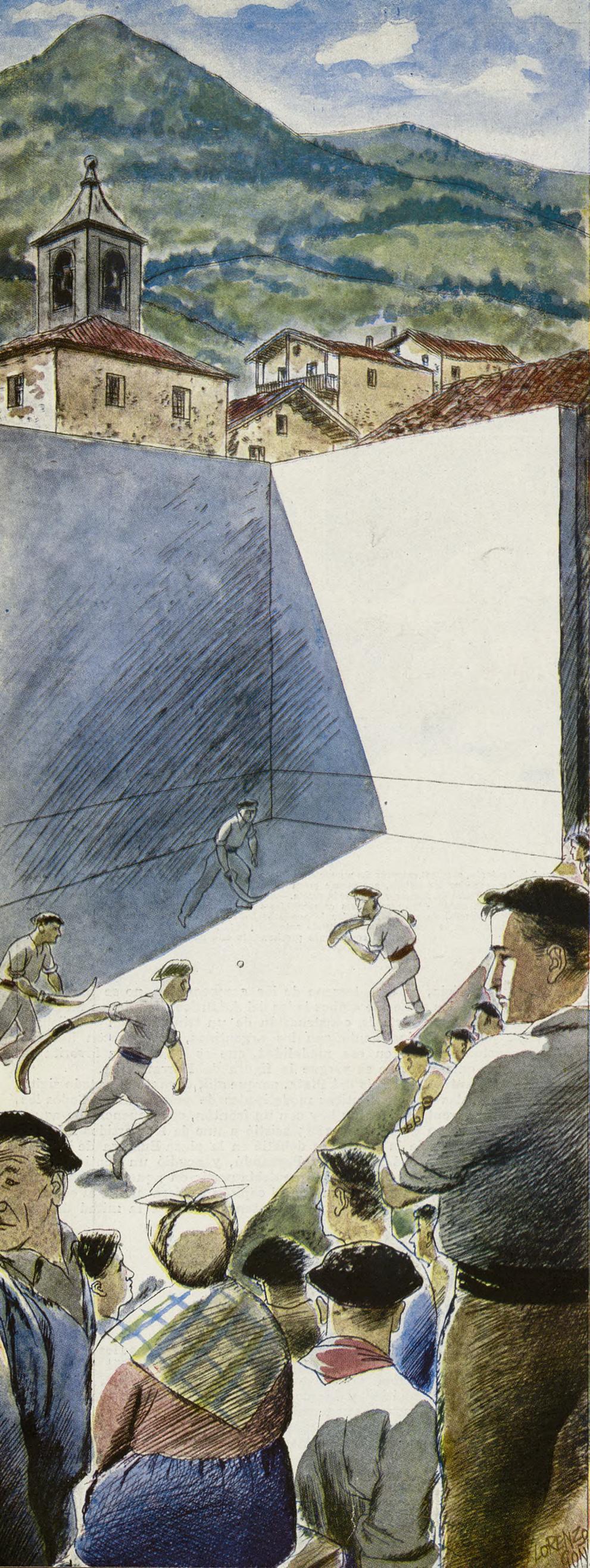
A propósito de esta afición de la aristocracia, es curioso destacar que en La Habana, hacia 1918, se asistía a los partidos del Jai-Alai con traje de etiqueta. Verdaderamente, si algún deporte cantado por Homero queda en nuestra época, es este de la pelota vasca, con los perfiles y los gestos de cuyos



La mayoría de los pueblos vascos tienen su frontón, que en las tardes de domingo se alegra de apuestas y de jolgorio. En la foto vemos uno de estos típicos frontones, al que falta la pared lateral y en el que ni el juez ni los vocadores gozan de instalación propia. Hoy, tanto los nuevos frontones del Norte de España como los del Sur de Francia tienen pared a la mano izquierda y son adecuados escenarios para cualquier reñida competición.



A la izquierda, el frontón "Forum", de Tientsin, en China, uno de los más importantes del mundo y en el que se celebraron reñidos campeonatos.—A la derecha, interior del frontón cubano "Jai-Alai", de La Habana, frontón donde mayor fastuosidad han alcanzado los programas pelotísticos.



Hendaya, que hace unos años fué lugar de descanso de Churchill, y donde en 1931 se puso de manifiesto una vez más la superioridad de Atano III, el de la boina inmensa, sobre "Mondragonés". Los entendidos tendrán como memorables quizá otros muchos partidos donde han podido aplicar el refinamiento de su observación sobre el refinamiento de la técnica; pero no es posible dejar de mencionar aquél en el que "Mondragonés" arrebató en Vergara el campeonato oficial (extraoficial) a "Cantabria"—que a su vez lo ganó en 1912—, título que conservó hasta perderlo en una mañana de octubre de 1926 ante Atano III, el fenómeno que sólo por la delicadeza de sus manos y por la edad, ha podido perder su primerísima categoría manista, ante Gallástegui, el 28 de noviembre de 1948.

Así, pues, en las cuatro especialidades más importantes de este deporte, los campeones son hoy los siguientes: el joven Gallástegui, de Eibar, más notable por su potencia y amor propio que por su perfección, en mano, tras el cual pueden colocarse, entre otros muchos, Atano VII y Onaindíá; en remonte, el inimitable artista Jesús Abrego, que sucedió en el trono a Irigoyen y que lo mantiene, pese a la resistencia de un Salsamendi III; en pala, fué una gloria "Chiquito de Gallarta", y hoy lo son Oroz, Pastor y Aguirre. En cesta-punta, la especialidad que menos se ha cultivado en la cuna de la pelota, pero con la cual sus artistas han paseado por todo el mundo el nombre de España, por ser la que predomina en América, se encuentran en La Habana los delanteros Pistón y Salsamendi y el zaguero valenciano Guara, y el gran Guillermo Amuchástegui, de Ondárroa, que viene actuando desde hace muchos años en el frontón "México", de la capital del mismo nombre. El otro fenómeno fué Erdoza, ya fallecido.

EN TORNO A LA PELOTA VASCA SE MUEVEN

EN EL MUNDO INMENSOS CAPITALS

No es posible mencionar todos los ases, ni esas dinastías de Atanos, Echaves y Guruchagas, en las que la afición se transmite de padres a hijos, ni la intensidad y la extensión de la práctica del deporte de la pelota vasca. Para dar idea de su vitalidad, haremos uso de un recurso que dará a conocer a la vez datos sumamente curiosos, y así adquirirá noticia quien no la tuviera—no creemos exista—de que en torno a la pelota se mueven hoy capitales fabulosos, tanto en las empresas mismas de los frontones o en el pago a los pelotaris como en las apuestas; en la mayor parte del mundo, ya reglamentadas por los tres sistemas de mutuas, libres y quinielas, con intervención de voceantes corredores sometidos a rígidas normas éticas. Como dato de que el "tongo" apenas existe, se brinda aquel sucedido auténtico del que fué héroe en Madrid Ramón Salsamendi, a quien los hijos de los Reyes, amigos suyos, preguntaron si podían apostar a su favor, asegurándole él que sí, y haciéndoles perder. También como dato del volumen del negocio, diremos, por ejemplo, que en Estados Unidos hay pelotari que cobra más de dos mil dólares mensuales; en Méjico, Ibarlucea y Ermúa ganan mil doscientos pesos por partido, y en general, todos los puntistas que viven en América llevan vida de príncipes.

PELOTA VASCA EN SHANGHAI, EL CAIRO

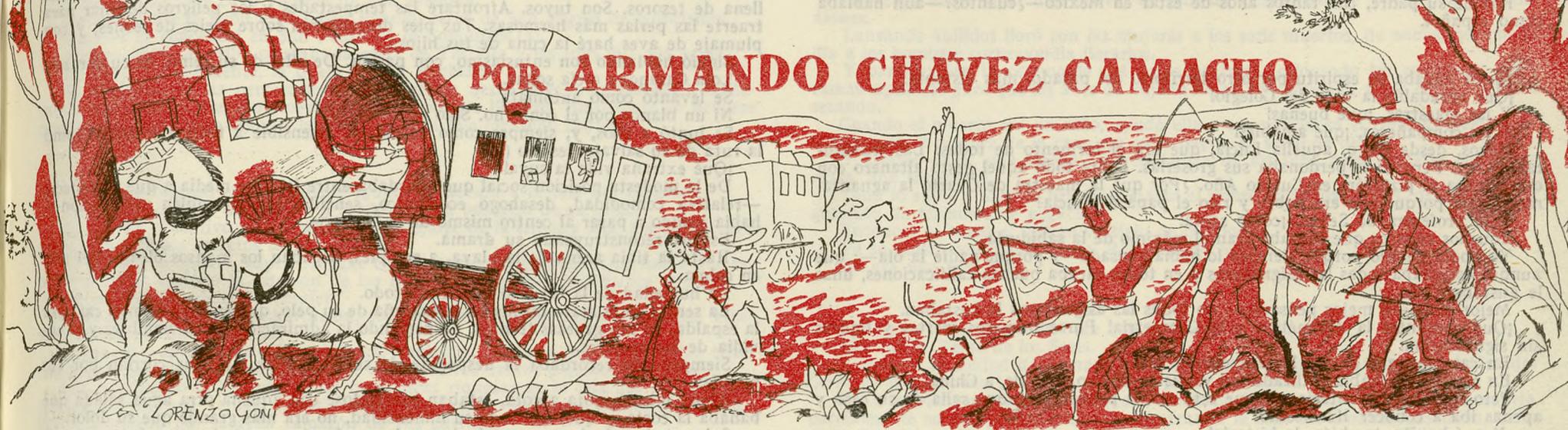
Y ALEJANDRIA

No así en España, donde tampoco las localidades se pagan tan caras, ni los frontones tienen corrientemente un aforo para tres mil cuatrocientos espectadores, ni mantienen un personal de cuatro mil individuos, como el "Auditorium", de Shanghai, que es quizá el mejor frontón del mundo, inaugurado en 1930 con vascos llevados de El Cairo y Alejandría, que también poseen importantes frontones, fundados hacia 1921, y que suponemos estarán tan de moda como la música y los músicos españoles. También es de suponer que después de la contienda mundial, por lo menos se habría iniciado la reapertura de los dos frontones chinos, de los que el no citado es el "Forum", de Tientsin, que obligó a cerrar la ocupación nipona. El Extremo Oriente ha poseído un público de frontón tan educado como silencioso y ansioso. Igualmente, en Manila los japoneses obligaron a cerrar el Jai-Alai, fundado en 1940, como sucesor máximo de una gran tradición de frontones filipinos, y que, según nuestras noticias, se ha reconstruido, empezando su nueva época con el mismo éxito inenarrable con que se inició la primera. En Estados Unidos hay canchas en Miami, Nueva Orleans y Chicago, donde los pelotaris juegan con pantalón corto, en temporadas anuales de cien días, ya que más no lo permiten las leyes. Nueva York, en 1938, quiso tener su cancha, y para ello—cómo no—compró el mayor teatro del mundo, el Hipódrome, inaugurándola con Guillermo y Pistón; pero que parece no haber tenido todo el éxito que se merecía. Méjico y La Habana son los dos focos principales de juego en América; pero se dice que de seis meses a esta parte el volumen del negocio ha decrecido algo. No obstante, la afición a la pelota sigue un ritmo creciente en los lugares citados, igual que en Bruselas, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Italia, Nicaragua, Perú, Uruguay, Venezuela, Brasil y hasta Marruecos, no siendo cierto, como se ha afirmado, que el deporte en su cuna vasca se encuentra en decadencia, porque continuamente lo nutren, si fallan los profesionales, los eternos aficionados de todas las clases sociales y profesiones—antaño no era raro el sencillo cura de aldea que jugaba, en los dos sentidos de la palabra—, y no es raro el que, como Jacinto Quincoces, retorna a su predilección más cara después de evasiones temporales a otros deportes más nuevos, pero menos de acuerdo con una entraña popular, con una manera de ser que une en sí de manera inimitable el máximo vigor con la máxima elegancia. Por otra parte, nunca fallará la cantera de los pueblos, donde los niños nacen sabiendo jugar a la pelota. Prueba de esa afición es el afán con que se sigue la literatura y el periodismo especializados, que han contado y cuentan con firmas de primera magnitud: en el lejano pasado, con un Peña y Goñi, que figura en las antologías literarias; en el ayer inmediato, con un Juan de Irigoyen, que no tardará en aparecer en ellas, y en la actualidad, con el discutido e indiscutible "Pacorro", que desde su diaria columna donostiarra, un poco a lo Simeón Estilita por su austeridad, ejerce un verdadero pontificado del juego.

A L B E R T O C L A V E R I A

EL GRAN AMOR DE COYOTE-IGUANA

POR ARMANDO CHÁVEZ CAMACHO



POR fuera, la casa enseñaba su rostro risueño, recién encalado para cubrir las averías del tiempo.

Por dentro, una faz más risueña aún.

La salita, con sus sillas de mimbre, sin faltar la ancha mecedora donde el padre descansaba.

El comedor y la cocina—sobre todo la cocina—con los muebles y los trastes en su lugar, como denunciando la presencia de una mano femenina.

Las recámaras, con las camas dispuestas del mejor modo, y los lechos limpios, aseados, sin una arruga las cobijas y las sábanas sin un doblez.

En la despensa, un arreglo eficaz que hacía posible que, en tan reducido espacio, cupieran una lata de manteca a medio consumir, un saco de frijol, otro de harina, varias mercancías más, y, por supuesto, la indispensable leña de mezquite y palo-fierro con que se alimentaba el fuego de la estufa.

Después del corredor, el patio.

Y en seguida, el trascorral, donde las gallinas cacareaban y los gallos cantaban, siempre a horas precisas, como si sus gargantas fueran exactos relojes.

Las piezas, amplias, con esa amplitud provinciana que no conoce el ahorro de espacio.

Y en todas, una nota alegre. Aquí, el adorno de ocasión. Allá, el bordado que tantas noches de vigilia se llevó.

Y presidiendo a la familia—como en vida—el retrato amplificado de la madre que un día, muchos años antes, se fué de este mundo, dejándole a un viudo una huérfana pequeña.

Las manos hacendosas, intensamente domésticas, trajinaban ahora entre la cocina y el comedor.

Una voz soñolienta las detuvo cuando llevaban un plato:

—¿Hasta qué horas te vas a acostar, Lola?

No era por falta de cariño que se abstenía de aplicarle el diminutivo, sino porque gozaba llamando a la hija en la misma forma que nombró a la madre. Así tenía siempre presente a la madre en el trato con la hija, en la cual había concentrado todo el amor que antes se repartían equitativamente las dos.

Presta acudió la muchacha a la recámara del señor Casanova.

Y le explicó: Aún no terminaba de preparar el bastimento para el viaje. La carne frita y los frijoles ya estaban listos. Pero apenas comenzaba a batir la masa para hacer las tortillas de harina, con mucha manteca y mucho dulce.

Y prefería acostarse hasta que acabara todo y no levantarse en la madrugada con el pendiente. No fuera a ser que se durmiera.

El padre escuchó—o pareció escuchar—en ese estado intermedio que liga y también divide el despertar completo del sueño total.

Luego se volteó hacia la pared—huellas de resanado no seco aún, como en los muros que dan a la calle—y se entregó al nocturno y habitual concierto del ronquido.

La muchacha, diligente, subió las colchas, tapándolo.

Y se volvió a los quehaceres.

Hubo que prender las lámparas de petróleo, porque las tinieblas de la noche todavía no cedían su puesto a la luz del día.

Padre e hija habían despertado—sobresalto inicial—a los golpes que sonaban en la puerta.

Se hizo saber a los próximos acompañantes de la viajera que en un momento más estaría con ellos.

Recogió bultos y velices, y avanzó rumbo a la puerta.

Al pasar por la comunicación del corredor con la sala no pudo impedir que sus ojos se posaran en el retrato de la muerta.

Su mirada—la de la madre—la sentía sobre sí.

Reanudó la marcha y los ojos la seguían.

—Ha de querer que me despidiera de ella—pensó.

Llegó ante la madre, musitó quién sabe qué cosas y, todavía, con el pañuelo, limpió de polvo el marco.

Luego abrazó al padre y lo llenó de besos.

Subió a un carro, y ése y los otros se perdieron pronto entre las calles oscuras. Guaymas vió partir el convoy, camino de Hermosillo.

Empezaba a aclarar.

Lola Casanova iba en su asiento con un viejecito menudo, casi perdido en la vacueta color café que revestía el carro por dentro, para así dejar el mayor espacio posible a una señora gorda que ocupaba, ella sola, el asiento de enfrente.

Ambos dormían a pierna suelta.

Dieciocho años tenía a lo sumo la muchacha y los lucía bien, hasta con cierto garbo, a pesar de su innata modestia.

La piel, blanca, de mestiza.

Los ojos, negros, enormes, profundos. Diríanse dos pozos inexplicablemente abiertos tan cerca uno del otro. Los hombres hubieran querido acudir a ellos no sólo para beber agua.

El cabello, de azabache, cubriendo la parte alta de la cabeza para caer luego, hasta la cintura, en dos gruesas trenzas.

El decoro del vestido—largo y con mil pliegues—impedía precisar los contornos del cuerpo; pero lo visible era suficiente para adivinarlo recio, bien formado, juvenil.

Por el vidrio de la portezuela Lola Casanova miraba el amanecer.

Y pensaba.

A veces recargaba el brazo, pero en seguida lo retiraba ante los frecuentes tumbos que por el mal camino iba dando el carro, vigorosamente arrastrado por un tronco de poderosos caballos.

No interrumpían sus pensamientos ni los tumbos, ni las ladeadas, ni los gritos constantes de los carreros, ni el relincho de las bestias que iban jalando a los otros carros.

Abstraída, recordaba primero lo más reciente: los incidentes previos al viaje. No quería su padre dejarla ir.

Amontonaba razones en contra: que Hermosillo está muy lejos de Guaymas; que el camino es muy malo; que una señorita no viaja sola, etc., etc.

Pero ella también amontonó razones en pro: que Hermosillo está muy cerca de Guaymas; que en la diversión entran las molestias del camino, etc., etc.

La resistencia se fortificó en lo indebido de que una señorita viajara sola.

Entonces se dió a inquirir sobre los nombres de las personas que irían en el convoy que se anunciaba.

Y fué corriendo, con la noticia, a su padre: iban una señora respetable que fué amiga de su madre y un señor que era amigo de él.

La resistencia paterna se prolongó en otros fortines. Pero el ataque fué más tenaz que aquélla, y vino por fin la capitulación.

No podría decir por qué su padre, a la postre, aceptó.

¿Fué porque le recordó que ya se postergaba demasiado un viaje prometido, años atrás, cuando acabó la escuela, como premio a sus buenas calificaciones? ¿O porque le hizo presente que no es de hombres dejar de cumplir lo que ofrecen? ¿O fué la campaña de mimos, halagos, platillos favoritos?

Todavía la víspera, en la noche, cuando se alistaba, le reprochó su entusiasmo por la partida con esta pregunta:

—¿Y si te pasara algo, Lola?

Rió la muchacha con ganas.

Y respondió, zalamera pero firme en su decisión:

—¡Ah que mi papá! ¿A poco crees que nos van a asaltar?

A la luz parpadeante que de la mecha salía, como llama, en la lámpara de petróleo, ya en la madrugada—parecía que lo estaba viendo—, el semblante serio del señor Casanova era una protesta muda.

Tan preocupado estaba, que en la despedida perdió hasta el ceceo de la voz, porque también ésta la había perdido.

Ni una palabra dijo.

Se dejó abrazar y besar muchas veces.

Y él le dió sólo un abrazo largo, fuerte, apretado, como si no quisiera dejarla partir.

El recordado silencio expresivo del padre hizo derivar su memoria hacia otro lado. Se interrogó:

—¿Qué será el ceceo, que unos lo pierden pronto y a otros les dura toda la vida? Porque su padre, con tantos años de estar en México—¿cuántos?—aún hablaba como español.

Ahora vagaba su espíritu por otro territorio del pasado, más distante.

¡Qué agradable la vida del Colegio!

Y las maestras, ¡qué buenas!

Y las compañeras, ¡qué amables!

Menos, desde luego, aquella Lucía, que era el tormento de todas. Las travesuras, pasen. Pero no le perdonaba sus groserías. Sobre todo aquel gesto altanero con que pasaba al pizarrón, en Cuarto Año. ¿Por qué la maestra de Cuarto la aguantaría? ¿Sería porque ella era pobre y rico el papá de Lucía?

Y la profesora de Sexto, ¡cómo sabía!

Aquellos cuentos que contaba eran el máximo de la sabiduría.

Ya podía decirlo porque siempre lo había pensado—y porque nadie la oía—: que aunque estudiaba todas las asignaturas y en todas sacaba buenas calificaciones, unas le gustaban más.

Mejor dicho—o mejor pensado—: no todas las asignaturas le gustaban.

¡Qué chocantes la Aritmética y la Geometría! Puros números inertes y figuras sin significación.

En cambio, ¡qué bonita la Geografía!

En alas de ella había realizado mil viajes: a México, a París, a China.

Pero sólo con la fantasía, porque ésta era la primera vez que salía de su casa y apenas iba a conocer Hermosillo.

¡Y qué bonita, también, la historia!

Aquel contacto con hombres y hechos famosos.

Ver primero a María Antonieta, en Versalles, y un minuto después, remontados los siglos hacia atrás, estar con Cleopatra, a las orillas del Nilo, junto a Marco Antonio. Y en otro brinco sobre el tiempo y el espacio, ya mirar a la pobrecita Carlota, del brazo del Archiduque, paseando por el Bosque de Chapultepec.

Y sus lecturas, en libros grandotes con estampas a colores.

Ellos, acaso más que nadie, le habían hecho tan viva su imaginación.

Porque no nomás los leía con los ojos, sino también con el corazón.

Más que leerlos, los vivía.

Cada aventura era ella quien la corría.

Así anduvo por selvas, montañas, mares y ríos.

Y fué pirata y fué bandido.

¡Si hubiera sido hombre en lugar de mujer!

La imaginación detuvo su vuelo.

Es que la memoria estaba ahora repasando los amores de un príncipe indio con una mujer blanca, que en quién sabe qué libro había leído.

¡Qué romántico!, pensó.

En un paraje el convoy hizo alto.

Viajeros y carreros, en cordial reunión, tomaron el desayuno, cambiándose sus respectivas provisiones.

Dirigiéndose a Lola Casanova y señalando con la mano una eminencia en la lejanía, un carrero que estaba de pie le interrogó:

—¿Ve usted aquel cerro?

Tras la respuesta afirmativa, agregó:

—Es el Cerro del Pardo. Antes les servía de divisadero a los yanquis y a los seris para vigilar este camino y caer sobre las caravanas.

—¿Eso era antes?—preguntó la muchacha.

Todos estaban pendientes de la conversación.

El carrero, que ya había visto muchas cosas en su vida, no quiso comprometerse, circunscribiendo el peligro de los asaltos a una época remota.

Pero no queriendo tampoco alarmar a la viajera, eludió así la contestación directa:

—Si los indios no están alzados, no hay peligro.

Estaba brillando en los ojos de la muchacha la emoción de una aventura que, como todas las que leyó en sus libros, no podía acabar mal.

Dando por supuesto que el carrero quería decir que no había ningún peligro, le requirió:

—¿Y por qué traen ustedes tantos rifles, que ni para desayunar los dejan?

—Por las dudas—fué todo lo que respondió.

A los carros, nuevamente.

Lola Casanova subió al suyo.

El convoy se puso en marcha.

Ella continuaba así un paseo que había de durar toda la vida.

¡Y qué vida!

Cruzaban por el punto llamado La Palmita.

Repentinamente, lo inesperado: el asalto.

Lola Casanova brincó del carro.

Sólo pudo dar unos cuantos pasos, y cayó desmayada.

Entre tanto ocurrió la lucha.

Los carreros se defendieron con sus armas de fuego, pero las certeras flechas de los seris lograron imponerse.

A lo lejos podía verse el convoy, ya en dispersión, y a los carros huyendo cada uno por su lado.

Al recobrar el conocimiento, Lola Casanova se encontró con un indio fuerte y semidesnudo, que portaba, como peluca, varias cabelleras ajenas (1).

Poseída de terror, intentó escapar.

El serí, entonces, se postró de hinojos a las plantas de ella, y le dijo en regular castellano:

—Yo soy Coyote-Iguana, rey de los seris, la nación más valiente y orgullosa del mundo. Tú eres la criatura más adorable que he visto. No te vayas. No quiero perder. Antes daría mil veces la vida. Te haré la reina de mis dominios. Poseo una isla llena de tesoros. Son tuyos. Afrontaré las tempestades y los peligros del mar para traerte las perlas más hermosas. Tus pies descansarán sobre pieles de leones, y con plumaje de aves haré la cuna de tus hijos...

Siguió hablando con entusiasmo, con pasión. De ella, de su reino, de su corazón.

Lola Casanova creía soñar.

Se levantó como automática.

Ni un blanco por el contorno. Sólo seris.

Se juntó a ellos, y, siempre como automática, insensible a todo y a todos, tomó la ruta de su salvaje destino (2).

¡Qué extraña vida la suya!

De la modesta posición social que guardaba entre la clase media a que pertenecía—relativa comodidad, desahogo económico, sencillez pero también civilización—había venido a parar al centro mismo de la barbarie.

Estaba reconstruyendo su drama.

Hasta la tibia arena de la playa, a sus pies, llegaban los mansos oleajes del mar en calma.

La humedad de la brisa lo penetraba todo.

La sentía en la mata misma de la maraña de su pelo, que en otro tiempo caía por la espalda, en dos gruesas trenzas, despertando la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres.

Siempre que recordaba la despedida de su padre, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ahora mismo, gota a gota, estaban juntándose con aquella otra agua salada que bañaba la costa, y que, con toda su inmensidad, no era más grande que su dolor.

Sobre todo, el abrazo, aquel abrazo largo, fuerte, apretado, que fué como un presagio del corazón paterno.

¿Por qué la dejó partir?, se preguntaba. ¿Porqué?

Se borraban de su memoria todos los demás recuerdos para dejar uno solo: aquel despertar, tirada en tierra, ante el serí gigantesco.

Y el terror que la paralizó, impidiéndole toda acción.

Vagas, imprecisas, como en un aturdimiento que era espanto, pavor, locura, las palabras del hombre desconocido que se postraba sumiso, en adoración, mientras en la meseta de El Palmito se dispersaba el convoy de carros, y viajeros y carreros huían a la desbandada.

No supo entonces lo que el serí le dijo.

Fué a comprenderlo, después, cuando, desvanecida la demencia, se encontró en camino con unos indígenas que llevaban perforadas las narices y las orejas, y, colgando de allí, piedras relucientes y conchas escogidas. Porque los vió hacer curiosos ademanes y gestos como de reverencia hacia su captor.

Volvió el espanto a enseñorearse de su espíritu.

Y el primero en quien pensó—siempre era el primero en quien pensaba—fué en su padre.

Aquel recuerdo de la despedida era la tortura de su alma.

¿Volvería a verlo?

Aquel adiós, ¿fué el último?

Aquel viaje que comenzó siendo un paseo, ¿acabaría en calvario?

¿Por qué la dejó partir? ¿Por qué, Dios mío?

A veces a pie y otras a caballo—siempre el jefe serí, amable, a su lado—, recorrió su propia calle de la amargura.

Hasta que le dijeron que había llegado a los dominios de su señor.

¿Qué sería de su vida en adelante?

Porque entonces se dió cuenta de que había dejado de ser Lola Casanova.

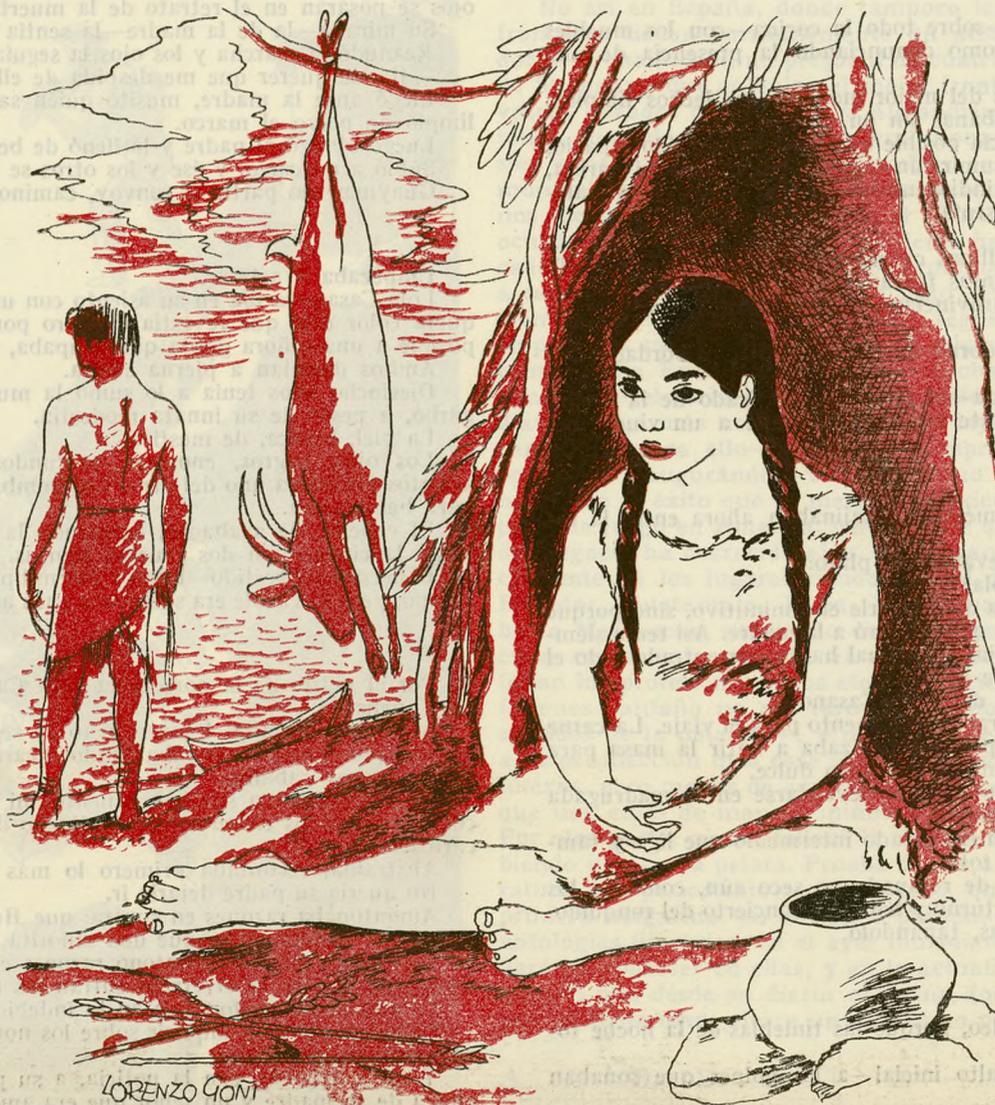
Ahora era—¿para siempre?—la mujer de Coyote-Iguana.

¿Quién era Coyote-Iguana, el temible y temerario ante cuya presencia se inclinaban los seris, y que ella sólo había visto humillado a sus plantas?

Lo fué sabiendo por él mismo y por las mujeres de la tribu, cuyo más preciado adorno eran unos enormes collares de conchas y semillas.

(1) Tenían los seris la costumbre de arrancar las cabelleras a los comanches que vencían en la guerra y, con ellas se adornaban la cabeza a guisa de peluca.

(2) El caso de Lola Casanova es histórico. Aquí figuran los datos esenciales de su vida, pero, bordando en torno de ellos, el autor se ha permitido algunas licencias.



LORENZO GONI

Coyote-Iguana no pertenecía a la tribu.
Sus padres fueron pimas.
En una de sus correrías, los seris incursionaron por la tierra de los pimas.
Hubo una batalla sangrienta.
En el campo quedaron, muertos, sus padres.
Y los seris regresaron con un niño cautivo.
Entre ellos creció.
Hábil y bravo, era el primero en los combates.
Un día escaló el mando supremo.
Ahora sus dominios se extendían sobre una faja costera y sobre la Isla del Tiburón, separada de la tierra firme por el Estrecho del Infiernillo, en el cual había otras islas también sometidas al imperio de Coyote-Iguana.

Diez meses duró la extraña situación de la cautiva.
Diez meses en que el recuerdo de los suyos era una obsesión que de día la angustiaba hasta el límite de toda fuerza humana, y que convertía la noche en un cruel delirio sólo cortado por el brusco despertar del sollozo.
Transcurrido ese lapso, dió a luz a un hijo de Coyote-Iguana.

Quiso conocer la historia de su tribu.
Únicamente de dos caudillos pudieron hablarle sus informantes, y ninguno de aquéllos se doblegó nunca.
De Ambrosio, muerto a traición.
Y de Alonso, que cayó víctima de una sorpresa.
Antiguamente la tribu llegó hasta Pópulo, cerca de San Miguel de Horcasitas.
Después se concentró en San Pedro de la Conquista (1).
Ahora—1854—la tribu ocupaba la costa de Tastiota y las islas que ella sabía.
No faltó, naturalmente, la queja contra el blanco.
Se quejaron de las persecuciones que sufrían desde tiempo inmemorial, destacando una infamia, frecuentemente cometida por los blancos, consistente en llevarse prisioneras, hasta muy lejos, a las familias seris que lograban capturar.

Un día se empeñó en que Coyote-Iguana la llevara a la Isla del Tiburón.
Alegó la necesidad de conocer a fondo aquella posesión de su reino.
No era ese el motivo verdadero. Quería alejarse de la tribu, y allá, a solas consigo misma, sacarse los secretos de su corazón.
El cacique se oponía, aduciendo que el tiempo no era propicio. Que había que esperar a mayo, cuando la estación de las lluvias hace menos inclemente el clima.
Naturalmente, venció la mujer.
Y en una imperfecta embarcación, sorteando bancos, restingos y escollos, atravesó el Canal del Infiernillo.
A sus ojos apareció la isla volcánica, desértica, que por toda vegetación tiene mezquites, paloblanos y cactus, y que en sus cerros exhibe pórvido de granito.
Iba recordando la leyenda de las fantásticas riquezas de la Isla del Tiburón (2), caminando por una vereda, cuando saltó, muy cerca, un ciervo colinegro, esbelto, ligero, coronado por la gran ramazón de sus cuernos.
Más adelante vió el correr montaraz de venados y coyotes.
Y arriba, dominando el panorama abrupto, palomas, muchas palomas.

En el extremo de la isla hizo que la dejara Coyote-Iguana, impulsándolo a visitar a los pequeños grupos de seris que habitaban la región.
Era un promontorio escarpado y rocalloso.
Allí se quedó, sola con su alma.
Y se planteó el salvaje problema: ¿Amaba a Coyote-Iguana?
En pro, la costumbre de la vida en común; su acomodo progresivo a la existencia de la tribu; la simpatía que el cacique había ido despertando en ella, trabajosamente, a base de atenciones y mimos, y, sobre todo, el vínculo más poderoso, el hijo de ambos.
En contra, negaciones y negaciones, y aquel grito que todavía se alzaba desde lo más profundo de su conciencia—cada vez con menos frecuencia y con menos intensidad—llamándola a la civilización y condenando la barbarie.
¿Cuál era en ella el barniz? ¿El de la civilización o el del salvajismo?
A veces sus meditaciones desembocaban en lo fatal.
Entonces le entraban ganas de resolverlo todo, arrojándose del último peñasco del promontorio para ir a perderse entre las olas que rugían allá abajo.
Finalmente se impuso el corazón: tuvo que confesarse que amaba a Coyote-Iguana.
A la bárbara declaración siguió un sentimiento de horror.
Sintió horror de Coyote-Iguana.
Sintió horror de sí misma.
Sintió horror de su amor.
La lucha interior la dejó extenuada.
Al reponerse se buscó por dentro una justificación. Creyó hallarla en la posibilidad—a su juicio factible—de civilizar a los seris, civilizando a Coyote-Iguana.
No advertía que en el intento—drama de tantos civilizadores frustrados—no serían los seris quienes fueran a ella, sino ella a los seris, es decir, a la barbarie.
A la barbarie que ya por todas partes la cercaba—hasta en su cara tatuada—

que ella misma, con su carne y con su dolor, ayudaba a perpetuar con el hijo que sería Coyote-Iguana II.

No era posible, pues, zarpar contra su trágico destino.
En adelante la Reina de los Seris iba a compartir con Coyote-Iguana y con sus súbditos la vida de los suyos, con todos sus peligros, lo mismo en las batallas que en los asaltos a los ranchos y a las caravanas.
Al principio le repugnaban las costumbres de los seris, sobre todo su glotonería y sus actos de salvajismo.
Lentamente se fué adaptando a su nueva vida.
Empezó por comer carne cruda, andar semidesnuda y recorrer grandes distancias. Igual que los seris, a quienes la gruesa piel de sus pies les permite ser magníficos corredores.
Ya no le parecían miserables las chozas de hojarasca, zacate y rama, sostenidas por cañas.

Aprendió a pescar tortugas y a engullir trozos inmensos, dejando al lado, como despojos, los carapachos.
Ya sabía sacar su jugo a la biznaga para saciar la sed, y podía distinguir unas plantas de otras, pasando de lado ante aquellas que tienen espinas y amargo sabor como defensa del vegetal frente al animal.
Con los suyos, es decir, con los seris, construía flechas para el combate y envenenaba sus puntas con la llamada yerba de la flecha.
También utilizaba el otro procedimiento. Aquel que consiste en matar una res, sacarle los hígados, meter éstos en una olla y echar allí, vivos, muchos ciempiés, tarántulas y otros insectos venenosos, para que, haciéndolos enojar, piquen el hígado y dejen allí su ponzoña. Aquella masa informe debía ponerse luego a corromper y en seguida bañar con ella la puntiaguda arma.

Con ellos adoró a la luna nueva, de rodillas, persignándose y haciendo genuflexiones.
Lanzando aullidos lloró con las mujeres a los seris muertos, de noche, porque de día a los hombres correspondía llorarlos.
Y participó en la ceremonia del adiós postrero, colocando los cadáveres entre ramas espinosas para que las aves de rapiña no se los comieran, y allí el sol los fuera secando.

Cuando el muerto era un niño, ayudó ella a sus padres en el corte de pelo hasta la raíz y en la pintura de la cara con color negro, en señal de duelo.
Y aprobó—ella, una criolla—la resistencia de los seris para cruzarse con otras razas, aún indígenas.
Todo lo supo y todo lo practicó. Hasta el pobre vocabulario seri, desprovisto en absoluto de términos de negación.
Entonces se borró el último vestigio de la criolla.
Ya se sentía, verdaderamente, Reina de los Seris.
Ya era una seri más.

Tan bello como su nombre era San Pedro de la Conquista.
Allá fué la Reina de los Seris.
Y luego a la ciudad de Hermosillo, graciosamente empinada sobre las faldas del Cerro de la Campana (1), cuyo pie baña el río de Sonora.
Nadie hubiera reconocido en aquella matrona seri, de rostro tatuado, que cubría parcialmente su cuerpo con pieles de alcatraz, a la señorita Dolores Casanova, delicada flor del jardín guaymense.
Y nadie la reconoció.
Ella pudo liberarse, huyendo, y volver así al seno de los suyos.
Pero los suyos ya eran otros: los seris.
En Hermosillo, adonde llegó a ir varias veces, divisó caras conocidas—una versión asegura que hasta se encontró con parientes que no adivinaron su identidad—, pero no quiso escapar porque su corazón no aceptó la renuncia al amor de Coyote-Iguana y al de los varios hijos que ya tenían.

Algunas sublevaciones aplastó Coyote-Iguana, todas originadas en la repulsa seri hacia la reina intrusa.
En una, finalmente, sucumbió por su amor.
Los rebeldes destrozaron el cadáver del cacique vencido y arrojaron los pedazos a los perros.

El espíritu de la venganza se apoderó de la reina viuda.
Luchó sin descanso hasta que colocó en el trono a su hijo mayor, Coyote-Iguana II.
Nueva rebelión seri, y con la misma bandera.
Y nueva derrota: Coyote-Iguana II cayó defendiendo a su madre.

Pero la constancia y la pasión por el desquite parecían ser las características de la reina seri.
Volvió a pelear con denuedo, hasta que Coyote-Iguana III—su hijo menor—asumió el poder.
De la madre había heredado el coraje. Lo demostró matando a todos los seris que se alzaron contra su hermano.
Bajo el reinado de Coyote-Iguana III murió la brava mujer.
Los seris, a la fuerza, rindieron los mayores honores a quien fué, en la vida civilizada, Lola Casanova.

(1) Hoy se llama villa o pueblo de Seris. Queda en las inmediaciones de Hermosillo. El Río de Sonora lo separa de la capital del Estado.

(2) La expedición Jones disolvió el encanto. Nada encontró de valor.

(1) "Le llaman así porque muchas de sus piedras, tocándolas con otras, suenan lo mismo que una campana" Noticias Estadísticas del Estado de Sonora, por José Francisco Velasco.—1850.



COMIC

NACI en Montevideo, República Oriental del Uruguay, el 8 de diciembre de 1922, y hasta los siete años padecí de todas las inclinaciones imaginables, menos de la de dibujante. Ahora, ¿que por qué mi inclinación al dibujo data de los siete años? Muy sencillo. A esa edad ingresé en la escuela.

Mis primeros monos fueron, pues, producto de las interminables horas de colegio, y como tal los cobraba a penitencia por mono. Lamentablemente, mi inclinación era sincera e insistí, y seguí produciendo monos, hasta llegar a lo de ahora.

(Después del colegio intenté seguir una carrera. Vano empeño. En eso, en cambio, no insistí; hasta llegar—en otra dirección que con los monos—a lo de ahora. Pero eso es asunto mío.)

Puede decirse que quien me inició en la verdadera técnica del cartón ilustrado fué un amigo de mi edad y ambiciones: Pepe.

—En todos los vicios siempre hay alguien que te inicie—me decía mi padre—. Donde haya un motivo para perder el tiempo, en eso has de estar.

¡Nobles palabras de aliento! Sin embargo, proseguí la lucha, y con la ayuda de Pepe empecé a bosquejar monos cada vez más pulcros y atildados.

De esa manera, si se quiere producto de un sano afán de contradicción, fué como se despertó mi vocación y nació mi arte.

Los primeros años fueron de intensa práctica. Como todo artista que se precie, estaba horrorizado con mis cartones y no me decidía a mostrarlos. El año pasado los di a luz y obtuve un remunerado primer premio (¡materialismo al fin!) en un concurso que organizó el diario "El País", festejando el cincuentenario de su fundación.

Tal afortunado suceso me sirvió de acicate, y empujado en seguir adelante, ideé una serie de cartones denominados "¡Qué pregunta!", que actualmente publica semanalmente *El Diario*, de Montevideo. Siete cartones de la misma serie tengo el honor de que los publique hoy la página humorística de MUNDO HISPANICO.

Heme ahora, pues, en el sendero tantas veces soñado.

Esto es tan bello, que quisiera que Pepe lo viera. Pero desconozco su paradero... Y hablando de Pepe, recuerdo la última vez que lo vi, hace algunos años. Parecía no encontrarse nada bien. (Pepe tiene una sola virtud: es muy afecto a la bebida.)

—Voy a dejar de beber—me dijo.

—¿Qué te sucede, querido? ¿Te pateó el hígado?

—No. Me pateó el viejo...

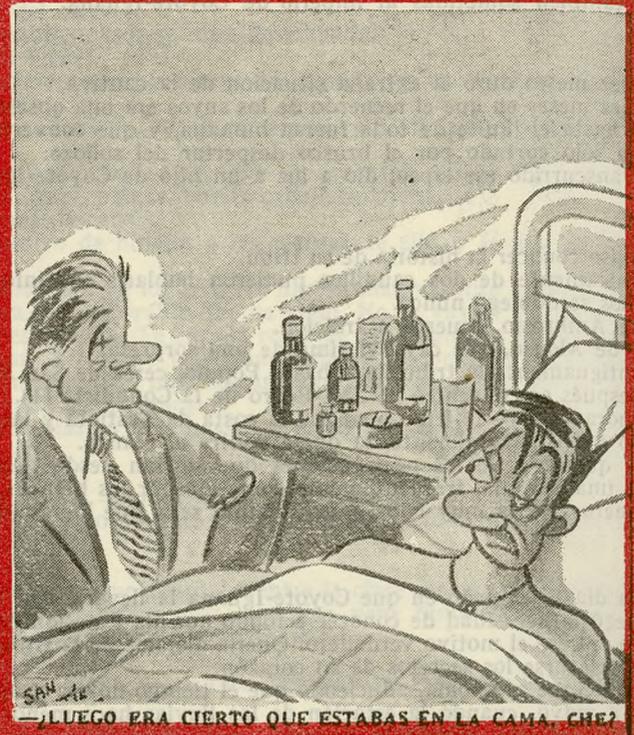
En fin.

Pero esto es harina de otro costal; de modo que hechas las presentaciones, un apretón de manos, una sonrisa y a otra cosa...

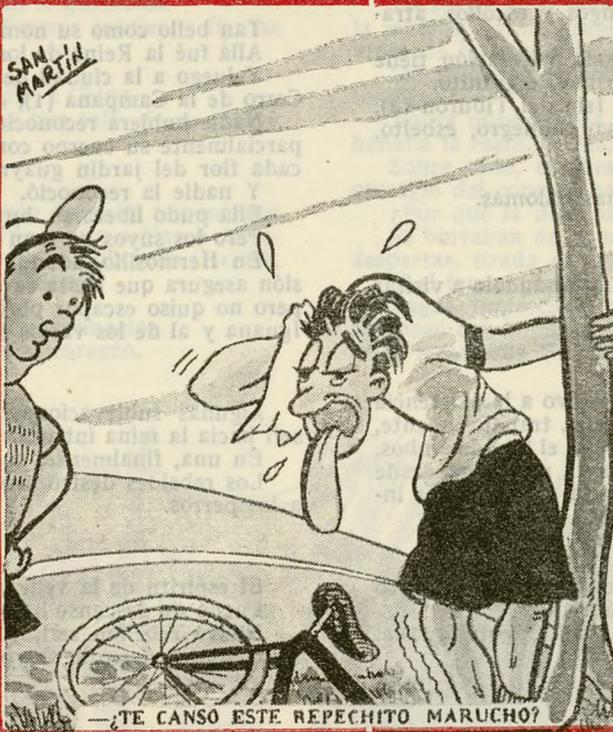
Octavio Lezama
21-VII-49



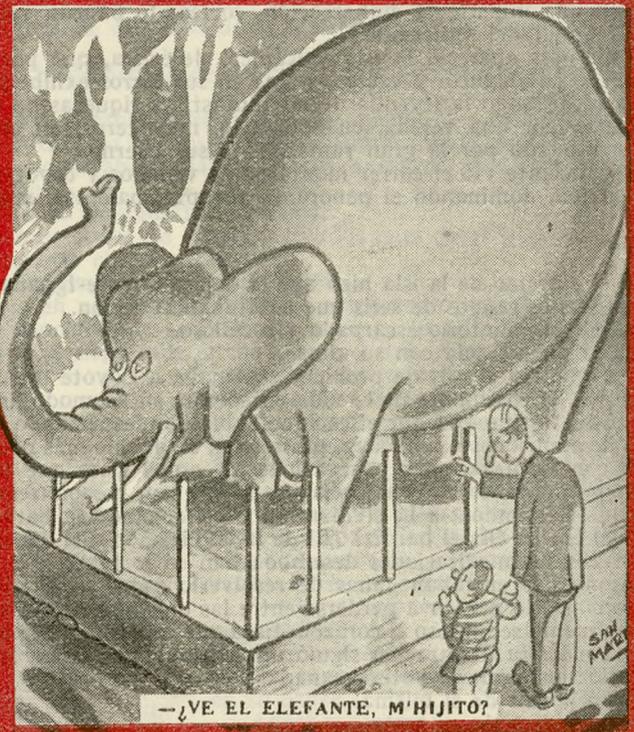
—¿QUE LE PASA?... ¿LO MOLESTO?



—¿LUEGO ERA CIERTO QUE ESTABAS EN LA CAMA, CHE?



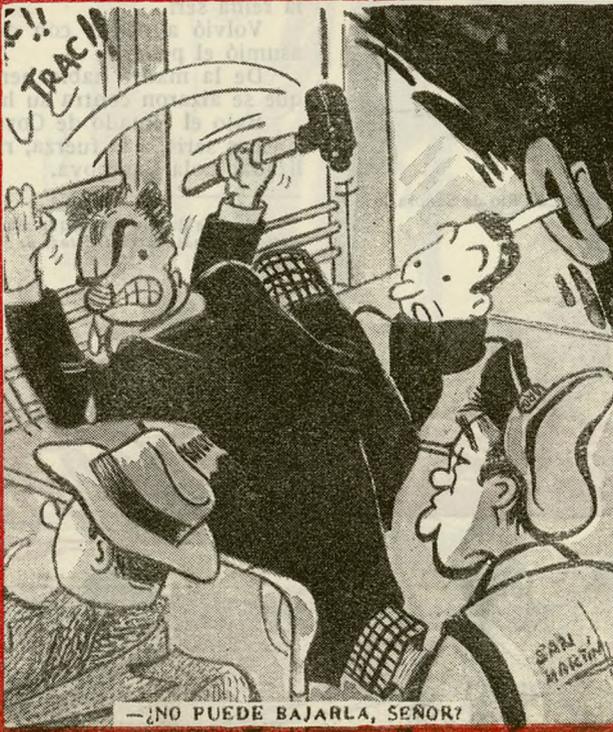
—¿TE CANSÓ ESTE REPECHITO MARUCHO?



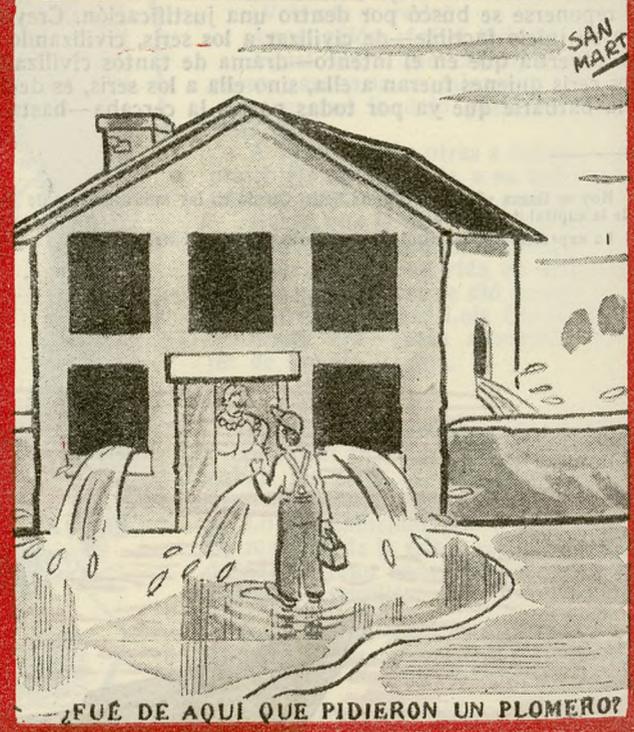
—¿VE EL ELEFANTE, M'HIJITO?



—¡AY, QUERIDO! ¿TE MOJÓ EL CHAPARRÓN?



—¿NO PUEDE BAJARLA, SEÑOR?



—¿FUÉ DE AQUI QUE PIDIERON UN PLOMERO?

LA VIDA EN UNA CARTUJA

Por ESTEBAN FERNANDEZ

El misterio y la silenciosa intimidad de los que voluntariamente han renunciado al mundo y celebran con gozos la llegada de la muerte, revelado en este trabajo, en verdad impresionante, de un periodista español, especialmente autorizado para visitar la Cartuja de Miraflores (Burgos).



A ha sonado la campana monacal y, a los pocos segundos, el hermano portero abre la puerta. Tal vez este hermano fué un humilde labrador que ahora cultiva flores en el jardín del atrio de la iglesia; pero no es mayor sorpresa encontrar en él al abogado célebre, al poliglota culto, que disimula su ciencia, o al viajero incansable de mares y mundos pintorescos que dió con la dulce nave de sus sueños y en ella quiere hacer el viaje de la eternidad.

El futuro monje guarda un breve compás de espera mientras se pasa recado al padre prior para anunciarle la visita.

Tras esto, un monje le acompaña a la celda que le ha sido designada y en ella le lava los pies. Con esta ceremonia simbólica se le da a entender que desde aquel instante debe sacudir de sí el polvo del mundo y desechar todo recuerdo del pasado, para empezar una vida nueva consagrada a la piedad y a la propia santificación.

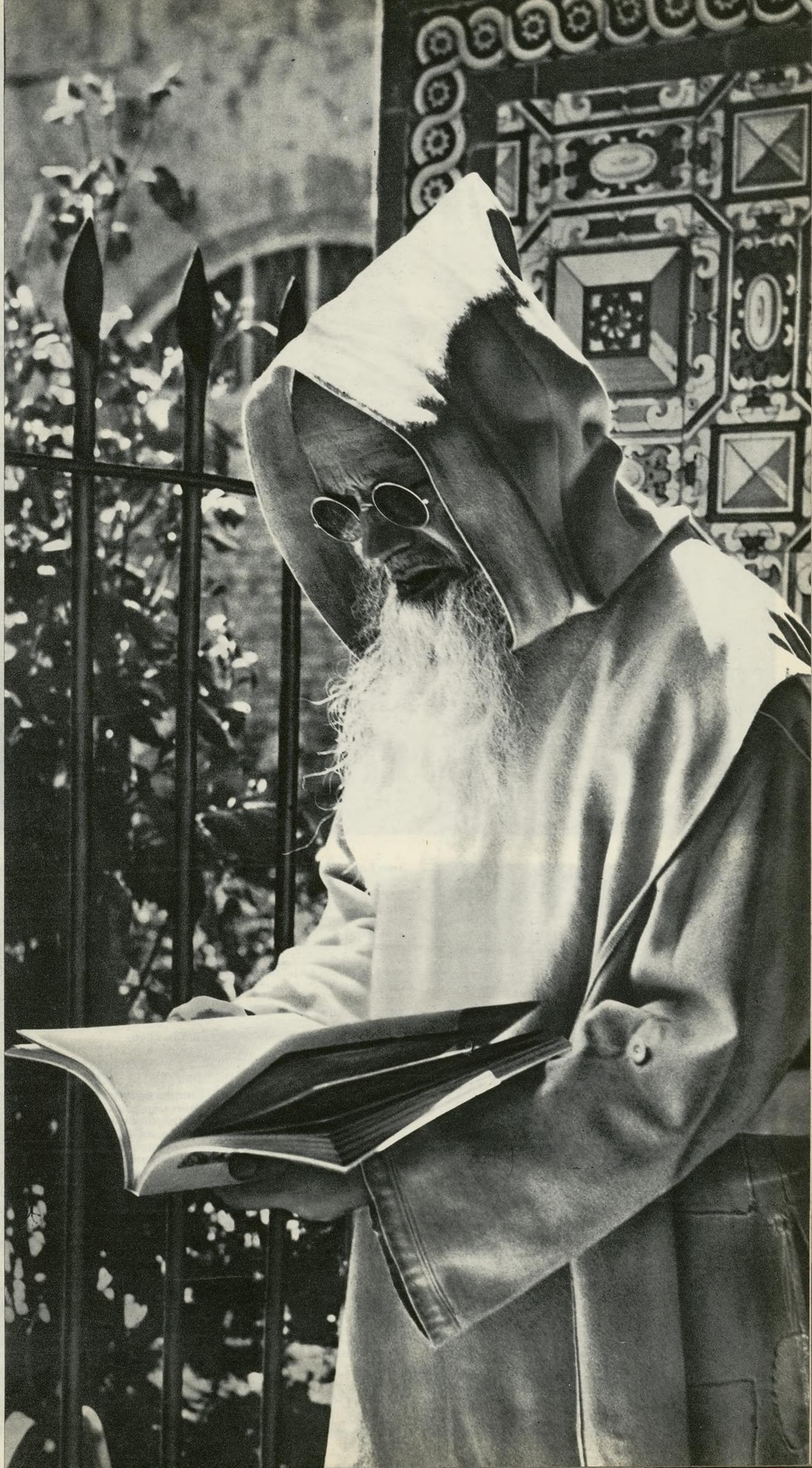
GOZO Y DOLOR DE LOS PRIMEROS COMBATES

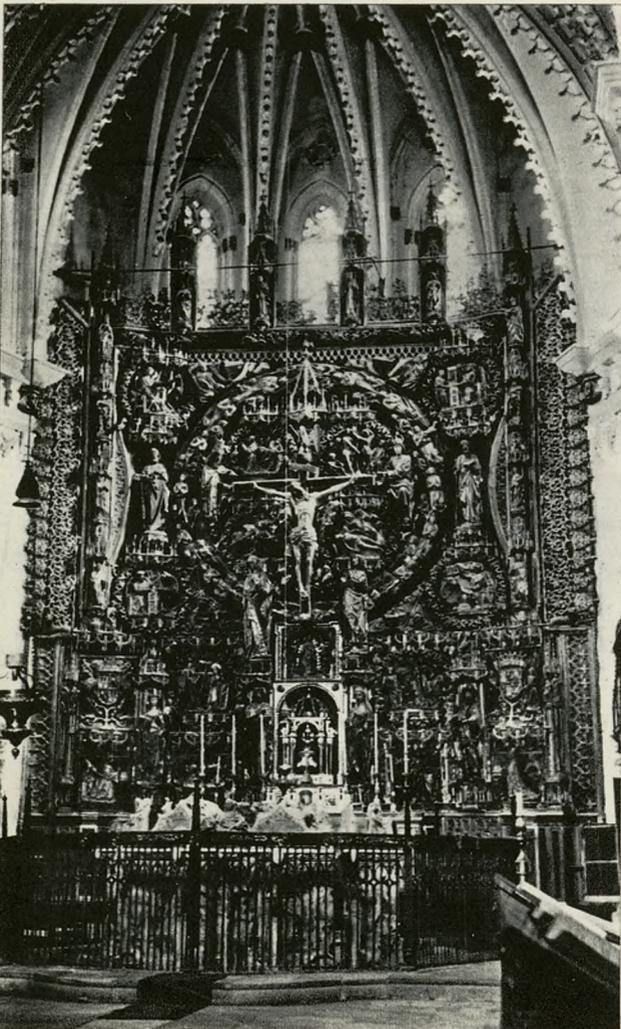
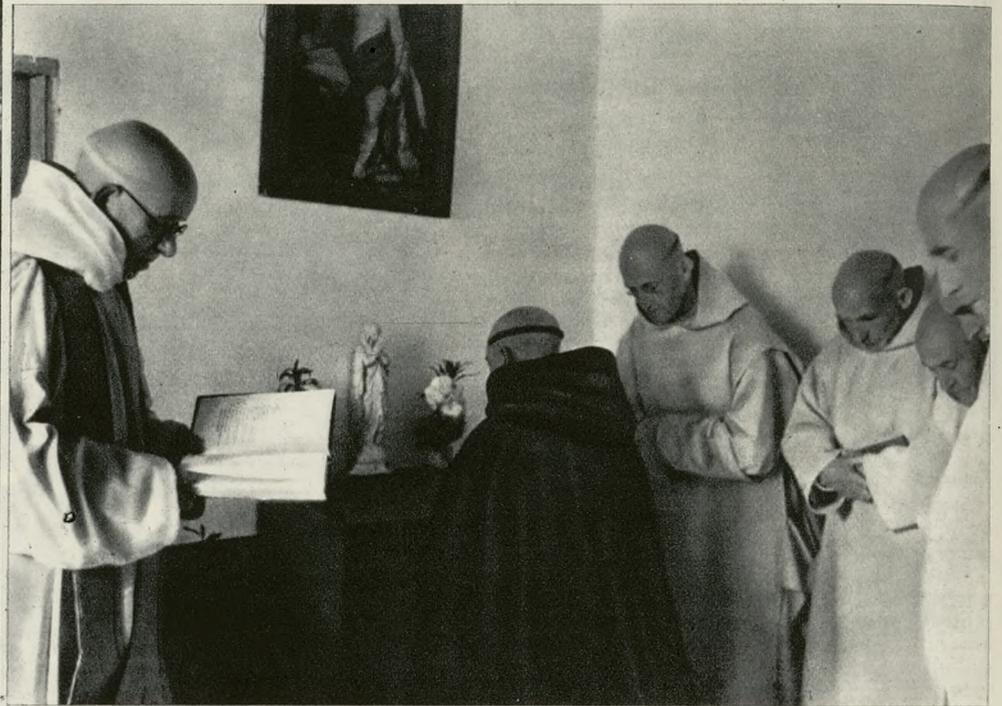
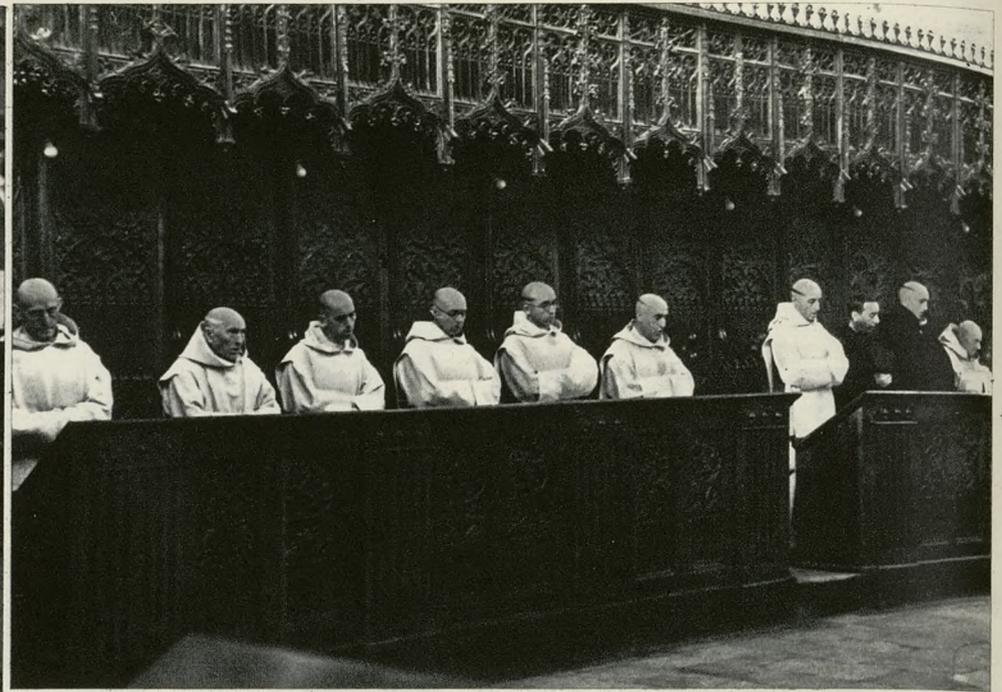
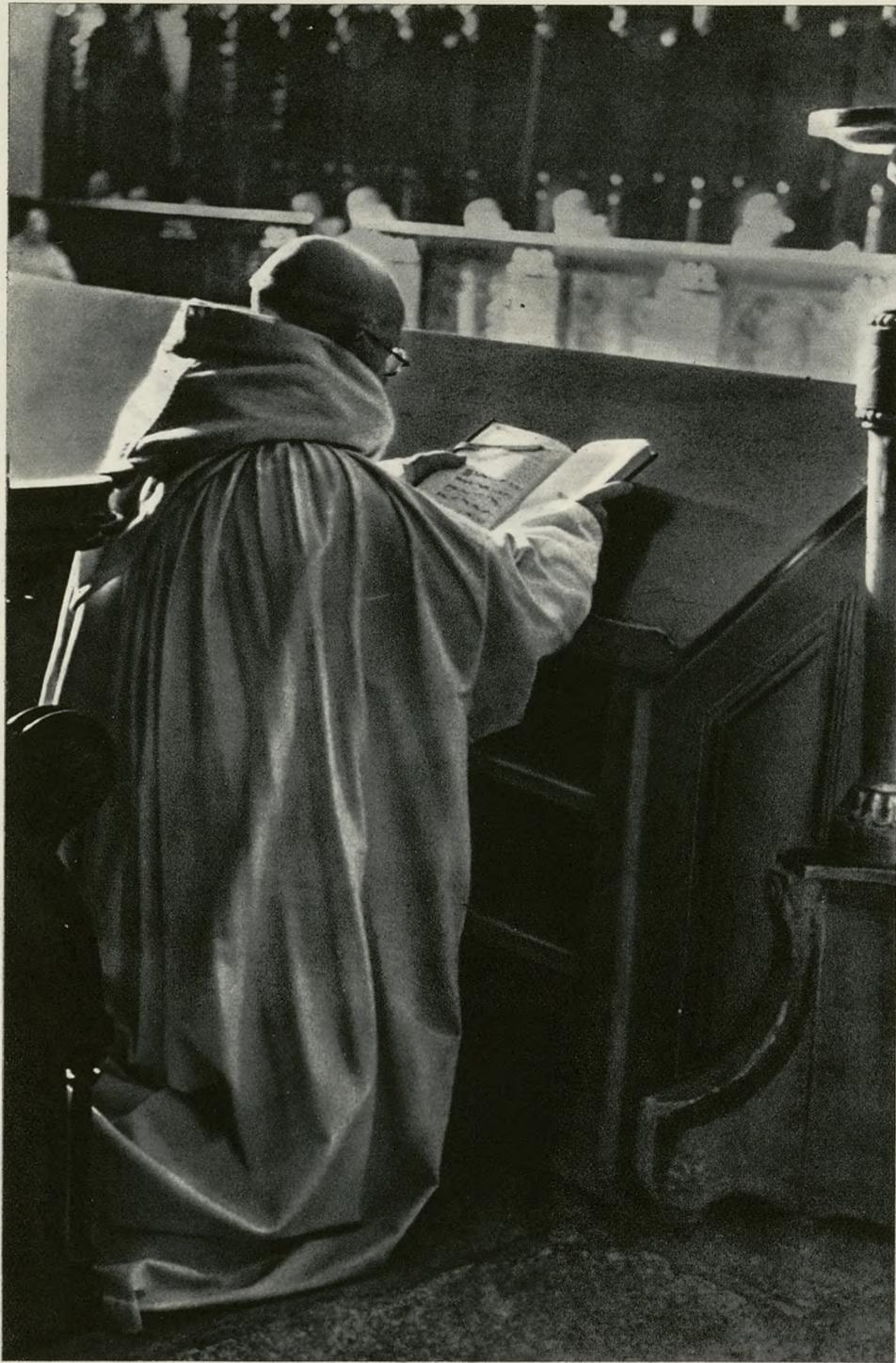
Después de esta escena íntima y emocionante, se adivinan los más fuertes asaltos contra la vocación: la soledad, el silencio, los muros de la celda y las tapias del jardín que hacen breve el horizonte, pero que no tienen virtud suficiente para cerrar el paso a los recuerdos, que entrarán en tropel y con más vehemencia que nunca para golpear el corazón del que acaba de renunciar al mundo; todo esto se ve caer como nube de pesadumbre capaz de derribar al héroe en el principio de la jornada. Pero está despierto el ángel de la luz y frente a estos ataques violentos desenvaina la espada de su poder. En la soledad habla Dios al corazón. El genio trabaja en el silencio. Cuanto más breve es el horizonte del mundo, más se fija la mente en la inmensidad de los cielos, destino eterno del hombre.

«El que quiere a su padre y a su madre más que a Mí, no es digno de Mí. Sólo con violencia se conquista el reino de los cielos...»

ASI ES LA CELDA

La celda es amplia y espaciosa, y mejor que celda le cuadraría el nombre de casita, en la que el cartujo encuentra todo lo necesario para vivir. Se compone de planta baja y primer piso con dimensiones aproximadamente iguales. En la planta baja, que sirve como de vestíbulo, están la sala llamada del Ave María, porque siempre que el cartujo entra en la celda ha de rezar arrodillado ante la imagen de la Virgen, el Ave María; el comedor, sin otro mobiliario que una silla de pino sin barniz alguno y un armario adosado a la pared, donde se guardan los cubiertos de madera, y cuya tapa, al girar sobre las bisagras colocadas en la parte baja y abrirse de arriba a abajo, se transforma en mesa de comedor. También se guarda en este armario una tablita con la inscripción «Abstinencia», que sirve para indicar que siempre que esté puesta en el ventanillo por donde se introduce en la celda la comida,





ésta habrá de quedar reducida, exclusivamente, a la ración de pan. Y son muchos los días, unos porque lo manda la regla y otros por devoción, en los que el cartujo doma la carne con estos ayunos rigurosos.

En la planta superior, que constituye la celda propiamente dicha, y en la que el monje pasa la mayor parte del tiempo, están el lecho, que consta de un jergón en tosco catre de madera y de las mantas necesarias; el reducido oratorio donde hace oración y dice sus rezos, y la mesa de estudio con su estante de libros. Dependencias de la celda son, el taller donde cumple diariamente con la ley del trabajo, y el jardín donde

«siembra, transplanta, aliña, cava, y en cada florecilla a Dios alaba».

QUE HACEN LOS CARTUJOS Y COMO DISTRIBUYEN EL TIEMPO

En la Cartuja empieza el día cuando acaba en las demás partes; de ahí que los monjes den principio a su trabajo cuando los demás se entregan al Descanso. Después de cuatro horas de sueño, el cartujo se levanta a las once de la noche y comienza sus rezos en la celda, hasta que la voz de la campana le llama a la iglesia para cantar los maitines y laudes del oficio canónico. Esta es la hora más emocionante de la vida en la Cartuja, porque en la quietud y silencio de la noche aumenta la armonía y la majestad del canto, cobra relieve la poesía inagotable de los salmos, al narrar, de un modo admirable, la historia de la misericordia de Dios y la monstruosa ingratitude de la humanidad, y en ellos encuentra el cartujo el alimento de su vida espiritual. Los rezos se prolongan hasta las dos de la madrugada, hora en que regresan a la celda para continuar rezando en ella el oficio de la Virgen y hacer otras devociones que por recomendación de la regla no prolongarán con exceso. Y se acuestan hasta las seis menos cuarto para reanudar nuevamente la oración, primero en la celda y después en la iglesia, y nuevamente en la celda, hasta las diez de la mañana. De diez a once, lo dedican a trabajos manuales y hacen a continuación la única comida, si no es día de ayuno.

Magnífico retablo del Altar Mayor, en la Cartuja de Miraflores.

Después de comer principia el recreo, siempre dentro de la celda, que dura hasta la una, en que comenzará el estudio. De dos a tres menos cuarto harán nuevamente trabajo manual de taller de carpintería o confeccionando los famosos rosarios que conservan perpetuamente el perfume de las rosas que se deshojan en el jardín. Vuelven de nuevo a sus rezos en la iglesia y en la celda, hasta las cinco y media en que tomarán la colación, y que suele consistir en un poco de pan y algo de fruta que reservaron de la comida. A las seis y media es la hora de acostarse, pero antes las disciplinas habrán de marcar huellas sobre la carne flaca, mientras resuena el eco compasivo del salmo «Miserere».

Si después de ver este horario el alma cae en una compasión pesimista, es que estas líneas no han sido leídas a la luz clara y serena que refleja la mirada de los monjes cartujos ni al borde de la «senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

El horario y plan de vida de la Cartuja tienen cortas excepciones. Figuran entre éstas, el paseo semanal, la comida en comunidad los días de fiesta, y un breve recreo semanal, durante el que pueden hablar los monjes entre sí.

Las ceremonias más impresionantes son la toma de hábito, que suele hacerse después de un período de prueba que oscila entre uno y seis meses, y el entierro de los monjes, que es el acontecimiento celebrado con gozo en las Cartujas.

EL HABITO SE CONCEDE POR MAYORÍA DE VOTOS

Para conceder el hábito al aspirante a cartujo ha de proceder una votación en la que toman parte todos los monjes profesos de votos solemnes, y si la mayoría de votos le ha sido favorable, puede presentarse ante toda la comunidad reunida en la sala capitular. Entonces, postrado en el suelo, se entabla este diálogo entre él y el prior:

- ¿Qué pides?
- Misericordia.
- Levántate.
- Ruego y suplico que, por amor a Dios, se me admita como el más humilde servidor de todos, a la



prueba del noviciado bajo el hábito monacal, si a ti, venerable padre, y a los demás venerables padres os pareciere bien.

—¿Te parece que podrás soportar la rigidez de una vida tan austera?

—Así lo espero, fiado en la misericordia de Dios y en las oraciones de los padres.

—De parte de Dios y de la Orden, de parte mía y de la de mis hermanos aquí presentes, te admito entre nosotros, y te advierto de paso que antes de la procesión serás dueño de salir el día que te plazca como lo seremos nosotros de despedirte si —lo que Dios no permita— tu comportamiento no nos satisficiese.

A continuación da el novicio un abrazo de paz a todos los hermanos y se completan estas ceremonias con la procesión a la celda para darle posesión de ella y renunciar allí al nombre, que es lo único que le quedaba del mundo.

EL ENTIERRO SE HACE SIN ATAUD

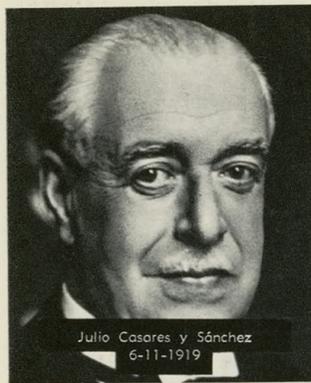
La comunidad en pleno no volverá a traspasar los umbrales de aquella puerta hasta que llegue la hora de administrarle los últimos Sacramentos y de acompañarle al cementerio, «la casa de la eternidad», donde, siguiendo el turno, se reunirán algún día todos los silenciosos habitantes de las celdas cartujanas, para esperar la resurrección de los justos, a la sombra de toscas cruces de madera, pintadas de negro, y sin inscripción alguna que recuerde el nombre del héroe que labró la santidad con silencio y penitencias. El entierro se hace sin ataúd para guardar el voto de pobreza hasta la oscuridad del sepulcro y dar castigo a la carne hasta después de muerta. En los entierros de los cartujos la tierra cae sobre el hábito blanco y no hay lágrimas en el cortejo fúnebre, porque, en la interpretación cristiana de la muerte, encuentran anticipado el gozo de la resurrección..

NO SON SUICIDAS

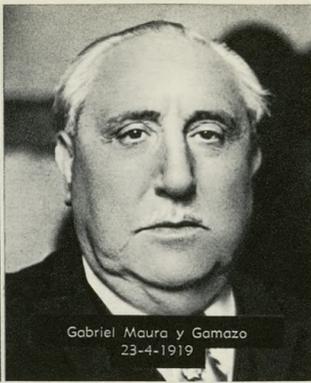
Socialmente cumplen los cartujos una misión elevada con el apostolado de la oración, el apostolado de la pluma y el de la limosna. La Orden cartujana ha tenido teólogos, escrituristas y poetas eminentes que han escrito cerca de cuatrocientos tratados sobre la Virgen, a pesar del poco tiempo que les deja libre para el estudio el riguroso horario a que tienen sujeta la vida. Y los rigores extremados de la regla no atentan contra la salud, siendo prueba convincente de ello la longevidad que llegan a alcanzar la mayoría de los monjes: Urbano V intentó mitigar la dureza de la regla por estimar que con su observancia atentaban contra la salud, y veintisiete monjes, el más joven de ochenta y ocho años, fueron a postrarse humildemente a los pies del Pontífice para suplicarle que desistiera del intento.

Detalle del monumento sepulcral a los fundadores de la Cartuja.





Julio Casares y Sánchez
6-11-1919

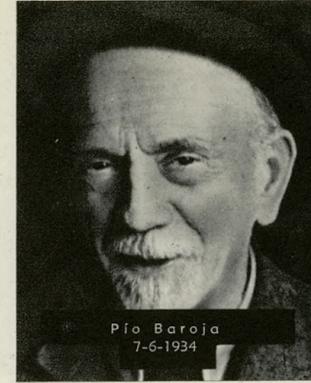


Gabriel Maura y Gamazo
23-4-1919

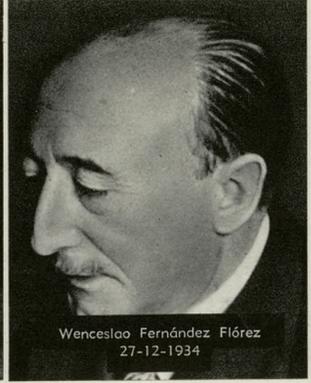


Ramón Menéndez Pidal
21-3-1901

EL LABORATORIO de la LENGUA CASTELLANA



Pío Baroja
7-6-1934



Wenceslao Fernández Flórez
27-12-1934



José María Pemán
26-3-1936

42 SEÑORES GOBIERNAN EL IDIOMA QUE HABLAN 150 MILLONES



Los caminos van a Roma, y a Compostela se llega sólo por el Camino de Santiago, que no es otro—de Este a Oeste—que la Vía Láctea. Entre aquella pluralidad y esta singularidad, a la Real Academia Española, que es la de la Lengua, puede llegarse por varios caminos, aunque ningún refrán exprese, de momento, el número. Quizá estén creyendo las gentes que el más seguro es el de escribir buenos libros de literatura—novela, teatro, poesía—y el de adquirir cierta resonancia intelectual; pero no es así, totalmente.

En principio, la Academia Española pudo ser como un cuerpo de literatos y de eruditos de las letras; pero la vida actual ha planteado a la Real Corporación una serie de problemas que, en gran parte, arrancan del siglo XIX y sus descubrimientos técnicos y científicos. La medicina, la ingeniería—del hormigón armado a los motores trifásicos—y la química, cada cual con sus importantes hallazgos, han invadido todas las zonas sociales y hasta las cabañas familiares. Esto exige la utilización de un léxico especial, nuevo y contundente. Esto exige, en suma, la ampliación de nuestro vocabulario, la ampliación del limitado repertorio de vocablos con que el hombre se bastaba, hasta entonces, para comunicarse con sus semejantes.

Así, a la Academia llegan, y la Academia los acepta, cuando ya están aceptados por las multitudes parlantes, muchos vocablos: «chófer» o «restaurante»... Pero ¿quién ha de informar sobre la aceptación de «chófer»? ¿El literato o el ingeniero?

La Real Academia Española tiende a la matización de su cuerpo, incrustando entre el poeta y el novelista, un químico; entre el filósofo y el dramaturgo, un catedrático de Medicina... De otra parte, una zona amplísima y fundamental de la bibliografía y de la cultura de un pueblo está expresada, sobre todo en el siglo XX, por los libros científicos. Y en el caso de España, los respectivos especialistas contaban con insoslayables dificultades—falta de léxico autorizado—para traducir al castellano la aportación extranjera.

A la Academia Española no se llega tan sólo por un camino.

Cuando se ingresa en la Academia, se tiene un sillón. Puede decirse también del revés: cuando se tiene un sillón, se es de la Academia, siquiera existan algunas excepciones que se detallarán más adelante. En total, los académicos son hoy cuarenta y dos, o debieran serlo, en tanto que sólo existen treinta y seis sillones. Cada sillón corresponde a una de las letras del alfabeto castellano: desde la «A» hasta la «Z», en mayúsculas, y desde la «a» hasta la «z», en minúsculas. (Entre las letras mayúsculas no tienen sillón la «LL», la «N», la «W» y la «Y».) Cada académico ocupa por vida el mismo sillón, aunque la historia de la Academia registra ciertos traslados de silla, cuyos motivos desconocemos. Cuando se produce una vacante, la provisión se convoca por anuncio que publica el «Boletín Oficial del Estado», y el cónclave selecciona, por votación, al nuevo académico. Este lleva entonces la coletilla de «electo» hasta el mismo instante en que cubre el protocolo, leyendo en sesión solemne—chaquet y condecoraciones; casi siempre en domingo, a la tarde—su discurso de ingreso. Desde ese momento, el académico deja de ser «electo» para convertirse en académico de número. En académico, a secas. En aquella sesión solemne, el «electo» es introducido en la sala por otros dos

académicos—uno a cada costado—. El «electo» saluda primero al presidente ceremoniosamente, y después, dócil, se deja conducir hasta el estrado desde donde ha de leer su discurso.

En 1947 no ha habido recepciones; en 1948, leyeron sus discursos de ingreso Dámaso Alonso, poeta y maestro de filólogos—catedrático de Filología en la Universidad de Madrid—, y Gerardo Diego, también poeta, poeta siempre, y catedrático de Literatura. En enero de 1948 fueron elegidos académicos don José María de Cossío, crítico y ensayista, que ocupa el sillón que dejó vacante don Eduardo Marquina, y González Anaya, novelista malagueño, que ocupa el de Benavente. (Benavente ha pasado a académico de honor.) Tanto Cossío como González Anaya han leído ya sus discursos. En cambio, no los han leído aún: Ramón Pérez de Ayala—electo en 1928—, Pedro Sainz Rodríguez—1938—, Rafael Sánchez Mazas—1940—y Eugenio Montes—1940—. Parece ser que Pérez de Ayala, actualmente en España, lo leerá en el inmediato otoño. Asimismo, en los próximos meses leerá el suyo Eugenio Montes, que lleva un año esperando a que otro Eugenio—d'Ors—termine el discurso de contestación.

Los sillones de la Real Academia Española están hoy ocupados por los siguientes señores (y señalamos entre paréntesis, por orden inverso al cronológico, los nombres de los académicos que anteriormente disfrutaron de los sillones respectivos):

«A».—Vicente García de Diego, catedrático de Latín. (Bonilla y San Martín, Mariano de Cavia, Juan Menéndez Pidal, Luis Pidal, Agustín Pascual, Severo Catalina, Eugenio de Tapia, Eugenio de la Peña, Antonio Távira, Marqués de la Regalía, Tomás Pascual de Azpeitia y el Marqués de Villena.)

«B».—Narciso Alonso Cortés, catedrático de Literatura. (Ricardo León, Eduardo Saavedra, Bretón de los Herreros, Conde del Montijo, Bucareli, Agustín Silva, Meléndez Valdés, J. J. Flórez, Uriarte de la Hoz, F. Capilla, Vicente de los Ríos, Trigueros, García de Montoya, Jacinto de Mendoza y Juan Ferreras.)

«C».—Ramón Pérez de Ayala, novelista. (Vázquez de Mella, Fernández Grilo, J. María Asensio, Colmeiro, Cristino Martos, Antonio Benavides, González Bravo, Martínez de la Rosa, Lardizábal, Francisco Angulo, Andrés Fernández Pacheco, Rodríguez Castañón y Alvarez de Toledo.)

«D».—Vacante. (Alcalá Zamora, Francos Rodríguez, Jacinto Octavio Picón, Castelar, Monlau, López Cepero, Fernández Navarrete, Enrique Ramos, Magallón, Ventura de Prado y A. González Barcia.)

«E».—Juan Ignacio Luca de Tena, dramaturgo y periodista. (J. Alvarez Quintero, Ortega Munilla, Campoamor, Castillo y Ayensa, Ranz Romanillos, Pedro R. de Campomanes, Marqués de Montehermoso, I. de Luzán, Ustáriz e Interián de Ayala.)

«F».—Emilio Fernández Galiano. (Ignacio Bolívar, Gómez de Baquero, J. A. Cavestany, Cayetano Fernández, Ventura de la Vega, Musso y Valiente, Beltrán de Caicedo, Valbuena, Samaniego, Martiano y Luyando, Carlos de la Reguera, L. de Cardona y P. Bartolomé Alcázar.)

«G».—José María de Cossío, escritor. (Eduardo Marquina, Novo y Colson, Emilio Alcalá Galiano, Patricio de la Escosura, González Arnao, Pérez Villamil, J. A. Conde, Tomás A. Sánchez, P. Carrasco y P. José Casani.)

«H».—Federico García Sanchiz, charlista. (S. Alvarez Quintero,

Segismundo Moret, Asenjo Barbieri, P. A. de Alarcón, De la Puente, Zorrilla—no tomó posesión—, Alberto Lista, Munárriz, Iriarte, Pérez Pastor, Chindurza, Pedro González, Serrano Varona, Fajardo y Donago Barnuevo.)

«I».—Gerardo Diego, poeta y catedrático de Literatura. (Blas Cabrera, Ramón y Cajal, Juan Valera, Jerónimo del Campo, Diego Clemencín, Berquiza, G. de Montoya, Torrero y Marzo y Marqués de San Juan.)

«J».—Julio Casares, escritor y lingüista, secretario perpetuo de la Real Academia Española. (González Besada, Herranz y Gonzalo, L. A. de Cueto, Quintana, Vicente de Vera y Duque de Montellano.)

«K».—Gregorio Marañón, polígrafo, médico y catedrático de Endocrinología. (Armada y Losada, Fernández de Béthencourt, Mellado y Fernández, Pérez Pastor, Francisco Silvela, Roca de Togores, Arriaza, Vargas Ponce, Porlier, Duque de Villahermosa, Mata Linares y Squarzafigo.)

«L».—Eugenio Montes, periodista, escritor y catedrático de Filosofía. (Maeztu, Muñoz y Manzano, Fr. Ceferino González, Zorrilla, Cavada, Duque de Frías, Silva Bazán, González Arnao—pasó a la silla «G»—, Guevara Vasconcelos, Duque de Medinasiona, De la

Huerta y Vega, Villegas y Oyarvide, Suárez de Figueroa y Cónink.)

«M».—Vacante. (Salvador de Madariaga, Gutiérrez-Gamero, Commellerán, Aragón y Azlor, Corral y Oña, Cutanda, Conde de Quinto, Duaso, Ramírez Alamanzón, Duque de Almodóvar, J. Puig, A. Gaspar de Pinedo, Perea y Villademoros.)

«N».—Francisco Javier Sánchez Cantón. (Manuel Machado, Torres Quevedo, Pérez Galdós, Galindo y de Vera, Olózaga, Saavedra Meneses, E. María del Valle, Ramón Cabrera, J. A. Conde, Conde de Castañeda, García de la Huerta, Rada y Aguirre, F. A. Zapata y Bacallar.)

«O».—Vicente Aleixandre, poeta. (Llanos y Torriglia, Salvador Bernúdez de Castro, Ribera y Tarragó, Paláu, Ferrari, Tamayo y Baus, González Cabo-reluz, García de Arrieta, Chimioni, Manuel Abella, Bazán de Silva, Duque de Alba, Carvajal y Lancaster, Diego de Villegas y Quevedo y Gonzalo Machado.)

«P».—«Azorín», escritor. (José Martínez Ruiz, Navarro Reverter, Miguel Mir, García Gutiérrez, Gil y Zórate, A. J. Mestre, Flórez Conseco, I. de Hermsilla, A. Verdugo y Jerónimo Pardo.)

«Q».—Rafael Estrada y Arnaiz, historiador y marino—almirante—. (Linares Rivas, Ugarte, Fidel Fita, Fernández y González, Antonio Arnao, Ferrer del Río, Juan Nicasio Gallego, A. Porcel, Martín de Ulloa, J. López Pacheco y M. López Pacheco.)

«R».—Luis Martínez Kleiser, escritor. (Díez-Canedo, López Valdemoro, Aguilera y Gamboa, Canalejas, Dacarrete, Fábri, Rodríguez y Díaz, R. María Baralt, Donoso Cortés, Javier de Burgos, José de Carvajal, Ramón Cabrera—pasó a la silla «N», Mateos Murillo y Juan Curriel.)

«S».—Wenceslao Fernández Flórez, novelista y periodista. (Alemany y Bolufer, Liniers, Cañete, Barón de La Josa, Martínez Marina, José Vela, T. de Aguirre, Montes y Corral y Luis Curriel.)

«T».—Manuel Gómez Moreno, arqueólogo. (Gomá y Tomás, Unamuno, Sandoval, E. de Hinojosa, Núñez de Arce, Ríos y Rosas, J. J. Mora, Balmes, Torres Amat, Demetrio Ortiz, Téllez Girón, J. M. de Flores, I. de Ceballos, Hurtado de Mendoza, Acebedo y Jaime de Solís.)

«U».—Leopoldo Eijo, obispo de Madrid-Alcalá. (Antonio Maura, I. Fernández Flórez, García Ayuso, Silvela, Seoane, Pérez Caballero, L. de Carvajal, Alvarez de Cienfuegos, Conde del Carpio, Bails, Montealegre y Andrade y Manuel de Fuentes.)

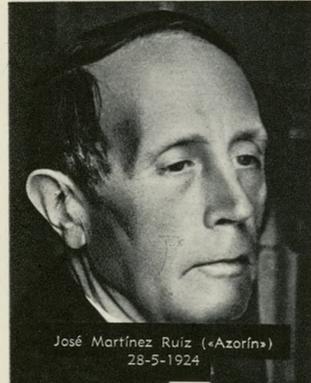
«V».—Emilio García Gómez, escritor y catedrático de árabe. (Antonio Machado, Echegaray, Pidal y Mon, Conde de Guenduláin, González Carvajal, Jovellanos, Arias Dávila y Villegas Piñateli.)

«X».—Rafael Sánchez Mazas, escritor y periodista. (Marqués de Gerona, Fernández-Guerra, Jerónimo de la Escosura, Villanueva, Rejón de Silva, Aravaca, P. Velasco, Nasser, Pellicer, Bustillos y Azcona y Verdugo de Albornoz.)

«Z».—Agustín González de Amezúa, erudito. (Rodríguez Carracido, Benot, Cándido Necedal, Revilla, F. A. González, Pedro de Silva, J. de Iriarte, Gutiérrez de Valdivia y Escotti de Agoz.)

«a».—Pío Baroja, novelista. (Cano y Masas, Hernández y Fajarnés y Pazuela y Ceballos.)

«b».—Ramón Menéndez Pidal, catedrático de Filología



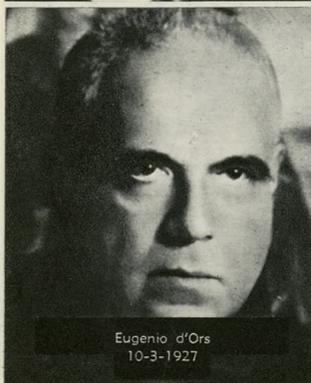
José Martínez Ruiz («Azorín»)
28-5-1924



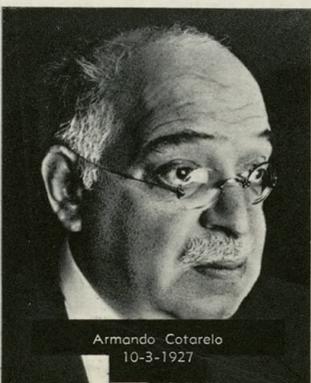
Leopoldo Eijo Garay
11-2-1926



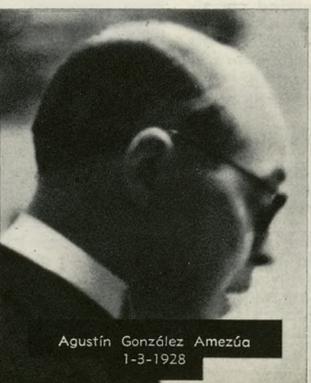
Vicente García de Diego
18-3-1926



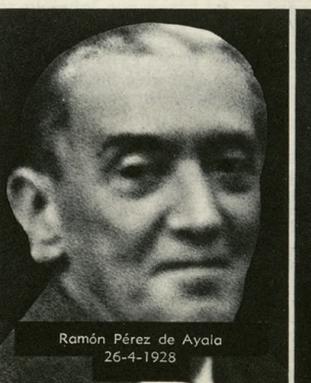
Eugenio d'Ors
10-3-1927



Armando Cotarelo
10-3-1927



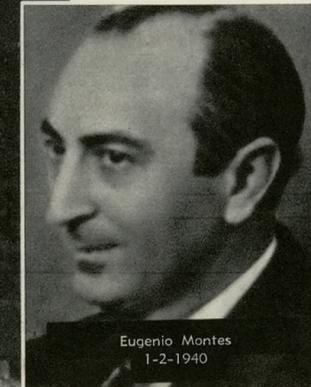
Agustín González Amezúa
1-3-1928



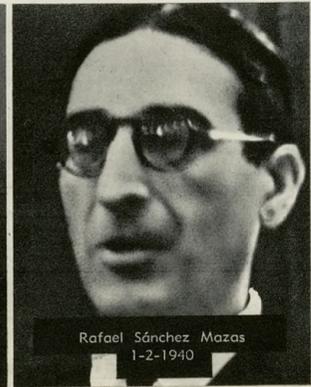
Ramón Pérez de Ayala
26-4-1928



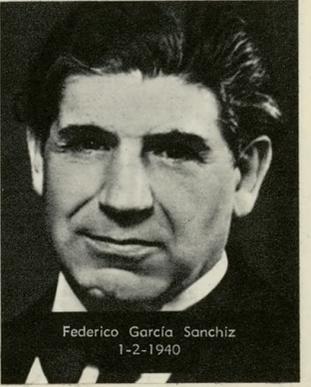
Gregorio Marañón
19-1-1933



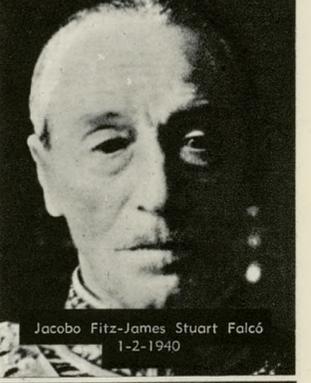
Eugenio Montes
1-2-1940



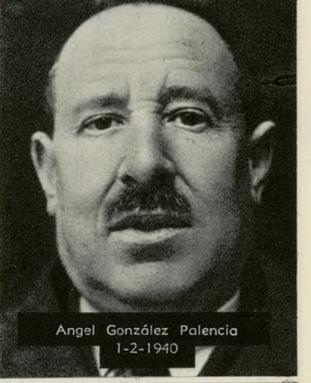
Rafael Sánchez Mazas
1-2-1940



Federico García Sanchiz
1-2-1940



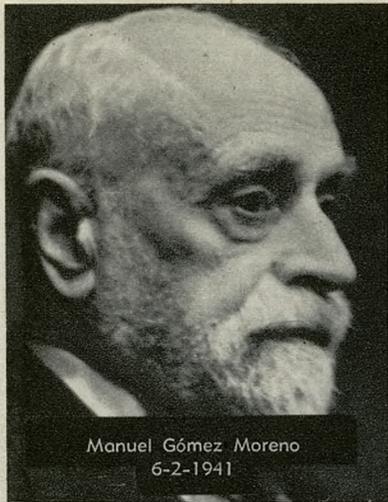
Jacobo Fitz-James Stuart Falcó
1-2-1940



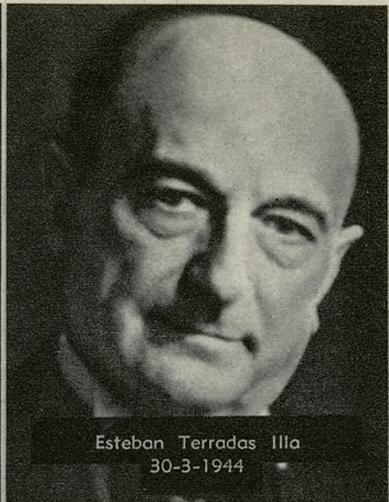
Ángel González Palencia
1-2-1940



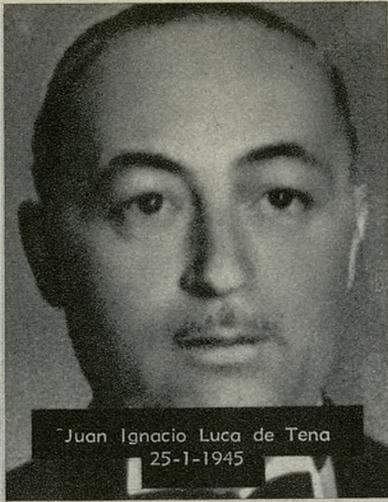
Pedro Sainz Rodríguez
5-1-1938



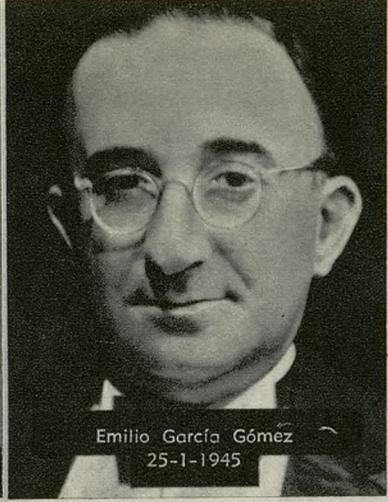
Manuel Gómez Moreno
6-2-1941



Esteban Terradas Illa
30-3-1944



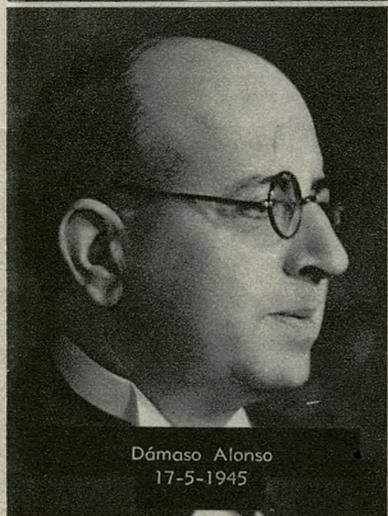
Juan Ignacio Luca de Tena
25-1-1945



Emilio García Gómez
25-1-1945



Rafael Estrada y Arnaiz
25-1-1945



Dámaso Alonso
17-5-1945

románica. (Balaguez, Selgas y Carrasco y J. F. Pacheco.)

«c».—Pedro Sainz Rodríguez, escritor y catedrático de Bibliología. (Conde de Jimeno, Cortázar, Cánovas del Castillo y Duque de Rivas.)

«d».—Dámaso Alonso, catedrático de Filología. (Asín Palacios, Ramírez de Saavedra y Agustín Durán.)

«e».—Gabriel Maura y Gamazo, historiador. (Julio Burell, Echegaray y Mesonero Romanos.)

«f».—Carlos Martínez de Campos, publicista y militar. (Miguel Artigas, Marqués de Villa-Urrutia, Luis Colomo, Valentín Gómez, Balart, Tejado, Adelardo López de Ayala y Antonio Alcalá Galiano.)

«g».—Esteban Terradas Illa, físico. (Rodríguez Marín, Fernández Villaverde, Barrantes, José Godoy, Aparisi y Guijarro y Pedro José Pidal.)

«h».—Vacante. (Navarro Tomás, Cortezo, Codera y Zaidín, Manuel del Palacio, Luis Fernández-Guerra y Eugenio de Ochoa.)

«i».—José María Pemán, poeta y dramaturgo. (Emilio Cotarelo, Pedro de Madrazo y Antonio María Segovia.)

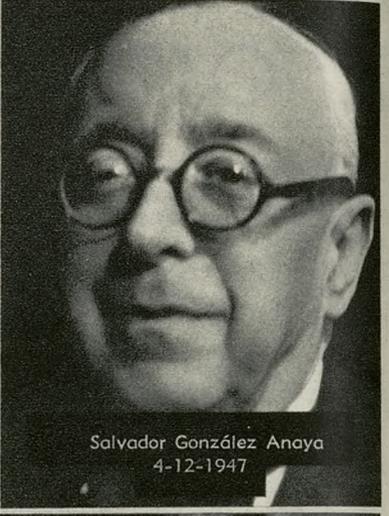
«j».—Jacobo Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio. (Manuel de Salaregui, Mariano Catalina y Alejandro Oliván.)

«k».—Ángel González Palencia, arabista y archivero. (Palacio Valdés, Pereda, Castro y Serrano, F. de Paula, Canalejas, Núñez de Arenas y Nicomedes Pastor Díaz.)

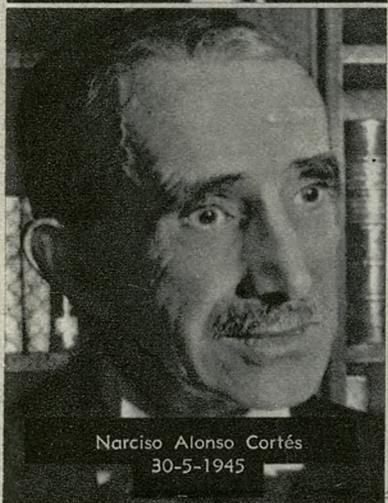
«l».—Salvador González Anaya, novelista. (Benavente—no tomó posesión, y hoy es académico de honor—, Menéndez y Pelayo y Hartzenbusch.)

Hemos dicho—y pueden contarse—que los sillones son treinta y seis, en tanto que los académicos son cuarenta y dos. Ocurre, pues, que en la Real Academia hay unos señores que, aunque tengan asiento, no tienen sillón. La paradoja se explica por una disposición, más o menos gubernamental, de tiempos de la Dictadura. En virtud de aquella, fueron nombrados académicos, como representantes de dialectos regionales, los señores siguientes: Eugenio d'Ors, filósofo; Lorenzo Riber, escritor y latinista; Julio de Urquijo, vascoólogo; Ramón Cabanillas, escritor; Armando Cotarelo, historiador, y Resurrección María de Azkue, lingüista, filólogo y compositor, a más del fallecido Rvdo. P. Fray Luis Fuliata, escritor.

La paradoja pudo estar ya resuelta si a la Real Academia se le hubiese ocurrido cubrir los sillones vacantes—según las vacantes se produjeran—con estos académicos, alguno de los cuales—tal el caso concreto de don Eugenio d'Ors—tiene personalidad suficiente para haber llegado a la Real Academia por cualesquiera otros caminos.



Salvador González Anaya
4-12-1947



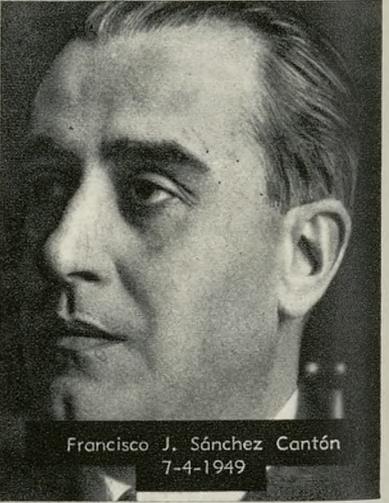
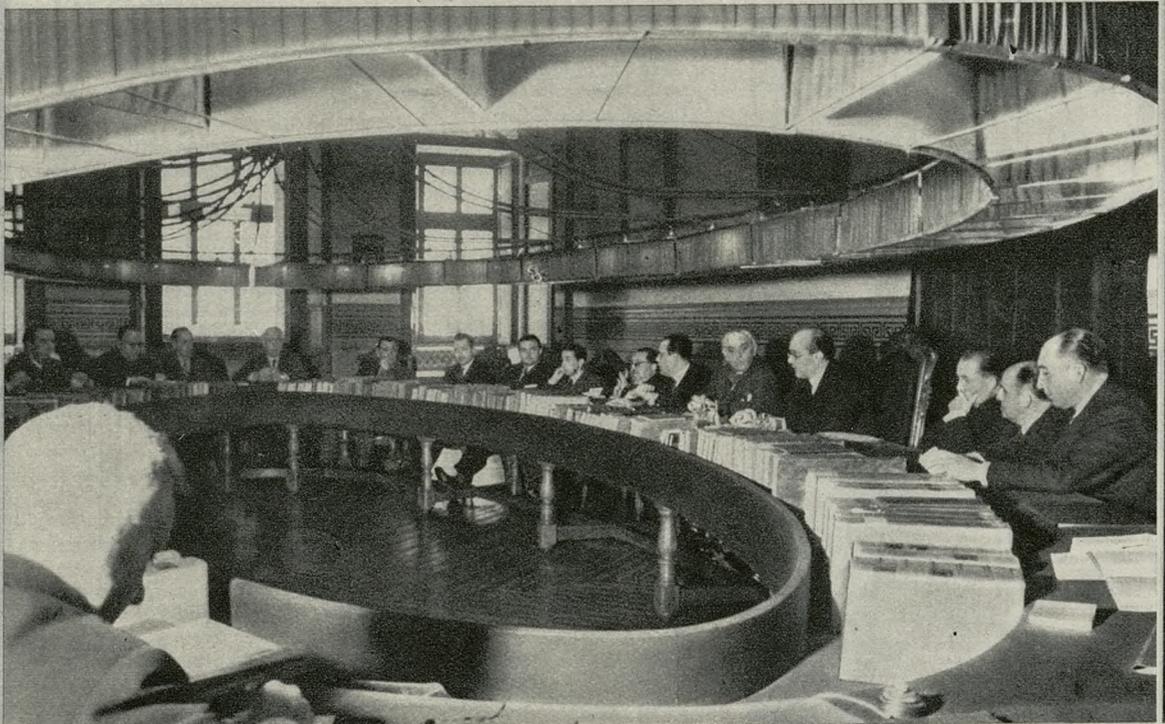
Narciso Alonso Cortés
30-5-1945



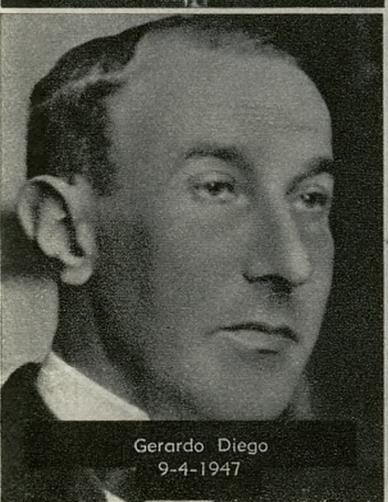
José María de Cossío
4-12-1947



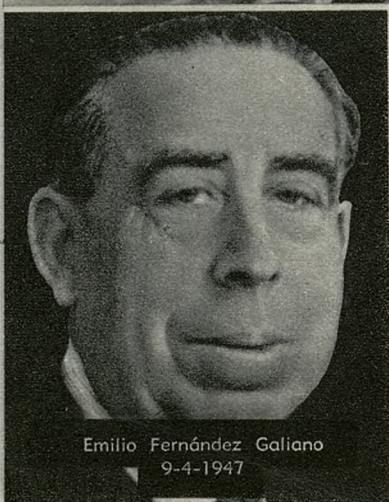
Luis Martínez Kléiser
14-6-1945



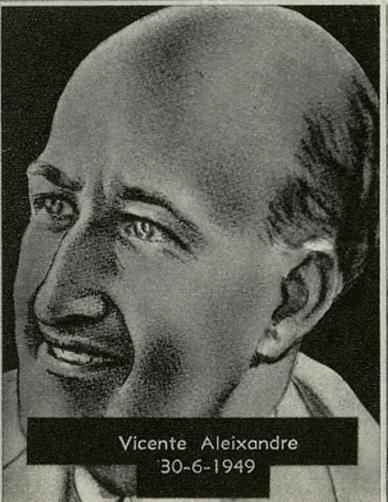
Francisco J. Sánchez Cantón
7-4-1949



Gerardo Diego
9-4-1947



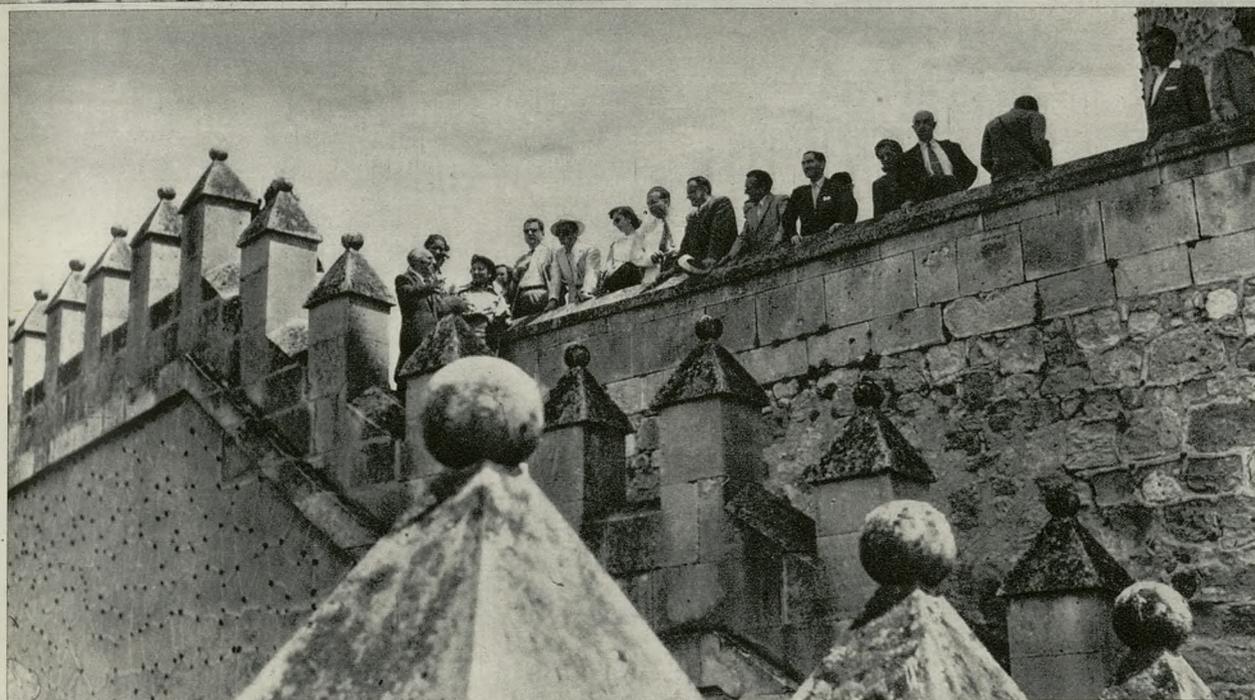
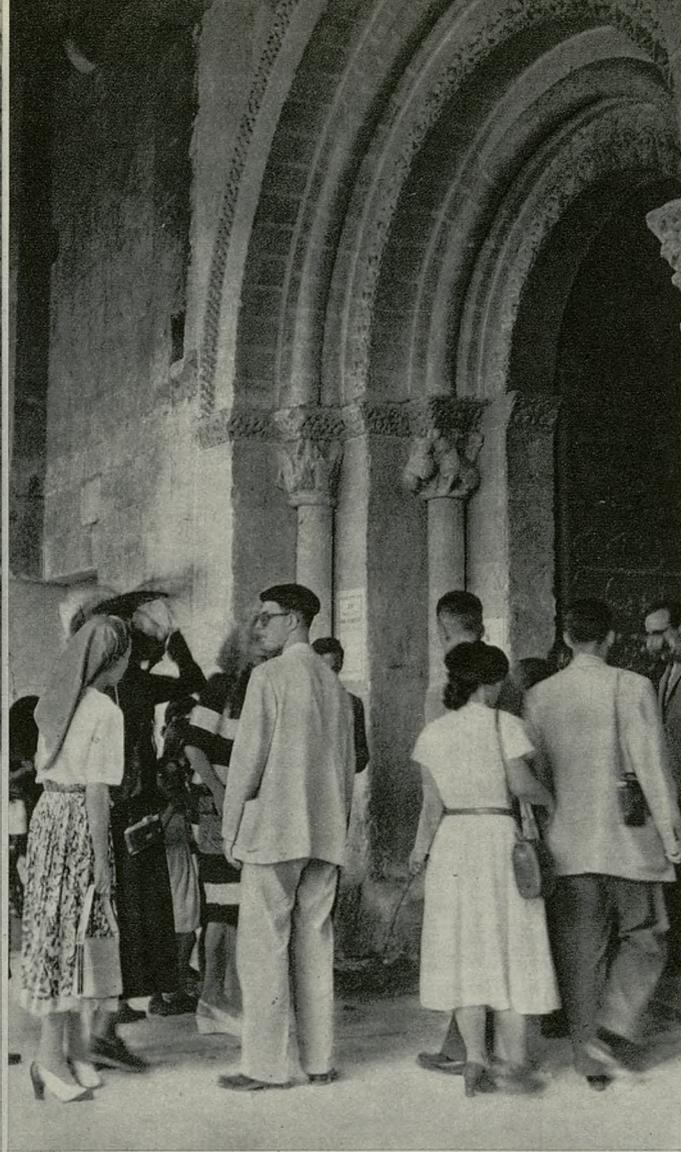
Emilio Fernández Galiano
9-4-1947



Vicente Aleixandre
30-6-1949



Carlos Martínez de Campos
30-5-1949



YANQUIS

★ ★ EN EL ★ ★

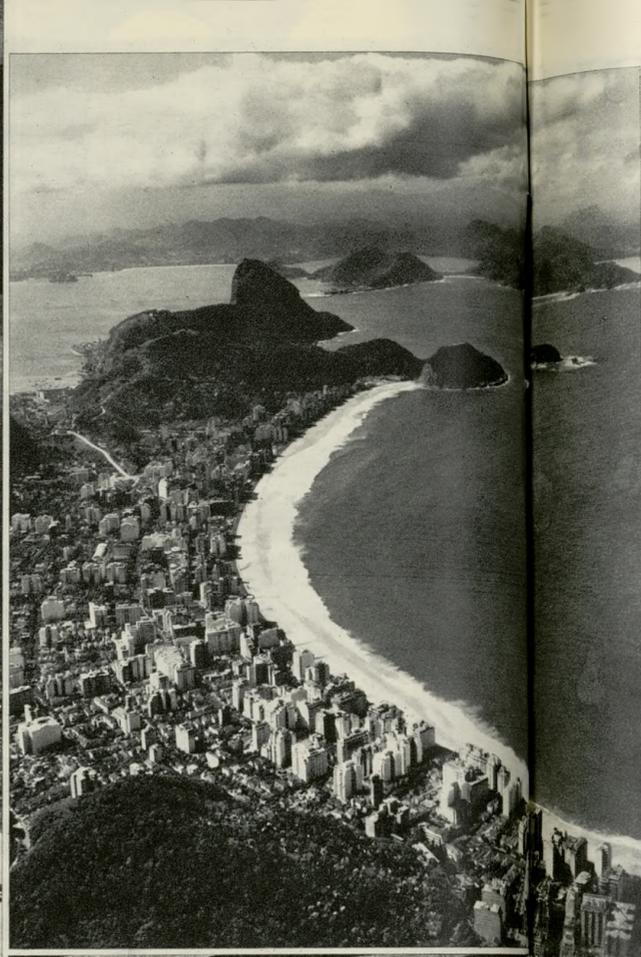
VERANO ESPAÑOL

PARECE que por ahí fuera se está poniendo de moda eso de «pasar el verano en España», o cuando menos, darse una vuelta por sus rutas turísticas y veraniegas. Cada verano llegan más extranjeros curiosos de nuestros caminos, de nuestros paisajes, de nuestras glorias de piedra y espíritu. En esta curiosidad por la «old Spain», abundan los yanquis. Acaso haya contribuido a ello aquella «España Virgen» en que el judío norteamericano Waldo Frank estudia nuestra alma y nuestra geología en función de la Historia, y el pintoresco «Rocinante vuelve al camino», de John Dospassos. Los yanquis, demasiado jóvenes y un poco ingenuos, hijos de aquel país pintoresco, extravagante y colosal, han incluido por fin a España entre las abuelas europeas que les es grato y conveniente visitar. Gustan de estos viejos pueblos castellanos, andaluces, extremeños y de otras regiones españolas, que conservan piedras románicas, góticas o barrocas, y les hablan, con su mudo y plástico lenguaje, de las etapas heroicas de esta civilización latina, cristiana y occidental, que ellos quieren conocer. Porque también las piedras romanas del Acueducto de Segovia, las medievales de su Alcázar o las góticas de la Catedral de Burgos, saben y dicen algo del origen de los rascacielos.

Y eso es lo que estos jóvenes estudiantes yanquis vienen a buscar y encuentran en España. La última expedición de estudiantes norteamericanos que recorrió España bajo los auspicios del Instituto de Cultura Hispánica escucha en Segovia la autorizada palabra del catedrático Sr. Morales Oliver, director de la Biblioteca Nacional, de Madrid. Junto a las piedras venerables, la voz de la vieja España, de esa otra abuela europea, que cada verano vienen a visitar con más entusiasmo los jóvenes yanquis.

Las fotografías que damos en esta página recogen diversos momentos de la excursión realizada a Segovia por un grupo de estudiantes norteamericanos de los Cursos de Verano de Madrid, con la compañía de los catedráticos señores Morales Oliver y Fragua Iribarne.





P o r R E N A T O D E M E N D O N Ç A

NOMBRE famoso, destinado a recorrer el mundo, éste de Copacabana! La pequeña capilla de lago Titicaca—en cuyas orillas nació la devoción a Nuestra Señora de Copacabana—daría nombre, a la postre y para siempre, al gran escenario del hedonismo playero y elegante de Río de Janeiro.

El nombre es en sí mismo pintoresco y tiene olor de palmeras meciéndose al borde del mar; seducción halagüeña para quien desciende abrasado de las montañas y, sediento, percibe la proximidad de las ondas oceánicas, en contraste con la exhalación tropical de la tierra, al contacto misterioso y profundo de los elementos.

Según la tradición de los americanistas, Copacabana debió de significar panorama deslumbrante. Con esa expresión, los indios de Bolivia intentarían describir el paisaje solitario y único de las márgenes arenosas del lago más alto del Nuevo Mundo. Tanto los lexicógrafos brasileños como los portugueses, guardan silencio sobre la etimología de la palabra y su traslado a las tierras de Santa Cruz. Es obvio, sin embargo, que esa emigración del vocablo desde las orlas lacustres en el corazón del continente hasta la orilla marítima fué un milagro más de la civilización cristiana y occidental. Nadie sino la ermita de Nuestra Señora de Copacabana, situada en un principio en el extremo de la playa desierta, a considerable distancia del centro de Río, dió, al fin y al cabo, renombre y celebridad mundial a aquel maravilloso rincón del paisaje fluminense.

Copacabana es como un encaje de perlas entre las playas de Río. Situada entre las de Botafogo y del Arpoador, ofrece su albo tapete de arena fina, en una vasta franja de seis kilómetros. En las mañanas de sol ardiente, la irisación juega con todos los matices de la gama y pone en la randa arenosa tonos verdaderamente soberbios, que van desde la blancura nivea de la playa al verde esmeralda del mar embravecido.

Los días de calor añaden todavía otro colorido: los millares de quitasoles y los *maillots* de las bañistas, aquellas jóvenes de Copacabana, morenas, tostadas, esbeltas y elásticas, cuyos cuerpos, al emerger de la espuma de las olas, hacen creer en el mito del nacimiento de Venus.

La playa de Copacabana prepara así, a través de la vida higiénica y deportiva, de la natación al «volley-ball», una nueva generación cada vez más saludable y físicamente apta, que mejorará la muy mestiza población del Brasil.

De hecho, el mercader de Estambul no ideó ningún recurso que oponer a la completa ruina. El tapete mágico ofrece, a veces, una realidad consoladora y alegre, llena de posibilidades y recursos fantásticos, en medio de este mundo árido y dominado por el pánico.

El turista o el viajero que busca un refrigerio en alguno de los innumerables bares y *dancings* de Copacabana, ya sea en el «Lido» o en el «Alcázar», en el «Babiera» o en el «O. K.», tiene la sensación de estar deslizándose por el mundo, de estar yuxtaponiendo imágenes y visiones diversas de la vieja Europa o de la América inquieta. Y para que la ilusión resulte completa, está la variedad de los idiomas que se oyen al pasar. En tiempos de la última guerra, la afluencia de extranjeros era tal que se hizo famoso el calambur por el cambio efectuado con el nombre: *Jacob... Pacabana*, debido a la presencia enorme de israelitas.

Este carácter cosmopolita, a quien los viejos casinos «Atlántico» o «Copacabana Palace» prestaron el ímán universal de las ruletas y de los «croupiers» de Montecarlo, transformó a Copacabana en una ciudad dentro de otra.

Copacabana, independiente de Río, posee vida propia y agitada, no sólo en el comercio, sino en el aspecto social y en el artístico, como lo prueban los «teatros de bolsillo» creados recientemente. Sus cuatrocientos mil habitantes explican el festón de rascacielos que orla la playa, ahogando con su masa compacta y sus bloques monolíticos la existencia recogida y tímida de unas pocas mansiones y casas solariegas, vestigios de la antigua vida patriarcal y burguesa.

Copacabana vive la hora de los modernos y pequeños pisos, de los «petits-logements», que sustituyen a los anteriores y lujosos «flats». Los propietarios se codean con los millonarios en la hilera de imponentes construcciones de la avenida Atlántica.

No es, pues, de admirar que el vicio haya puesto allí también su garra y que la «Princesita del Mar» de la canción se haya transformado en la peligrosa sirena de Ulises...

CALLANDO HACIA LA NIEVE

Luis Rosales, uno de los mejores poetas españoles de la hora actual, ya presentado a nuestros lectores en un número anterior de «Mvndo Hispánico», vuelve hoy a nuestras páginas con esta magnífica composición, «Callando hacia la nieve», en que la original expresión de las ideas y la fuerza de las más audaces metáforas, no excluyen el rancio sabor de las normas clásicas, hacia cuyos maestros siente Rosales fervorosa devoción.

La biografía de este poeta, que nació en Granada en 1910, está hecha de travesuras de Bachillerato allá en el Instituto granadino (1920-28) y de textos universitarios en la Central de Madrid—Derecho, Filosofía y Letras—todos ellos marginados ya de versos nuevos que conocieron los grandes poetas de la época y que en 1932 pasan a las páginas fragantes y nuevas de su «Abril», su primer libro de versos, presentado por la Revista «Cruz y Raya». Desde entonces, más y más versos propios, varias antologías, un continuo afán de creación, un esfuerzo continuado y eficaz contra el prosaísmo y la monotonía poética. Recientemente ha publicado Rosales un libro que puede considerarse ya definitivo: su poema «La casa encendida», y ha sido, recientemente, nombrado subdirector de los «Cuadernos Hispanoamericanos», de Madrid.



★ Yo te espumaré la fuente del corazón que moría sin comprender la alegría donde Tu paso se siente;



Señor, cuando humanamente caminas en su mirada, yo arregazaré en la entrada de sus ojos cielo y nieve,



plena de sentirse leve sosteniendo Tu pisada.
★ Todo en el mundo ha cesado, todo y el mar tembloroso



es ya un espejo en reposo de Tu semblante nevado; el silencio abandonado de sí, memoria de plata



del corazón, se desata hacia Ti con insistencia, sin comprender Tu presencia ya, por sencilla, inmediata.



★ La soledad: todo abierto, ¡qué silenciosa eficacia! el mundo solo; la gracia puebla y despuebla el desierto



del existir, y es tan cierto mirar como ser herido, y el alma sabe que ha sido dolor de Dios carne adentro;



★ la soledad de tu encuentro da a mi soledad sentido, y al fin, ya, la primavera, colmo de sombra nevada,



agua en la noche imantada, nieve absoluta y primera; ¡qué decidida ceguera en sí, como nieve al fuego!



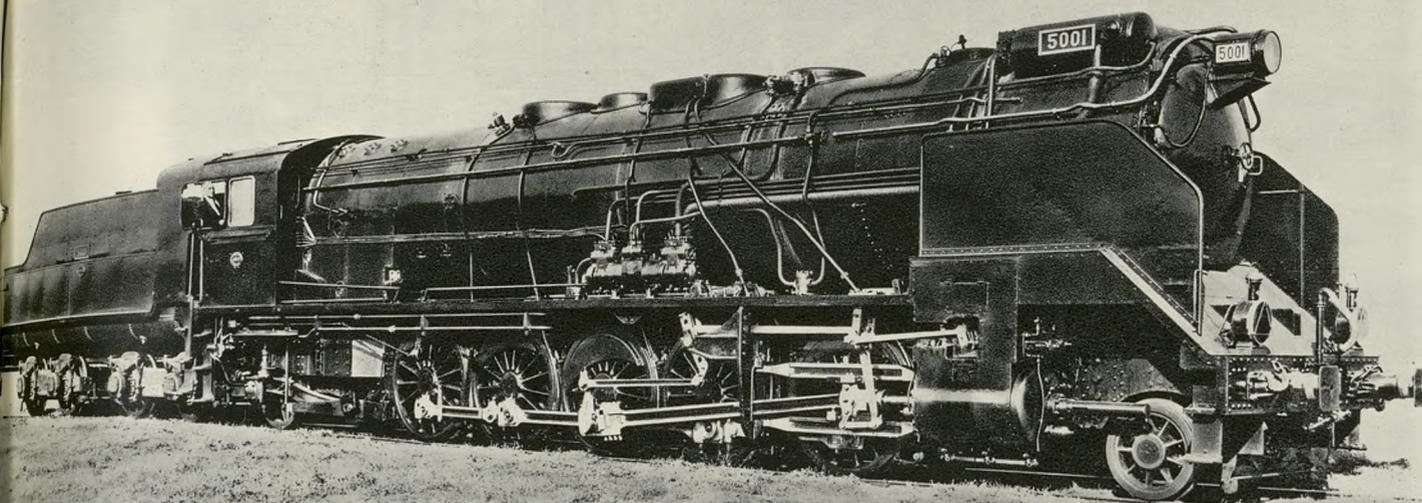
necio por Ti, por Ti ciego, si es cal la nieve en Tu albur, ¡guarda mi humana locura Señor, cuando a Ti me entrego!



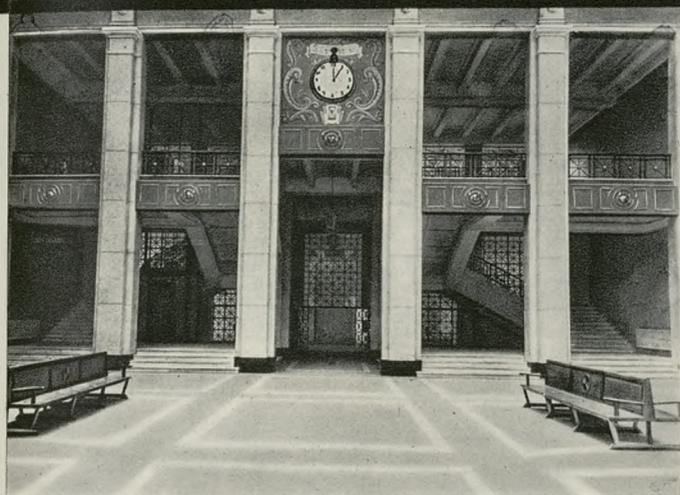
Luis Rosales

5.255 MILLONES

para los ferrocarriles de España



Entre las locomotoras totalmente construídas en España, es famosa la del tipo «Santa Fe», uno de cuyos modelos aparece en la fotografía.



Sala principal de la estación de Bilbao, recientemente inaugurada.



Estación de Izarra (Vizcaya), con la arquitectura típica de la región.



Nuevas edificaciones del apeadero de Mata-Espesa, en Villalba (Segovia).



Angulo de la estación de Cercedilla, antes de la electrificación de la línea.



Estación de término, de Barcelona.

EN España hay, como en los demás países, ferrocarriles de vía ancha y de vía estrecha. Los de vía ancha, que venían constituidos por numerosas Compañías particulares, fueron reunidos en 1941 en una Red Nacional, propiedad del Estado, quien pagó a los accionistas y obligacionistas de las antiguas Compañías el importe de sus títulos, justipreciados con bastante generosidad. Desde entonces, sólo quedan en España en poder de los particulares las Compañías que explotan ferrocarriles de vía estrecha.

Explicar aquí lo que es la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, es decir, los Ferrocarriles de vía ancha, que abarcan una extensión de 12.803 kilómetros, resultaría mucho más extenso de lo que cabe en el espacio que se nos ofrece, y, además, no enseñaría nada nuevo, ya que los ferrocarriles se parecen tanto en unos países y otros que sólo serviría nuestra explicación para que los lectores encontrasen confirmado este parecido.

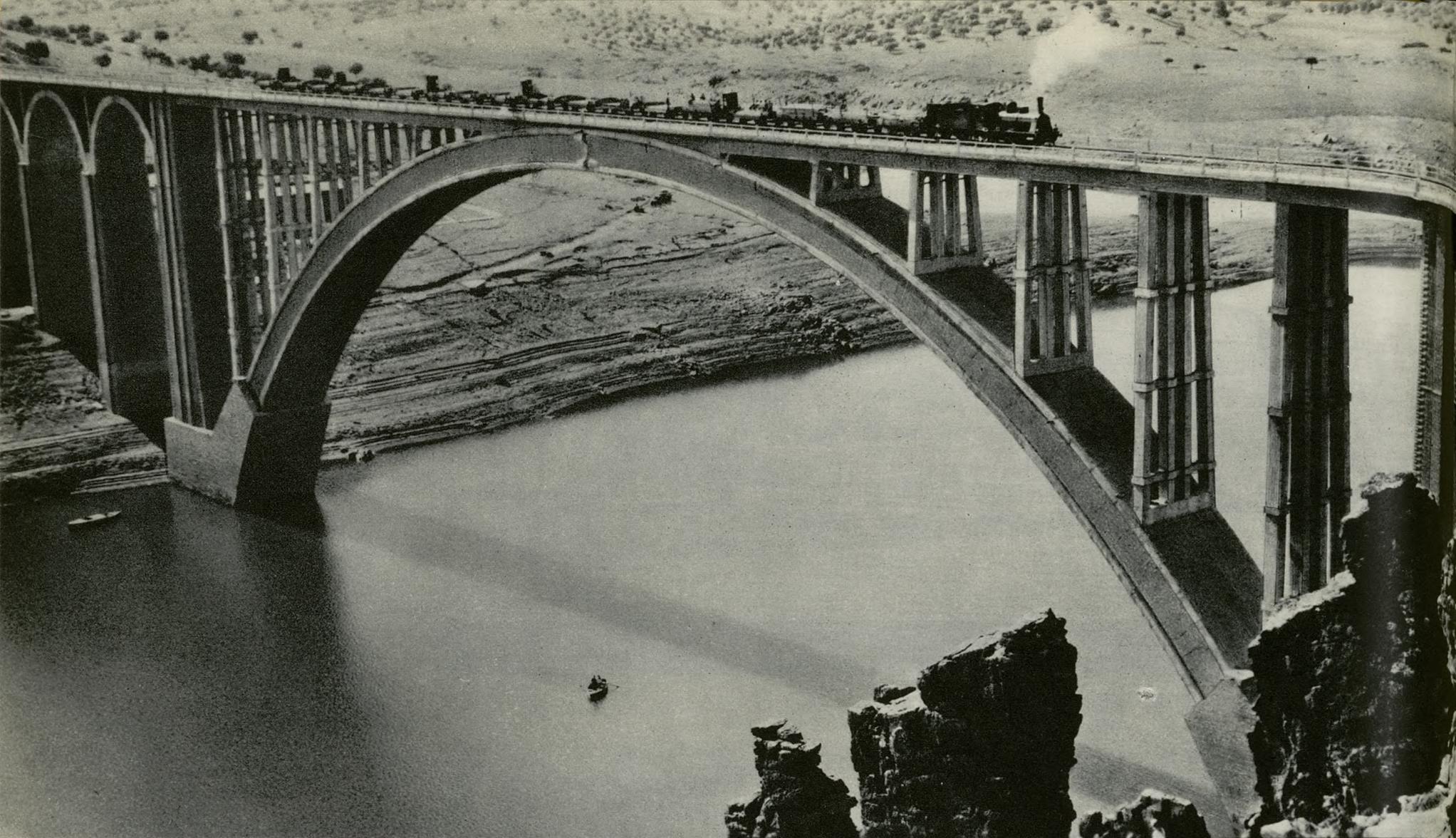
Preferimos, pues, encauzar esta pequeña información más bien hacia el Plan de reconstrucción de la Red Nacional española, que, como organismo vivo del país, está en constante desarrollo. Por otra parte, éste es un tema de verdadera actualidad, pues hace escasamente dos meses que dicho Plan de reconstrucción ha sido aprobado por el Consejo de Ministros de España. Ello revela que España, a semejanza de los demás países, cuida también de sus ferrocarriles y les dedica la atención preferente que exige este mecanismo distribuidor de productos y recopilador de materias primas, sin el cual toda la economía moderna se vería en grandes dificultades para subsistir, ya que en todas partes se ha revelado que el transporte por carretera y el aéreo, aun siendo importantes, siempre suponen sólo una parte del transporte ferroviario, o sea un porcentaje muy reducido del transporte en general.

No quiere decir esto que sea ahora cuando en España ha habido preocupaciones por la cuestión ferroviaria. Desde que se acabó la guerra española, y con arreglo a los medios disponibles, en cada momento se vino realizando un trabajo considerable en la reparación, tanto en los elementos fijos del ferrocarril como del material motor y de arrastre.

En el Plan de reconstrucción se enfocan todos los aspectos del ferrocarril, desde los refuerzos de puentes, mejora de vías, estaciones e instalaciones, ampliación de estaciones, mejora de alumbrado, de señalización, de comunicaciones, hasta la electrificación de 1.100 kilómetros de línea, pasando por el arreglo de vagones, coches y locomotoras, aumento de las mismas, instalación de freno continuo en la mayoría de los vagones, ampliaciones de los talleres, etc.; todo ello está minuciosamente estudiado en el Plan, llegando a una cifra de 5.255 millones de pesetas.

La electrificación abarca las líneas que atraviesan las principales cordilleras españolas, pues no hay que olvidar el accidentadísimo perfil de las vías férreas de España, segundo país en Europa—después de Suiza—en cuanto a montañas.

Por lo que se refiere a la situación ferroviaria actual, en vez de extendernos con mayor número de palabras, preferimos dejar hablar a las ilustraciones. En ellas pueden verse las poderosas locomotoras que hay que utilizar para salvar las rampas de nuestros puertos, locomotoras que se construyen en España sin dificultad y con toda garantía. Puede verse también el viaducto del Esla, que es el puente de hormigón que tiene el mayor arco de toda Europa, proyectado por un ingeniero español y construido por obreros españoles.



El mayor arco de hormigón de Europa corresponde a este puente (sobre el embalse del Esla), construído para la R. E. N. F. E. por ingenieros españoles.

Précisamente por causa de la accidentada geografía de España, figuran en este país notables obras ferroviarias, lo mismo en túneles que en puentes, y entre estos últimos había algunos cuando todavía eran metálicos (pues se han sustituido recientemente en su casi totalidad por otros de cemento), proyectados por el ingeniero Eiffel, constructor de la famosa torre parisina; entre ellos, el que tenía el mayor tramo metálico de Europa y que hoy ya ha desaparecido.

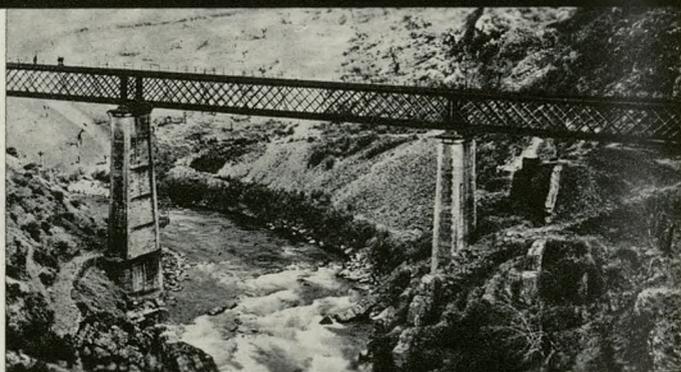
Este Plan de reconstrucción de la Red española, que es más bien reducido y perfectamente ajustado a las posibilidades del país, permitirá que en plazo breve los ferrocarriles españoles se encuentren en la situación de modernidad y eficiencia que el país reclama.

En España, el ferrocarril sigue siendo el verdadero sistema distribuidor, a pesar de que no cuenta con las facilidades de la carretera, hecha, a diferencia del ferrocarril, con fondos generales de la nación y sostenida con los presupuestos. Al fin y al cabo el ferrocarril, en todos los países, es el único transporte que está verdaderamente «arraigado» a su suelo —las traviesas son esas raíces—, y puede decirse que tal arraigo se revela en forma de fidelidad cuando los tiempos son malos.

De todos modos, y aun contando con las ventajas peculiares de cada medio de transporte, que le hace superior en ciertos aspectos a los otros, no cabe duda que cada uno de ellos va encontrando su cauce, y por lo que hace a España, el reparto del tráfico está hoy equilibrado, empleando la aviación preferentemente para los viajes internacionales (con Europa o transcontinentales) y largas distancias dentro del país; la carretera, para los de cercanías de las capitales o entre éstas cuando no están demasiado alejadas, y el ferrocarril, para los viajes largos que exigen un día o una noche, aparte el transporte de mercancías, en el que todavía es insustituible. Este reparto señala ya el camino de una coordinación bien ordenada entre los transportes, lo mismo en España que en los demás países. No parece, pues, aventurado decir que el ferrocarril, centenario ya en todo el mundo, celebrará en plena eficacia su segundo siglo. Y dejemos a los contemporáneos de esta celebración el vaticinar acerca de la tercera centuria.



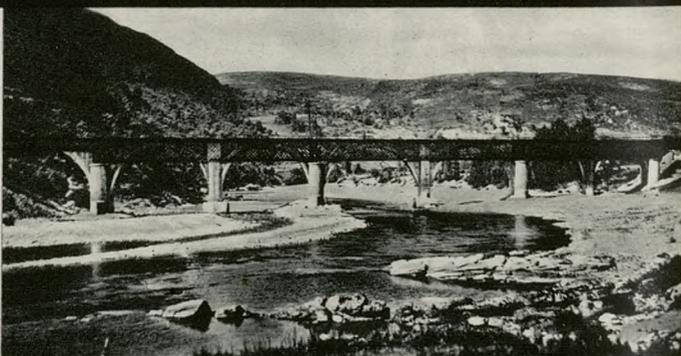
Puente de Huezna, con el tren de prueba.



Puente sobre el Sor, en un paisaje montañoso.



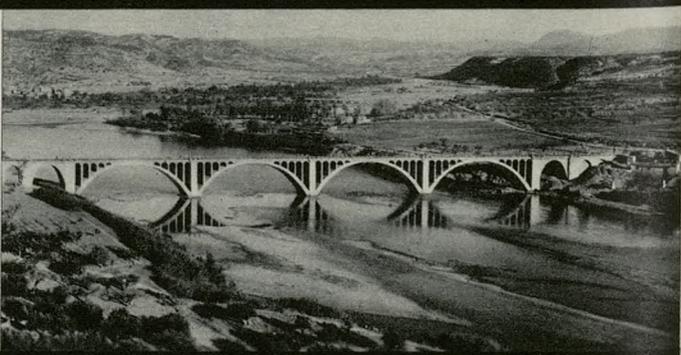
Puente sobre el Esla, en la línea Palencia-La Coruña



Puente provisional de Rairós.



Nuevo puente de Rairós, con el tren de prueba.



Un ejemplo de puentes ferroviarios: el de García.

POESIA DE ESENCIA TROPICAL

El distinguido poeta, historiador y diplomático ecuatoriano D. José Rumazo, ha recogido en este volumen de 129 páginas (1) que nos ofrece la Editorial madrileña Afrodisio Aguado, S. A., nítidamente impreso, una selección de su producción poética correspondiente, en su mayor parte, al año 1932, según explica el mismo autor en breve nota.

La poesía de Rumazo entra de lleno en el campo de lo que se llamó movimiento de vanguardia, aunque su consistencia formal

trae, a veces, recuerdos de la música modernista. En efecto, casi todas las composiciones están escritas en alejandrinos sonoros, de tal manera que podría señalarse en Rumazo, como característica de su poesía, la musicalidad, junto con la riqueza verbal, con lo cual señalamos sus raíces tropicales.

En realidad, esta poesía de

"Raudal" es esencialmente tropical, en lo que este adjetivo tiene de significación telúrica. Rumazo canta esa naturaleza ardiente y magnífica del trópico cuya interpretación poética tiene que ser necesariamente colorista y musical, y para ello sabe emplear el ritmo y el adjetivo precisos sin caer en el retoricismo fácil y hueco. Su tropicalidad no le impide, sin embargo, al poeta claro que es Rumazo, hombre por lo demás de rigor y disciplina intelectuales que le prestan sus otras facetas de escritor, ofrecernos en cuartetas clásicas una poesía descarnada y hasta ascética, en el sentido religioso y estético de esta palabra. Así en los últimos poemas de su libro: "Tu sacra", "Llamada", "Antes del sueño", etc.

No pretendemos en este brevísimo comentario enjuiciar la poesía de Rumazo. Sólo podemos aquí dar noticia de la aparición en una Editorial española del libro de tan singular poeta ecuatoriano.—J. Y.

(1) JOSÉ RUMAZO: RAUDAL (poesía). Afrodisio Aguado, S. A. Madrid, 1949.

POESIA NATURAL DE AMERICA

Muchas veces nos hemos preguntado cuál sea la nota distintiva, el timbre peculiar de la poesía americana, de la poesía nacida en español, pero desde la tierra misma de América. Poesía, sí, desde la tierra: germinalmente hundida en ella y hecha voz desde lo más hondo de la vida. Poesía universalmente brotada desde un lugar bien determinado, y con su temple propio y natural.

Gracias a su genio, Rubén Darío supo y pudo arrancar a su misterioso instrumento lírico ese último son inconfundible: inconfundible, quiero decir, con lo europeo, e inconfundiblemente indio-español. Luego, a nuestro juicio, la poesía típica y universalmente americana se continúa y se concentra en dos o tres poetas—grandes poetas—más: César Vallejo, Gabriela Mistral, Pablo Neruda... Pero, por regla muy general, las influencias estéticas europeas, singularmente francesas, han continuado pesando tanto y tan pertinazmente en las nuevas generaciones hispanoamericanas, que apenas ha sido posible discernir, a través de la maraña verbal de un surrealismo trasplantado, el íntimo acento genuino, natural, de la lírica americana. Y por eso digo ahora, en un doble sentido, que la poesía del poeta dominicano Manuel del Cabral me parece profundamente natural: nativamente y naturalísimamente americana. Cabral ha reunido recientemente en un libro (1) su labor poética dispersa en libros diversos a lo largo de diecinueve años. No es posible ni hacerle seguir en esta reseña el proceso de crecimiento y evolución cronológica de su poesía hasta llegar a su grado actual de madurez y sencilla perfección. Pero como estimamos de importancia amplia y auténtica la aparición de esta obra, queremos al menos intentar fijar alguno de sus rasgos esenciales: singularísimamente, esa condición de lírica y humana naturalidad que su palabra tiene.

No siempre, desde luego. Los tiempos—versátiles, contradictorios, inseguros—que la poesía ha corrido durante los últimos años, han dejado, como era lógico, huella, y hasta honda cicatriz algunas veces, en la poesía de Manuel del Cabral y en la de todos sus contemporáneos, americanos o no. Cabral es, o parece, además, un poeta instintivo—también en esto natural—y sometido, por lo tanto, a vaivenes y desigualdades, que una mayor exigencia crítica se hubiera acaso cuidado de eliminar. Pero a pesar de todo, de su voluntario descuido y de los azares generales de la lírica moderna, la voz poética de Cabral ha podido y sabido cuajar en lo que se nos antoja el más natural—y espi-

(1) MANUEL DEL CABRAL: ANTOLOGIA TIERRA. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1949. 199 páginas.

Estos libros hemos leído

ritual—modo expresivo de la presente poesía joven de Hispanoamérica. Con una juventud de cuarenta y dos años, Cabral canta hoy su verso más infantil, más seriamente infantil y verdadero. Voy a transcribir, a manera de ejemplo y para explicar brevemente mi pensamiento, algunas estrofas rápidamente entresacadas de su obra. En la segunda parte—Trópico Negro—de las cinco en que divide su Antología, inserta Cabral varios poemas sobre el negro, claro se está que sobre el negro de las Antillas. Uno de ellos, "Negro sin risa", comienza así:

*Negro triste, tan triste
que en cualquier gesto tuyo puedo encontrar el mundo.*

*Tú que vives tan cerca del hombre sin el hombre,
una sonrisa tuya me servirá de agua
para lavar la vida, que casi no se puede
lavar en otra sosa.*

A continuación traslado íntegramente, a favor de su brevedad, otro poema de la misma serie: "Negro manso":

*Negro manso,
ni siquiera
tienes la inutilidad
de los charcos con cielo.*

*Sólo
con tu sonrisa rebelde
sobre tu dolor,
como un lirio valiente que crece
sobre la tierra del pantano.*

*Sin embargo,
negro manso,
negro quieto;
hoy la voz de la tierra te sale por los ojos
(tus ojos que hacen ruido cuando sufren).*

Estas composiciones, y la serie de poemas o cartas de Manuel, en las que el poeta conversa y dialoga humanísimamente consigo mismo, constituyen para mi gusto lo mejor de este libro, y lo mejor, o de lo mejor,



entre la total poesía americana que hoy bordea la madurez. ¿En qué estriba el secreto, la ternura de esta poesía tan sencilla, tan natural, tan hablada, tan poco deformada por la literatura escrita, tan humanamente desnuda? Contestar a esta pregunta no es fácil y nos llevaría ahora demasiado lejos. Pero lo que sí es posible decir, es que, en sus momentos más altos, la poesía de Manuel del Cabral brota, mansa y directamente de la vida, fluye desde la entraña del recuerdo

y se alimenta en la contemplación y trato de las cosas cotidianas, hechas a nuestra ternura y a nuestra inalienable soledad de hombres. Tal es, simplemente apuntado, el valor más íntimo y delicado de esta poesía, rica toda ella en canción. La extensión de este artículo nos fuerza a silenciar, casi por entero, el magnífico intento épico-lírico de Manuel del Cabral. Su criollo Compadre Mon, símbolo popular de la patria dominicana, tan mezclado de continuos aciertos expresivos como repleto de humanidad, exigiría capítulo aparte. Se trata además de un poema en crecimiento, inacabado todavía y enriquecido, diariamente enriquecido desde la voz más nueva de su creador. Su Carta a Compadre Mon, uno de los poemas más logrados imaginativamente de este libro, pertenece ya a la época última del poeta y enlaza visiblemente con el aliento y el tono de la poesía más natural de esta espléndida obra, que introduce en España por primera vez el fruto bien granado de uno de los poetas americanos que mejor han expresado hasta ahora la esencia de su tierra nativa.—L. P.

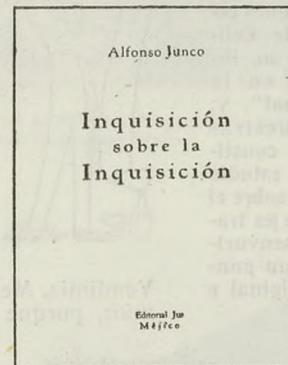
ALEGATO CONTRA UNA LEGENDA

La magnífica Editorial Jus, de México, presenta un nuevo libro del conocido escritor e historiador mexicano Alfonso Junco (1). Se trata de un riguroso y clarísimo alegato contra la fábula leyendancrista sobre el Santo Tribunal de la Inquisición en España. Ya en 1933 había publicado Junco, con el mismo título, un breve folleto, y en el libro que comentamos

(1) ALFONSO JUNCO: INQUISICION SOBRE LA INQUISICION. Editorial Jus. México, 1949.

nos lo ofrece ampliado y desarrollado como fruto de sus personales investigaciones, haciendo un estudio preliminar sobre los antecedentes políticos y religiosos de la Inquisición. Trata en subsiguientes capítulos de la calidad de los sujetos y de los delitos perseguidos por el Tribunal, así como de los procedimientos de juicio y de los castigos, y analiza luego las falsificaciones de los fabuladores de la leyenda negra y el testimonio de personajes de la época.

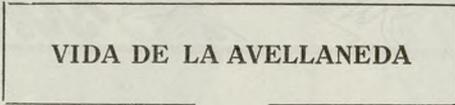
En un estilo directo y con dialéctica firme e irrefutable, va desbaratando Junco, a través de las 300 páginas de su libro, todos los prejuicios y falsedades acumulados contra un Tribunal político que prestó a España y a la Cristiandad servicios inapreciables en orden a mantener intacta la unidad nacional española y a proteger, en lo posible, la unidad religiosa de los pueblos cristianos, conservando la ortodoxia fundamen-



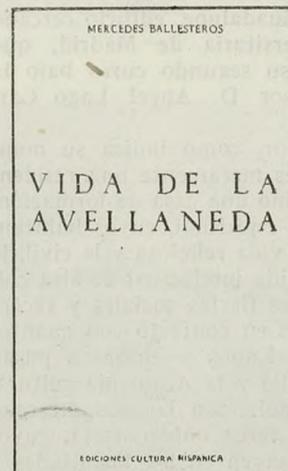
tal de la nación imperial, que era el brazo secular de esa Cristiandad.

Se refiere también Junco a la Inquisición en América, ya que también allí se extendió la leyenda antiespañola sobre ella, a pesar de que fué precisamente en América donde se demostró más claramente la justicia y la pureza del Santo Tribunal, al colocar a los indios fuera de su jurisdicción por la simple consideración moral de ser "flacos en la fe".

Con "Inquisición sobre la Inquisición", ofrece Junco un valioso aporte más a su ya extensa obra polémica en defensa de nuestras esencias y tradiciones hispánicas.—J. Y.



España y Cuba se disputan en las antologías—con igual derecho a mi juicio—a la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y no me refiero, claro es, al derecho jurídico de nacionalidad (puesto que Cuba era española entonces), sino al derecho espiritual y poético de personalidad, que en el caso de la Avellaneda participa por su nacimiento, infancia y juventud (factores los dos últimos verdaderamente decisivos en la formación del alma y, por consecuencia, en su posible expresión lírica) de la tierra cubana, mientras que por su madurez, y por el resto, casi íntegro, de su existencia se enlaza profundamente a la realidad española.



Doña Mercedes Ballesteros ha acertado, pues, plenamente en la elección de la figura, y ha escrito una biografía (1) noble, sencilla y muy femenina, de la gran romántica antillana e hispánica. Pocas vidas, en efecto, habrán sido vividas con romanticismo tan sincero, ardiente e impetuoso, como esta que hoy nos relata Mercedes Ballesteros. Desde su adolescencia colonial en Puerto Príncipe hasta su melancólica muerte en el Madrid olvidadizo de siempre, y a través de sus amores (de sus muchos amores) apasionados y desgraciados, y de sus triunfos sociales y literarios, la vida entera de Tula Avellaneda (así la apellidaba familiarmente el Madrid de mediados del XIX) parece derechamente

(1) MERCEDES BALLESTEROS: VIDA DE LA AVELLANEDA. Colección "Hombres e Ideas", Ediciones "Cultura Hispánica", Madrid, 1949, 134 páginas

guiada por la fatalidad de un destino infausto. Si algunas veces pecan los poetas románticos, o románticoburgueses de insinceridad lírica o de exageración manifiesta en la expresión de sus sufrimientos y en la proclamación vehemente de sus angustias y tribulaciones, no será precisamente en este caso. Nada explica mejor los amargos y dolidos versos de la Avellaneda como su propia biografía; y ambas cosas se corresponden (como quizá deba de ser) hasta el último detalle y, como si dijéramos, al pie de la letra.

Mercedes Ballesteros acierta en cambio exquisitamente en el tono expositivo de su narración y en la elección de sus medios expresivos: muy femeninos, muy hogareños, limpidos y levemente irónicos, aunque en simpatía constante y total con la protagonista, acaso demasiado humana, de su obra.—L. P.



España e Inglaterra son, indudablemente, los dos únicos países europeos creadores de un auténtico teatro nacional: de una fórmula dramática inédita, brotada popular y poéticamente de la entraña misma de la raza. ¿Cómo ha sido posible entonces la larga degeneración y ruina de nuestra escena? ¿Cuál ha sido la causa de este hondo proceso de esterilidad y caducidad, en el que sólo de vez en cuando—en un Zorrilla, en un Benavente, en un García Lorca, pongamos por ejemplo—ha parecido renacer y re-

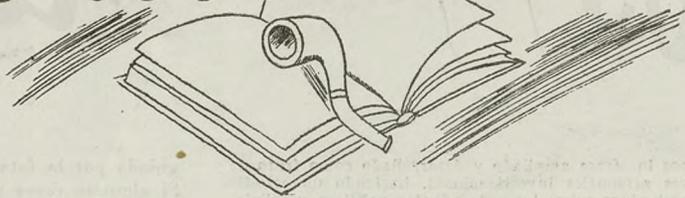


pristinarse una de nuestras más ricas tradiciones artísticas?

Don Nicolás González Ruiz estudia hoy (1) los últimos veinte años de este lento desmoronamiento español; aquellos años que precisamente todos hemos vivido; aquellas obras y aquellos autores que hemos visto desfilar todos de cerca, y que ahora, contemplados en su conjunto y ordenados dentro de su justa perspectiva histórica, adquieren una como nueva personalidad y exacta proporción, gracias a la sencillez, agudeza y claridad con que son tratados en las páginas de este sustancioso opúsculo. Su lectura ayudará eficazmente a comprender el estado actual de nuestra producción dramática y planteará a muchos la urgencia y la posibilidad de buscar una salida a ese estado. Los análisis—rápidos y necesariamente esbozados—que el señor González Ruiz hace de los dramaturgos contemporáneos, son constantemente atinadísimos, y los juicios que le merecen, objetivos y paladinos, sin que la proximidad, tan difícil siempre, de tiempo y personas merme o suprima en ningún momento la libertad crítica o diluya la penetrante gravedad de las opiniones. En una época como la nuestra (de tan tímida imparcialidad, generalmente), la noble, justiciera y destrabada serenidad del señor González Ruiz, legítima de nuevo los mejores usos intelectuales de la crítica dramática española.—L. P.

(1) NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ: LA CULTURA ESPAÑOLA EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS: EL TEATRO. Instituto de Cultura Hispánica, Colección "Hombres e Ideas", 1949.

...Y lo demás es literatura



El Premio Nacional de Literatura para este año—que acaba de ser convocado—corresponde a la poesía lírica. Su cuantía asciende a 25.000 pesetas y se otorga a finales de diciembre. Con este motivo resulta interesante hacer un recuento de los libros publicados en los últimos doce meses o de segura publicación antes de que el plazo de presentación de originales (30 de noviembre) finalice. Recordamos los siguientes: Gerardo Diego: "Soria"; Agustín de Foxá: "Antología"; Luis Rosales: "La Casa Encendida"; Leopoldo Panero: "Escrito a cada instante"; José María Valverde: "La Espera" (la espera de 25.000 pesetas!); Aurelio Valls: "Poema de San Cristóbal"; y entre los de anunciada publicación inmediata, uno de Luis Felipe Vivanco: "Continuación de la Vida", y dos de Vicente Aleixandre: "Desamor" e "Historias del Corazón".



También, y patrocinado esta vez por el Instituto de Cultura Hispánica, se anuncia el Premio Adonais para libros de poesía inéditos. Su cuantía es de 3.000 pesetas. Ni en uno ni en otro caso ha sido proclamado todavía el Jurado calificador. Se anuncia la aparición de una nueva Revista Literaria; aparecerá en Valencia y será dirigida por el poeta valenciano Xavier Casp. Estará vinculada al Instituto de Filología Alfonso el Magnánimo y se titulará "Murta", que vale tanto como mirto en castellano. (Recordamos una revista, también valenciana, de este mismo título, aparecida allá por los años treinta y tantos.) El aspecto más original de esta nueva publicación es que recogerá en sus páginas la labor poética y literaria de las distintas regiones y hablas peninsulares.



Pedro Laín Entralgo acaba de recoger en un breve y delicioso libro sus impresiones de viajero por tierras de La Argentina, Chile y Perú. Se llama el libro, recentísimamente aparecido, "Viaje a Sudamérica".

El investigador norteamericano James Mr. Keys, de la Universidad de Portland, Oregón, ha presentado en la Universidad de Madrid su tesis de Doctor. Versa sobre "Las misiones españolas de California y su influencia en la vida actual", y, según nuestras noticias, constituye un estudio profundo sobre el tema, que es tratado y desenvuelto desde un punto de vista sumamente original e interesante.



Han llegado con el verano los Juegos Florales. De algunos años a esta parte, ha revivido en nuestras provincias la vieja tradición provenzal de las Cortes de Amor y Poesía (no siempre ciertamente en beneficio de la mejor poesía). El premio más interesante y atrayente es el que ofrece Jerez de la Frontera en sus Fiestas de la Vendimia. Mejor dicho, los premios, porque son varios. El pri-

mero, de 25.000 pesetas, será otorgado al autor de un auto o misterio teatral que cante precisamente las dionisiacas faenas de la vendimia y el júbilo milenar del primer mosto de septiembre.



Se anuncian para muy pronto dos nuevas ediciones completas de la obra de Gustavo Adolfo Bécquer, una realizada por Ediciones Afrodiseo Aguado y otra por la Editorial Aguilar. Desde que el investigador español D. Dionisio Gamallo Fierros, —máxima autoridad en todo lo que concierne a nuestro siglo XIX literario—descubrió y desempolvó en la Hemeroteca numerosas y, casi siempre, indudables piezas en prosa y verso originales del gran lírico romántico español, se hacía urgentemente necesario reagrupar y publicar íntegramente la obra becqueriana. Los textos identificados por Gamallo no son, además, simples curiosidades eruditas, sino que constituyen generalmente aportaciones valiosísimas a la mejor obra del universal poeta español.

Con motivo de su retorno a Buenos Aires, y después de los muchos y brillantes éxitos de lectura de su poema dramático "El perro de Montserrat", el director del Instituto de Cultura Hispánica, D. Alfredo Sánchez Bella ofreció una cena de despedida al ilustre poeta y diplomático español Agustín de Foxá. El acto se celebró en la taberna "El Pulpito", de la Plaza Mayor de Madrid, y concurren con el mismo representaciones numerosas y distinguidas de nuestras letras y nuestra diplomacia.



El gran músico francés Francis Poulenc ha puesto música a tres poemas de Federico García Lorca (la noticia no dice cuáles). Indudablemente la poesía mágica y popular del gran lírico granadino se presta maravillosamente, por lo menos en su dicción nativa, al aéreo acompañamiento musical. Desconocemos, sin embargo, si los poemas han sido traducidos al francés o la música de Poulenc ha sido traducida al español.



El Instituto de Cultura Hispánica publicará próximamente en sus Ediciones la primera versión española de "La chanela de raso", el magnífico drama barroco e hispánico del gran octogenario lírico francés Paul Claudel.



Con una sonrisa—entre irónica y complacida—D. Eugenio d'Ors, que acaba de regresar de Roma, donde ha inaugurado el Instituto Español de Lengua y Literatura, nos anuncia que este verano se celebrará un Congreso de Arte Abstracto ¿dónde dirán ustedes?: nada menos que en las cuevas de Altamira, entre los bisontes pintados hace miles de años en la roca viva de las montañas cántabras idea del Congreso es ocurrencia —ciertamente original—del Gobernador civil de Santander, que es quien cursa las invitaciones a los artistas—pintores y escultores—ibéricos. Mientras tanto, don Eugenio, que ha traído de Roma un nuevo ángel napolitano, se retira, como todos los veranos, a descansar de Madrid —y acaso también del arte abstracto—en su ermita mediterránea.



No hay pregunta sin respuesta

No hay pregunta sin respuesta

ESTUDIANTES AMERICANOS EN MADRID

Muchísimas personas se interesan, en España y en América, por conocer la importancia del movimiento estudiantil hispanoamericano en España, a través del Instituto de Cultura Hispánica y otras entidades. La cuestión es de tanto volumen, que no cabe en una breve respuesta; pero vamos a dar detalles sobre los estudiantes residentes en el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe, edificio cercano a la Ciudad Universitaria de Madrid, que acaba de terminar su segundo curso bajo la dirección del profesor D. Angel Lago Carballo.

Este Colegio Mayor, como indica su nombre tradicional, no es meramente una residencia de estudiantes, sino una casa de formación, de intenso ambiente espiritual, cuyos habitantes se templan en la vida religiosa y la civil, lo mismo que en una vida intelectual de alta cultura, con importantes fiestas sociales y recepciones que les ponen en contacto con cuantos viajeros hispanoamericanos y europeos pasan por Madrid. La capilla y la Academia cultural del Colegio Mayor polarizan las dos direcciones esenciales de la tarea universitaria, cuyos episodios diarios se viven en las Facultades y en los campos de deportes de la Universidad. Y las frecuentes excursiones por los alrededores de Madrid y las ciudades artísticas de España, incluso con alguna escapada individual al Extranjero, abren continuamente el horizonte de los colegiales.

En el último curso, han obtenido el grado de Doctor por la Universidad de Madrid cinco colegiales, a saber: Agustín Basave y Fernández del Valle, mejicano, Doctor en Derecho; Antonio Soto Sánchez, costarricense, también jurista; César Lanfranchi Landranchi, argentino, abogado también; Carlos Molina Ar-

guello, nicaragüense, doctorado en Derecho y en la Escuela de Estudios Americanos de Sevilla; Enrique Torres Llosá, peruano, doctorado en Derecho asimismo.

Nada menos que ciento veintiún colegiales ha albergado el último año el Colegio Mayor Guadalupe, distribuidos en la siguiente forma por nacionalidades: quince argentinos, cinco bolivianos, tres brasileños, tres colombianos, cuatro costarricenses, siete chilenos, cuatro dominicanos, cuatro ecuatorianos, veintiséis españoles, un filipino, un guatemalteco, un hondureño, once mejicanos, trece nicaragüenses, un paraguayayo, diez peruanos, un portugués, cinco portorriqueños, cinco salvadoreños y un uruguayo.

Téngase en cuenta que el actual Colegio Mayor Guadalupe es un edificio provisional, ya que el definitivo se encuentra en construcción en plena Ciudad Universitaria, junto al Museo de América, ya muy adelantado en su obra, y lo que será sede del Instituto de Cultura Hispánica y la Biblioteca Central de los Pueblos Hispánicos. Los estudiantes hispanoamericanos que vivirán en el futuro Colegio, en fecha no lejana, serán varios centenares cada año. Y repartidos por toda España, en los Colegios Mayores de otras Universidades, especialmente la de Sevilla, tan ligada a América, estudian ya otros muchachos hispanoamericanos, cuyo número crecerá también año tras año.

La frialdad de estos datos estadísticos oculta, más que revela, una gran verdad: Las juventudes intelectuales de Hispanoamérica, en este momento histórico, olvidando la antigua tendencia a dirigir sus pasos a París y valorando certeramente lo que pueden aprender en Norteamérica, prefieren emprender el viaje a España para estudiar, entre otros hombres de su estirpe, todos los prestigios antiguos y modernos de la Ciencia.

EN 1900 éramos escasos 18.000.000 los españoles. En 1949, rozamos los 30.000.000. En el intermedio ha habido guerras en Marruecos (veinte años y unas quinientas mil bajas), y en el interior (tres años y un millón de bajas). A pesar de lo cual, en cincuenta años la población ha montado en doce millones a la del amanecer del siglo.

Desde 1939, el índice de mortalidad ha caído a uno de los más bajos de Europa. Y los nuevos españoles son 300.000 anuales. El coeficiente sube, como es lógico, en progresión geométrica. Para el año 2000, los departamentos de Estadística calculan sin exagerar, prudentemente, una población para España de 45.000.000 de almas, como nos gusta decir. De almas con albedríos, no de "robots" comunizados.

Lo que garantiza la riqueza de un país es su cuenta corriente de habitantes. Ellos son ejército de paz y de guerra, desarrollo multiplicado de la civilización y garantía de peso internacional. Ahora mismo los tres millones de soldados de España traen de cabeza a los enemigos de Occidente, y son uno de los pilares en que se asientan las combinaciones de los Estados Mayores.

A España, por su incesante e incontenible vitalidad biológica, se le plantean dichosos problemas de capacidad. Víveres, alojamiento, talleres, son las tres direcciones en que el Estado ha de emplearse a fondo para encauzar el torrente de vigor y hacerle fecundo. Y este cálculo hay que ligarlo con los principios políticos. Reducido ello a síntesis, lo que el Estado procura es: mejor explotación agrícola, ganadera, pesquera; engrandecimiento de las ciudades y aldeas ampliando sus edificios; industrialización.

El Instituto Nacional y su obra.

Por lo que se refiere a la vivienda, los antecedentes numéricos abren su total visión y justifican lo ingente de la labor acometida. El déficit, en 1939, por destrozos de la guerra y desidia anterior estatal, ascendía a 360.000 casas. Por reposición de las que terminaban su vida, otras 392.667 había que añadir. Y completado el cálculo (debido a minuciosas informaciones), con las necesarias para el aumento de habitantes en un decenio, o sea 640.390, el total de hogares a construir antes de 1954 ascendía a 1.396.257. Sólo así podría cumplirse la promesa del Jefe del Estado: el español, con pan, y en un hogar con lumbré.

No se crea que los gobernantes esperaron a que se disparase el último cañonazo para atacar el conflicto. José Antonio Girón, ministro de Trabajo, preparó una ley que se promulgó el 19 de abril de 1939, veinte días después de la toma de Madrid. A favor de la cual, la técnica, el dinero y los brazos se emplean en elevar, sobre las ruinas, la España de hoy y para el porvenir inmediato.

Esa ley creaba el Instituto Nacional de la Vivienda, con personalidad independiente y con la misión de dictar normas para la construcción de viviendas "protegidas" y contribuir, otorgando determinados beneficios, a la edificación de casas de renta reducida, con protección preferente a los económicamente humildes.

Agrupó bajo su amparo legal a particulares, ayuntamientos, diputaciones, cooperativas y sindicatos. Todos ellos formaron sus planes según la necesidad característica de los componentes, y bien dotados por el Instituto, en el ámbito entero de España se dieron febrilmente a cumplirla.

Al mismo tiempo el Instituto Nacional de Colonización, Regiones Devastadas y los emprendedores profesionales contribuían a cuajar los paisajes de pueblos plantados, pueblos reedificados y pueblos ampliados.

El Instituto de Colonización y Regiones Devastadas.

El Instituto de Colonización expropia los latifundios y los distribuye entre los que labran la tierra directamente; traslada las aldeas de lugar cuando la creación de un pantano inunda su solar; y en los sitios desérticos, a los que hace llegar el agua y ata a la red de comunicaciones con nuevos caminos, planta, como decíamos, pueblos absolutamente nuevos. Aragón, Extremadura y Andalucía, especialmente, han visto en estos años aumentar el número de sus municipios con esos burgos recién nacidos por acto de la fecunda acción de los colonizadores.

LA OBRA SINDICAL DEL HOGAR MULTIPLICA LOS HOGARES ESPAÑOLES

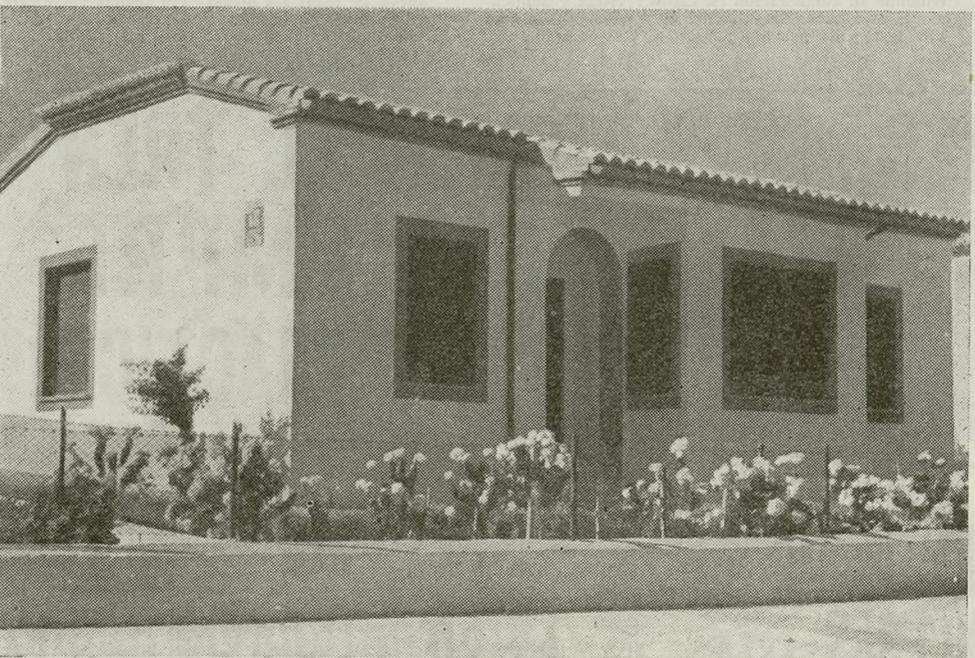
Por TOMÁS BORRÁS.



En Vall de Uxó, provincia de Castellón, la industria "modelo" de calzados "Segarra" ha construido este moderno pueblo, con la ayuda de la Obra Sindical del Hogar.



Al través de toda España, la Obra Sindical del Hogar ha mejorado las viviendas de los productores. En la foto, el grupo "Guillén Lafuerza", de la ciudad de Oviedo.



Uno de los bellos edificios del grupo "Segarra", en Vall de Uxó.—Todos los obreros de la industria, que residen en la citada villa poseen una vivienda como ésta.

Regiones Devastadas, otro organismo autónomo, es el encargado de volver a elevar aquello que la guerra destruyó. Cientos de poblaciones menores y mayores, con velocidad increíble, han sido reedificadas desde la raíz, además de cuantos monumentos sufrieron daños.

Por último, los particulares, mediante un tipo de Sociedad Anónima denominada "Inmobiliaria" entraron, como negocio, en el acuciante trabajo de dar a los vecinos casas recientes.

Pero el Instituto de Colonización no atendía más que a sus fines primordiales: densificar las provincias menos pobladas y distribuir la tierra estéril. Regiones Devastadas bastante tenía con resucitar los cerca de mil pueblos que la guerra dejó en cascotes. Y las "Inmobiliarias" sedientas de lucro, sólo en las grandes poblaciones aplicaron su dinero a producir más dinero: casas de lujo, de precio carísimo, que si embellecían y enriquecían las metrópolis, dejaban a la intemperie a la clase media y a los operarios manuales.

Por ello fué el Instituto de la Vivienda quien acometió la tarea de dar a los españoles no opulentos el hogar que una Patria distribuidora de Justicia y de Pan les debiera.

Que cada productor tenga casa "suya".

Aliados al Instituto de la Vivienda, Cooperativas, Ayuntamientos, Diputaciones y otras entidades paraestatales o gremiales, se preocuparon de sus empleados, de sus asociados o de sus administrados. Empezaron a surgir bloques de casas, ciudades-jardín, barriadas de colaboradores de un estrato de la Economía o de funcionarios de un centro. La clase llamada media, con ese producir constante de albergues, se benefició no sólo del alojamiento circunstancial, del alquiler, sino de la propiedad de la casa que habitaba, como luego veremos.

En cuanto al obrero, al jornalero, al modesto productor que nada puede conseguir, en cuanto comprar, por sí mismo, a él se dedicó con radical entusiasmo la Delegación Nacional de Sindicatos.

Desde la promulgación de la Ley del 39, los Sindicatos, por medio de su Delegación Nacional, organizaron a su vez la inacabable y santa tarea. Esta: dotar a cada trabajador de una casa "suya". Es decir, ascender a clase media a la clase proletaria.

Para ello creó la Obra Sindical del Hogar, que empezó su funcionamiento, una vez estructurada en las cincuenta provincias y dotada financieramente, en enero de 1941.

Es interesante analizar su funcionamiento. En Madrid está la Jefatura de la Obra, con delegación en cada una de las capitales de provincia. Arquitectos, expertos administrativos y una legión de aparejadores actúan en cada punto, una vez aprobados los planes y planos que envían desde el lugar de donde hay que atender a la necesidad de hogares.

Y el beneficiario, el obrero, logra "su" casa según este sistema: aporta el diez por ciento del precio (y si no lo aporta, la Delegación le hace un avance), mediante una "Cartilla de Ahorro para el Hogar", que le abre la Caja Postal de Ahorros, en cualquier municipio. A ella van los sobrantes de su presupuesto, más los intereses de la Cartilla, además de un regalo de cantidades que le hace la Delegación de Sindicatos (45 millones anuales). La solicitud de ese presunto beneficiario la admite la Delegación provincial, y comienza a construirle su casita. El Estado le exime del pago de contribución durante veinte años y le reduce en un 90 por 100 el pago de cualquier impuesto (derechos reales, etc.). Inmediatamente el Instituto Nacional de la Vivienda le otorga el 90 por 100 del coste de la casa, que completa el total. Y el ya inquilino abona en cuarenta años (a razón de cantidades que oscilan entre 92 pesetas y 178 mensuales los primeros veinte años, y 87 y 168 los últimos), el precio total, y queda propietario absoluto. Si se desentiende de la casa en el período de alquiler-pago, se le devuelve el dinero que en ella empleó.

Hay que hacer notar que esos alquileres-pagos que hace el beneficiario, son muy inferiores al coste de los alquileres-renta de una casa de propiedad particular, además de que las construídas por la Obra son infinitamente más bellas, lujosas y apropiadas para cada grupo de profesiones: labradores, pescadores, obreros de fábrica, mineros, etc.

De cómo ha respondido el trabajador a la llamada de sus Sindicatos, he aquí una muestra: en el décimo aniversario de la promulgación de la Ley del 39 había 40.033 cartillas de "Ahorro para el Hogar", con 32.388.612 pesetas. Cuarenta mil familias esperaban en abril de este año que les acabasen su casita.

Una gran obra en marcha.

¿Lo realizado ya?

En ese aniversario y como iniciación, durante unos diez años, la Obra Sindical ha levantado en todas las provincias 9.365 viviendas, con un coste de 371.318.493 pesetas. Y este 49 se terminarán y entregarán 7.206, que cuestan 334.088.117 pesetas. Se han subastado y están en construcción, 5.528, por un valor de 80.118.735. Hay 13.168 viviendas a punto de subastarse, con un presupuesto de 514.619.703 pesetas. Y se estudian los anteproyectos provinciales de 11.901. Los totales son: 45.168 viviendas para antes de 1954, por un importe de 2.358.400.000 de pesetas. Las construidas, entregadas y en término de ultimación han absorbido ya más de 1.000 millones de pesetas.

La generosa ambición—antinomia bien aplicada a los fines de la actividad sindical—de la Obra de la Delegación Nacional no se colma con lo hecho, ni con lo que está en marcha. Sus vuelos, de mayor amplitud, se vieron sometidos a un ritmo lento por la general crisis de materiales. España, maltratada económicamente, no pudo obtener maquinaria para instalar más fábricas de cemento, ni para multiplicar sus Altos Hornos, y por ello la construcción, en todos sus órdenes, no ha satisfecho los propósitos de los que la impulsan. La mejora, constante, de las industrializaciones, empuja también la velocidad de las arquitecturas. De haberse empleado la Delegación Nacional de Sindicatos en estas empresas en un tiempo normal, no existiría ya problema de vivienda para los humildes. Es uno de los aspectos en que se han conjugado, en la España calumniada, la injusticia exterior con el propio estoicismo.

Sin embargo, ¿puede concebir el no informado que, contra escaseces y adversidades, los Sindicatos hayan regalado a sus obreros cantidades de hogares y sumas dinerarias como las que con su elocuencia escueta dicen los números? Y, en segundo término, cuando España pueda desenvolverse según su ímpetu, ¿a quién no alcanzará el beneficio de la Obra Sindical, si en ella figura todo el que trabaja, todo el que es productor, incluso el técnico académico y el mismo capitalista?

El genio de la raza, en este tema concreto de soluciones al crecimiento de la población y a la escasez de viviendas por destrucción o agotamiento, ha dado de sí la idea original que siempre de él se espera. Con un signo a que ya hemos aludido: que en vez de arruinar a los pudientes, en vez de proletarizar a la clase media, eleva de rango a los jornaleros y desvalidos, a los trabajadores que no saben más que alquilar sus brazos. Y si por medio de la Obra de Capacitación les transforma en artesanos y obreros calificados, por la del Hogar los hace propietarios. Cada año, miles y miles de familias poseen "su" casa. Así se cumple, por el nuevo Estado, la promesa por la que murieron sus mejores.



Nacido en Madrid con apellido vasco—lo que ya le diferencia de don Miguel, si no la polifacética—, existe tantas veces como géneros ofrece la literatura. Su precocidad le da antes de 1936 un parcial Premio N. de Literatura, y después se nos aparece como poeta adscrito, pero no adscrito—ésta es siempre su cuestión—al grupo de "Garcilaso", con "La piedra solitaria", "El canto cotidiano" y "El poema de los tres carros"; como crítico de arte, en el periodismo y en "Cubismo"; como ensayista, con "Entregas", y como novelista, con "El empleado" Apenas nos queda añadir que se llama Enrique Azcoaga y que tiene treinta y ocho años redondos.



Nació en tierra recia, en Bazana, provincia de Burgos junto a la raya de Santander; se formó estudiando latines y letras a la sombra de la catedral burgalesa. Y recios son el estilo vital y la prosa de Esteban Fernández Ruiz. "Signo", órgano de la Juventud de Acción Católica Española, adquirió maravillosa vibración al impulso de este castellano de pro en los difíciles diez años en que fué su redactor jefe. Más tarde pasó a "Ecclesia", también con el puesto de redactor jefe y después de su trabajo eficaz en la Oficina de Información Diplomática de Madrid, ejerce en Roma el cargo de agregado de Prensa a la Embajada de España cerca de la Santa Sede.



Historiador oficial de Puerto Rico, Adolfo de Hostos, portorriqueño, ha sido miembro del Congreso Internacional de Americanistas, a más de ser correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba y de la Dominicana de la Historia. Perteneció al Instituto Cultural Argentino y es organizador y secretario de la Junta para la Conservación de Valores Históricos de Puerto Rico. Entre su interesante obra figuran los libros "Las excavaciones de la casa de Ponce de León en Caparra y el fondeadero de Colón en Puerto Rico", "Al servicio de Clio", "Anthropological Papers" y "Aplicaciones industriales del diseño indígena de Ciudad Murada".

De rancia familia vasca y con ascendencia periodística, Antonio Olasoaga termina la carrera de Derecho e ingresa en el periodismo a los veinte años, en el "Pueblo Vasco", de Bilbao, llegando a ocupar la subdirección de dicho diario. Durante la guerra de Liberación fué corresponsal de guerra y luego redactor jefe de "El Diario Vasco", de San Sebastián, en 1939. En 1944 fué nombrado Secretario técnico de Prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, a pesar de lo cual sigue manteniendo su colaboración en varias revistas y publicaciones españolas. Actualmente es corresponsal de "La Voz de España", de San Sebastián, y otros periódicos.



De tierras de olivos y mineros, puesto que nació en La Carolina (Jaén), en 1904, Antonio Bellón es hoy uno de los primeros críticos taurinos españoles, tras seguir sus dos grandes aficiones infantiles: los toros y el dibujo. Así, Bellón hace a un tiempo y en el mismo diario madrileño "Pueblo" la crítica de toros y la caricatura cotidiana, con su chiste. La dualidad la mantiene desde 1916, o sea, desde los doce años, ya que a partir de entonces colaboró en casi todos los periódicos festivos de Madrid y de España, entre ellos "Buen Humor" y "Gutiérrez". Antonio Bellón es hoy, también, redactor del semanario "Digame" también de Madrid.



Ferrovionario casi desde niño, Jesús de la Fuente—nacido en Madrid, en 1904—es un destacado especialista en los temas ferroviarios, a cuyo estudio, tanto en el aspecto histórico como en el económico, ha dedicado gran parte de su vida. Colaborador de la especialidad en distintas publicaciones españolas, es director de la revista profesional "Ferroviarios", de Madrid, y trata hoy, en estas páginas, un tema que afecta a la actualidad de los ferrocarriles españoles. J. de la F. fué secretario de la primitiva Comisión del Centenario del Ferrocarril, por estos tiempos en que España celebró y celebra los cien años de la inauguración de la primera línea férrea.



Santanderino, nacido en 1918, Juan Antonio Liaño Huidobro es licenciado en Derecho y teniente de Ingenieros, de un lado, y de otro, cofundador de la Sección Geopolítica del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid. Colaborador de publicaciones diversas, toma parte en la próxima aparición de un atlas geopolítico—"La marcha hacia el Oeste"—y prepara una antología de autores y escuelas geopolíticas. A su especialidad corresponde el trabajo "África contra Hispanoamérica", que enfrenta las posibilidades económicas de los dos continentes y que se publica en la página 20 de este número.

José Luis Sánchez Garrido—o "José Luis de Córdoba"—, cordobés, naturalmente, nacido en 1914, es crítico taurino del diario "Córdoba" y autor de varios libros sobre toros. A los diecisiete años fundó en su tierra un semanario taurino y dos años después era redactor jefe de "El Defensor de la Afición". Colaborador desde entonces en las principales revistas taurinas de España. J. L. de C., por taurino y por el paisaje, fué el primer periodista amigo de "Manolete", cuando "Manolete"—nuevo en todas las plazas—era apenas "Manolete", y así en 1939 publicó la primera biografía del torero incipiente, a la que siguieron otros interesantes libros.



Inquieto y detallista. Agudo, hábil y leal. Hombre de leyes y periodista. Armando Chávez Camacho, director de "El Universal Gráfico", de Méjico, autor de "Cájeme" y "Misión de Prensa en España", nació en Hermosillo, Sonora, bella tierra mejicana, el 25 de noviembre de 1911. Presidente de la Confederación de Estudiantes, ha conocido la prisión, y ahora, en premio de sus virtudes, comienza a conocer la gloria. Padre de seis hijos ha viajado por Estados Unidos, el Caribe y Europa. El Lido. Chávez Camacho, hoy día al frente de uno de los mejores bufetes de la ciudad de Méjico, es también el excelente prosista de "El gran amor de Coyote-Iguana".



Cuando llegaban las vacaciones escolares, entre año y año del Bachillerato, o de Derecho, Julio Fierres hacía en Yecla (Murcia)—donde nació casi con el siglo—unos periódicos en los que era director, administrador y cajista, puesto que él mismo los componía. tipo a tipo. Más tarde, ya en Madrid, colaboró en distintos diarios y revistas españolas, perteneció a "El Imparcial", a más de llevar una página del semanario "Gracia y Justicia" y de ser confeccionador de "Fe" y "Arriba". Si guió en "Arriba" cuando reapareció—1939—como diario, y más tarde en 1942 fué nombrado redactor jefe, para pasar últimamente a secretario general del mismo.



No vamos a hacer aquí la biografía del autor—Joaquín Montaner—, que queda para otra ocasión, sino la del texto: "Misisipi". Cuando anda escasa la poesía épica española, con tanta epopeya, "Misisipi" se nos aparece como una obra emocionada que reconstruye las peripecias de uno de los españoles más grandes y más audaces de todos los tiempos: Hernando de Soto, el de la magnífica y fabulosa aventura por las tierras del Misisipi. Siendo "Misisipi" la epopeya de un adelantado en el Nuevo Mundo. MVNDO HISPANICO ha recogido el colofón: el canto al río que sirvió de tumba a los intrépidos exploradores de sus márgenes.



Se inicia en las letras y el periodismo junto al grupo surgido con 1936 en su natal Pamplona. Alterna estudios universitarios con los cursos de la Escuela de Periodismo. En sus ensayos y artículos se advierte preocupación por el estilo y el acontecer histórico. Sigue los caminos del periodismo profesional interviniendo en la fundación de "La Voz de Castilla", de Burgos. Pasa a Barcelona, como crítico literario y redactor en "El Correo Catalán" y la "Vanguardia Española". Interviene activamente en la fundación del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, y pasa a San Sebastián y Bilbao, donde sigue ejerciendo el periodismo activo.

PARA SUS VIAJES POR FRANCIA

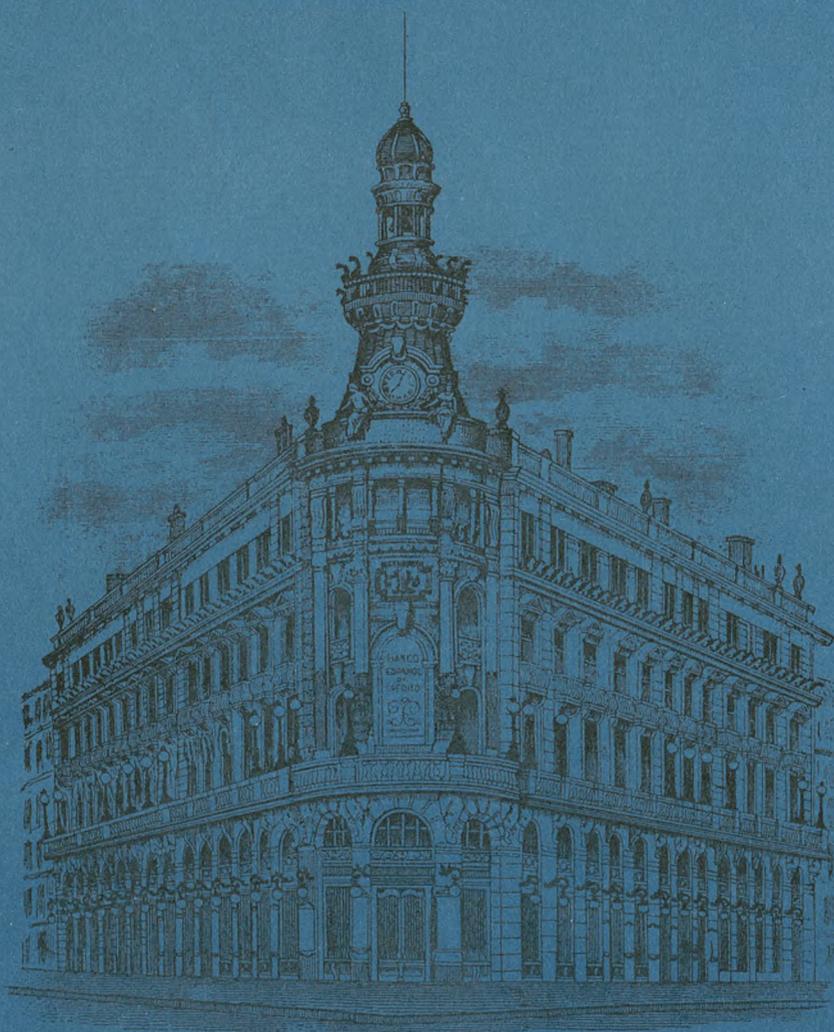
LA REPRESENTACIÓN GENERAL DE LOS
FERROCARRILES FRANCESES ESTÁ

AVENIDA JOSÉ ANTONIO, 57 - MADRID
TELÉFONO 21-61-07

TOMEN EL TREN ES SIEMPRE LO MÁS PRÁCTICO

SNCF

A SU DISPOSICIÓN PARA INFORMARLES
BILLETES EN LAS AGENCIAS DE VIAJES EN PESETAS



Banco Español de Crédito

Madrid

Capital desembolsado..... 228.237.000,00 pesetas
Reservas..... 242.857.192,68 pesetas

428 SUCURSALES EN ESPAÑA Y MARRUECOS

SUCURSAL EN MADRID:
Alcalá, 14 y Sevilla, 3 y 5

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

**ESTA ESPECIALMENTE ORGANIZADO PARA LA FINANCIACION
DE ASUNTOS RELACIONADOS CON EL COMERCIO EXTERIOR**

SERVICIO NACIONAL DEL TRIGO
LIBRETAS DE AHORRO

(Aprobado por la Dirección General de Banca con el número 229, el 7 de Julio de 1949)



KLM
LINEAS AEREAAS HOLANDESAS


MAY 1951
F. B.